



UN MATRIMONIO POR

ESCOCCIA

EDITH STUART



Un matrimonio por Escocia

Edith Stuart



Primera edición en formato digital:
Septiembre 2021

Título Original: Un matrimonio por Escocia
©Edith Stuart, 2021
©Editorial Romantic Ediciones, 2021
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Olalla Pons
ISBN: 9788418616594

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Romantic
ediciones

Edimburgo, Escocia, 1314
Guerras de la independencia,

Robert Bruce y sus principales caballeros permanecían reunidos en el salón del castillo de Edimburgo. Este había sido arrebatado a los ingleses por las tropas de Thomas Randolph, conde Moray. El rey escocés seguía con su particular cruzada de recuperar todas las fortalezas que todavía estaban bajo dominio inglés. Tenía la mirada fija en el mapa desplegado sobre la mesa. Su atención se fijaba de manera obsesiva en un solo punto: Stirling y su fortaleza.

—Solo nos restan dos fortalezas para tener los principales castillos de Escocia bajo nuestro dominio —dijo señalando uno de los últimos reductos ingleses en Escocia—. Y toda la nación pasará a estar en nuestras manos. Lograremos expulsar a los ingleses de una maldita vez.

El resto de hombres permanecían callados contemplando el mapa y escuchando a su rey.

—En lo que va de año hemos logrado arrebatarnos a los ingleses los castillos de Roxburgh, Linlithgow y hace unas semanas este de Edimburgo. Los hombres están cansados de pelear, pero también lo están ansiosos de terminar esta ambiciosa empresa, señor —le informó James Douglas con cierta preocupación.

—Necesitamos tropas de refresco. Hombres procedentes de otros clanes que replacen a los caídos en las batallas si pretendemos continuar la guerra —aseguró el conde de Moray—. El rey Eduardo tiene miles de soldados a su servicio. De Gales, de Irlanda y Francia a los que añadir grupos de mercenarios y lamentablemente algunos clanes escoceses —finalizó diciendo con repulsa por lo que eso significaba.

—Si pudiéramos atraernos a parte de esos clanes partidarios de Comyn y de Eduardo de Inglaterra —exclamó Edward Bruce, el hermano del rey.

—Es algo imposible a mi modo de ver después de lo sucedido entre vos y él —apuntó Douglas mirando a Bruce y recordando lo acontecido en hacía ocho años en la iglesia de Greyfriars en Dumfries. Nadie supo con exactitud qué sucedió entre ellos, solo que Robert Bruce apuñaló a Comyn frente al alta mayor. Desde ese momento los seguidores de este apoyaron a Eduardo de Inglaterra porque consideraba a Robert Bruce un asesino que conduciría a la nación al desastre.

—¡Qué más quisiéramos! El tiempo ha pasado, pero muchos de ellos no han olvidado lo sucedido. Llevamos años luchando por la libertad de Escocia y algunos clanes se obstinan seguir apoyando a los ingleses —se lamentó el rey Robert apoyándose contra el respaldo de su silla. Tenía la mirada ausente y el gesto turbado. El conde de Moray tenía razón: necesitaban aumentar sus tropas. Pero, ¿cómo demonios iba a hacerlo?

—Podrías intentar convencer a alguno de sus líderes ofreciéndoles algo a cambio. Algo que no puedan rechazar como el castillo de Stirling una vez que esté en nuestras manos —le aseguró James Douglas mirando de manera fija a su señor.

Robert pareció reaccionar. Frunció el ceño en un primer momento y después miró a su consejero con extrañeza.

—¿Habláis en serio? ¿Ofrecerle el castillo de Stirling?

—Sería un botín que pocos estarían dispuestos a rechazar, señor —le aseguró con total convicción.

—Si os soy sincero no me agrada la idea de dejarlo en manos de alguien que apoya a Eduardo

de Inglaterra. Podría devolvérselo a este una vez que el Murray se asentara en el trono —le confesó con temor a que eso pudiera suceder—. Y entonces todos nuestros esfuerzos y las vidas que se han perdido y se perderán en su toma, habrán sido en vano.

—Hablad con el jefe del clan Murray. Siempre os apoyó, y cuando sucedió lo de Greyfriars se mantuvo neutral mientras los demás tomaron partido por uno u otro pretendiente. Luego, quiero creer que las circunstancias de la guerra lo empujaron a aliarse con los Comyn buscando el bienestar de su clan. Ofrecerle el castillo de Stirling a cambio de su ayuda —le sugirió Edward Bruce—. No podrá negarse a ello. Ya lo veréis.

—No será nada sencillo convencerlo para que se una a nosotros. Pese a que en su día tuviera su apoyo —comentó el rey sacudiendo la cabeza.

—Si los Murray se unen, tal vez algún clan más lo haga —sugirió el conde de Moray—. Pensadlo.

—Sí, pero debo ofrecerle algo más que un castillo. Además, quiero tener cierto poder sobre este. No puedo dejarlo en manos de un seguidor de los Comyn, ya os lo he dicho —murmuró el rey dejando su mirada puesta en James Douglas, quien se la devolvía con expectación por lo que estuviera considerando.

—¿Qué más podríais ofrecerle? —le preguntó este.

—Murray tiene una hija —dijo el conde de Moray.

—Sí. Bronwyn —le informó Edward Bruce—. Al parecer no está casada.

James Douglas esbozó una cínica sonrisa.

—¿Por qué os estáis riendo? —preguntó el rey con curiosidad.

—Ofrecerle un compromiso entre su hija y vuestro hijo —aseguró Edward Bruce señalando al jefe Douglas.

Este frunció los labios y asintió antes de echarse a reír.

—¿Con mi hijo? ¿Estáis borracho?

—No, ni lo más mínimo. Pero pensadlo con detenimiento por un segundo. Ese compromiso nos otorgaría tener poder sobre Stirling y su castillo. Con el joven Douglas al frente de este casado con Bronwyn Murray, todos ganamos. Y sería una manera de recompensar su lealtad y su pericia en el combate —resumió el hermano del rey contemplando como el semblante del viejo Douglas cambiaba a medida que pensaba en esa proposición.

Robert Bruce permanecía callado escuchando la exposición de los hechos de su hermano. Bien pensado, este tenía toda la razón. Un matrimonio en la hija del jefe Murray y el joven Douglas contentaría a ambos clanes. Y Stirling y su fortaleza estarían bajo el mando un clan leal a Escocia.

—Id a buscarlo —pidió el rey con autoridad haciendo un gesto con el mentón para que su propio padre fuera a por él—. ¿Estás seguro? —le preguntó a su hermano Edward cuando James Douglas se hubo marchado.

—Si ponéis a un Douglas al frente del castillo de Stirling, podréis dormir tranquilo porque ningún inglés se atreverá a intentar tomarlo dada la fama de ese clan —le aseguró Edward Bruce al rey conociendo la clase de hombre que era William.

Este permanecía en el patio del castillo junto a varios de sus leales seguidores. Su padre era el jefe del clan, pero él tenía su grupo de amigos y de fieles guerreros que le seguían en la batalla. Su destreza con la espada era más que conocida, de igual manera que su astucia y su fiereza en el combate. Se había distinguido como uno de los soldados más despiadados del ejército del rey Robert en su cruzada particular por recuperar los castillos de la nación.

—¿Crees que atacaremos Stirling? —le preguntaba uno de los hombres que estaban junto a él

William chasqueó su lengua y sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Deberíamos hacerlo ya que es el último castillo que retienen los ingleses en Escocia.

—Te olvidas de Berwick...

—Ya. Pero teniendo Stirling, los ingleses se lo pensarán antes de seguir la lucha o abandonarlo. Créeme Malcom.

—Pero.... Mira, ahí viene mi padre. Él mejor que nadie nos dirá qué han acordado con el rey —dijo el tal Malcom señalándolo cuando se acercaba a ellos.

James no estaba seguro de cómo reaccionaría su hijo ante la propuesta del rey. Pero tendría que acatarla como leal vasallo suyo. Y por el bien de la nación. Aunque no mirara a la cara a la hija del Murray, ni la tocara o ni tan siquiera durmiera en la misma cama. Eso eran aspectos sin importancia en estos momentos tan importantes para la nación.

—¿Qué ha dicho el rey? No parece que tengas buena cara.

James bufó y se pasó la mano por su poblada barba.

—Stirling y su castillo son su principal objetivo. Tomarlo sería arrojar a los ingleses de Escocia.

—Perfecto.

—¿Y Berwick?

—De momento lo importante es Stirling. Luego ya veremos.

—¿Cuándo partimos? ¿Se sabe ya? —William se mostraba ansioso por volver a entrar en combate. Llevaban días enteros en la corte y estaba algo cansado de comer, dormir, y frecuentar las tabernas y los burdeles de la ciudad.

—Cuando sumemos más hombres a nuestro ejército —le confesó su padre contemplando como el gesto de su hijo y el de los hombres a su lado cambiaba.

—Lo sabía. Lo estábamos comentando antes de que llegaras. Los hombres están cansados y hemos sufrido numerosas bajas en la toma de la capital y de este castillo —aseguró haciendo un gesto a la fortaleza—. ¿Cómo piensa el rey reclutarlos? ¿Mercenarios franceses o de alguna otra nación europea? Por qué no creo que ni los galeses ni los irlandeses nos apoyen después de haber sido poco menos que masacrados en tiempos de Wallace. E incluso tengo dudas acerca de los franceses. Son los únicos candidatos que conozco y ya te aseguro que no creo que muchos estén dispuestos a hacerlo.

—No, no ha pensado en estos.

—¿Y de dónde piensa sacar más tropas? —preguntó uno de los hombres que permanecían al lado de William.

—Va a ofrecer un trato al clan Murray —anunció James Douglas con seguridad y parsimonia.

—¿Un trato? Pero ellos forman parte de ese grupo de clanes leales a John Comyn, el que fuera opositor al trono de Escocia junto al rey Robert. No aceptarán.

—Les va a ofrecer Stirling y su castillo.

William se quedó con la boca abierta.

—¿A los Murray? Es una locura. En cuanto Archibald Murray tome posesión de este se lo entregará de vuelta a los ingleses —le aseguró William enojado por esa decisión del rey. Estaba furioso con este.

James Douglas sacudió la cabeza. Estaba convencido de que no sería así.

—Estás equivocado.

—¿No me digas? ¿Y cómo demonios va a evitarlo? ¿Le hará firmar un documento que después será papel mojado?

—No. Ese no será el trato. No habrá problemas con el trato que va a ofrecerle y en el entras tú.

—¿Yo? ¿Qué pinto yo con los Murray? —William entornó la mirada hacia su padre con cierto recelo por lo que este tuviera que contarle.

—Te convertirás en el señor de Stirling. De ese modo el rey Robert se asegura de que no caerá en manos inglesas.

William dio un paso atrás y sonrió algo nervioso.

—Un momento. ¿Y qué pintan los Murray si yo seré al final el señor del castillo de...? —De repente se detuvo. Una idea inverosímil se le cruzó por la cabeza. Una a la que no quería prestar atención.

—Hijo, esto no va a ser sencillo. Pero tendrás que acatar la voluntad del rey. Sé que no has pensando en un compromiso, pero...

William jadeó porque no era capaz de sonreír. De repente tenía la impresión de que se ahogaba por falta de aire. Miraba a su padre primero y a sus dos amigos después deseando que aquello fuera una pesada broma que habían urdido entre ellos.

—Empiezo a entender cuál es tu papel en todo esto, amigo —le aseguró Malcom asintiendo con toda intención—. ¿Qué dices Angus?

El otro hombre frunció el ceño y los labios en un claro gesto de que no le gustaba lo que estaba pensando. Pero menos gracia le iba a hacer a William cuando se lo dijera.

—Creo que sé qué clase de relación guarda todo esto con los Murray o más bien con la hija del jefe.

William jadeaba porque no era capaz de reírse. Los nervios parecían tenerlo atenazado en ese instante.

—Así es. El rey va a ofrecerle al jefe Murray un matrimonio para su hija a cambio de su ayuda para tomar Stirling y su castillo.

—¿Por qué yo? —William se encaró con su padre.

—Eres mi primogénito y tienes que acatar lo que te ordene que hagas.

—¿Ves con buenos ojos un matrimonio con la hija del jefe Murray?

—No nos queda otra. Necesitamos Stirling a toda costa, pero no podremos hacerlo sin más tropas. Y el rey considera oportuno atraernos al clan Murray. Uno de los más poderosos de los que apoyan al clan Comyn y por extensión a Eduardo de Inglaterra. Pero para ello hay que negociar y ofrecerle algo que no pueda rechazar.

—¿Por qué un compromiso con su hija? —William estaba furioso. Miraba a su padre con el ceño fruncido y las manos cerradas en puños. Sentía la sangre hirviéndole en las venas. Deseaba golpear a alguien o incluso acabar con su vida.

—Porque los Douglas nos hemos comportado como los más leales y fieros guerreros. ¿Nos ves que es una manera de reconocer tu valor y destreza en el combate?

—¿Con un compromiso que no deseo? Me basta con que Escocia sea libre. No necesito castillos, ni tierras, ... y menos una esposa —dijo como si escupiera la última palabra.

—No me importa que ella no te guste. Como si no la miras. Una vez que estés instalado en el castillo podrás vivir a tu aire, en una parte del mismo o en la propia ciudad. Eso es lo de menos. Como si no vuelves a verla. ¿Qué te importa? Lo único que de verdad vale es expulsar a los ingleses y continuar la lucha.

—¿Y si su padre no acepta? ¿O ella?

—Ella acatará su voluntad como tú la mía. Y su padre no rechazará una joya como es el castillo de Stirling. Ahora deberíamos regresar dentro y decirle al rey que aceptas. Que es un

honor que haya pensado en ti.

William resopló.

—Ya lo creo que lo es —murmuró sacudiendo la cabeza camino del interior del castillo sin mirar a su padre. ¡Un compromiso con la hija de los Murray! ¡Por San Andrés que era un completa locura! ¡No quería una mujer a su lado a todo momento! Se repitió una y otra vez negando con la cabeza antes de entrar en el salón donde el rey lo aguardaba.

Al verlo aparecer, Robert Bruce se sintió más tranquilo. Al ver que James Douglas se demoraba, el rey había temido lo peor. Confiaba en la lealtad de los Douglas después de sus hazañas en la guerra contra los ingleses. Y entendía que un compromiso tal vez no fuera lo que William esperaba, pero era necesario para vencer de una vez por todas.

—Mi señor —dijo el joven Douglas con las manos a la espalda y un leve movimiento de cabeza en señal de respeto.

—William. Tu padre te habrá puesto al corriente de la situación.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decir? Me interesa tu opinión franca y sincera.

William pareció titubear unos segundos. Como si estuviera pensando en lo que debía decirle al rey. Llevaba combatiendo por él desde que este fue coronado en Scone, y de eso hacía ya ocho años. Durante ese tiempo había derramado sangre inglesa, y algo de la suya propia. No podía desobedecerlo con lo que había en juego. Si quería ver a su nación libre de los ingleses debería sacrificarse.

—Será un honor complaceros una vez más, mi señor.

—Es una manera de recompensar la lealtad del clan Douglas durante todos estos años de guerra. Creo que entregaros el gobierno de Stirling me dará tranquilidad en todo momento, porque no caerá en manos inglesas. Por otro lado, ofrecerle la posibilidad de que su hija se convierta en señora del castillo, creo que puede animarlo a apoyarnos en esta guerra.

—Lo entiendo, señor.

—¿Tengo vuestra palabra de que una vez que toda esta guerra termine, desposaréis a la hija de Archibald Murray?

William deslizó el nudo que acababa de apretar su garganta al sentir la mirada fija de su rey. Era como el lazo del verdugo y pensó que no podría hablar. De manera que se limitó a asentir primero, y responder a continuación. Mientras recuperaba la templanza.

—Lo estoy. Si no muero en las próximas jornadas —aclaró con una chispa irónica que provocó la sonrisa en todos los allí presentes.

—Hasta ahora os habéis conducido con la prudencia y la sagacidad de un buen guerrero. Procurad no dejarla viuda antes de desposarla o perderemos posibilidades en Stirling —le pidió el rey con la misma chispa irónica que había empleado él.

—Lo intentaré, mi señor.

—En ese caso, lo prepararemos todo para partir lo antes posible hacia las tierras de los Camero. Como no podía ser de otra manera, formaréis parte de la expedición —le aclaró mientras el joven Douglas asentía.

William saludó a Robert por última vez antes de abandonar el salón. Había dado su palabra y la cumpliría. Solo tenía que pensar que lo hacía por el bien de su nación. Y no porque en verdad deseara atar su vida a la de una mujer.

Horas más tarde William disfrutaba de la bebida y la compañía de sus amigos en una taberna. Pero en ciertos momentos no podía evitar quedarse pensativo dándole vueltas a la situación a la

que se veía abocado.

—Entonces, ¿cuándo marchas a conocer a tu futura esposa?

La pregunta de Angus, un escocés de cabello y barba castaños, pareció despertar a William de sus pensamientos. Sacudió la cabeza y contempló a su amigo con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no lo dejas estar? ¿O quieres que parta la cara?

—Déjalo o lo cabrearás de verdad. Bastante tiene con haber aceptado —comentó Malcom, el otro fiel amigo saliendo en defensa de este—. Si te lo hubiera pedido el rey Robert en persona, tú habrías aceptado igual que él. O yo mismo. No se puede ir contra la voluntad de este. Decidimos rendirle pleitesía cuando fue coronado en Scone, de manera que no nos queda otra que acatar sus órdenes.

—Creedme que no lo hago por mi voluntad, sino porque necesitamos más hombres para tomar Stirling. Y como has dicho, rendimos vasallaje al rey Robert —resumió el joven Douglas mirando a Malcom y dejando luego la mirada suspendida en el vacío.

—Es verdad. El castillo de Stirling es una de las últimas fortalezas que retienen los ingleses junto con el de Berwick. Si los expulsamos de esta habremos dado un paso definitivo porque no creo que tengan intenciones de defender esa última fortaleza —dijo Malcom con orgullo—. La muerte de Wallace y las de tantos compatriotas no pueden haber sido en vano. Estamos ganando la guerra a Inglaterra.

—El clan Murray es uno de los más poderosos. Muchos hombres de otros clanes lo seguirán si el rey Robert consigue atraerlo a su causa —advirtió Angus.

—Siempre fue partidario del rey. Pero el hecho de que este apuñalara a Comyn en la reunión que ambos tuvieron en Greyfriars, lo hizo desconfiar —apuntó Malcom.

—Sí, decidió no tomar parte por Bruce y se mantuvo neutral durante algún tiempo. Pero seguro que las circunstancias de la guerra hicieron que tomara partido por Comyn y Eduardo. Quiero creer que fue por el bienestar de su clan —resumió William expresando su opinión personal en ese asunto.

—Ahí es donde entráis tú y la hija de Archibald Murray —señaló Malcom.

—Y la propiedad del castillo de Stirling. No lo olvides. Será la dote del propio rey Bruce a la pareja —aseguró Angus—. Por cierto, ¿qué sabes de ella?

William frunció los labios y encogió los hombros.

—No me importa quién sea, ni como sea. Solo tengo que cumplir mi parte del trato y ya está.

—Sí, viviendo en un castillo tampoco es necesario que os veáis —apuntó Angus convencido de que su amigo se comportaría de esa manera.

—Ella tendrá su propio servicio de damas. Podrás hacer lo que le plazca. No me interesa —insistió sacudiendo la mano para dejar claro que no le importaba lo más mínimo lo que ella pudiera hacer.

—Pero admite que tendrá que engendrar un heredero —le avisó Malcom con toda intención. William gruñó.

—Sí, bueno. Es su deber. No hace falta que nadie se lo diga.

—¿Y si es una vieja solterona? Ya me entiendes... Una mujer entrada en años a la que su padre no ha conseguido casar —La risa de Angus enervó, más todavía, el ánimo de Malcom.

—He dado mi palabra. Si conseguimos que los Murray se unan a las huestes del rey, y con ello liberemos Escocia del yugo inglés, bienvenida sea —William apuró de un trago su bebida sin hacer más caso a sus dos amigos. Apretó los dientes con rabia pensando en que además de haber aceptado el compromiso, su prometida no fuera nada agradecida. Si al menos fuera una muchacha joven y atractiva... se dijo en un intento por animar un poco.

—Te aconsejaría que te desfogaras antes de ir a las tierras de los Murray a conocer a tu futura esposa —le jaleó Angus entre risas.

Pero William no dijo ni una palabra más. Se limitó a mirar a los dos y sacudió la cabeza sin entenderlos.

—Me gustaría veros en mi situación. Estoy seguro de que no os estarías riendo.

Decidió que lo mejor era alejarse de aquellos dos y estar a solas. No solo no se trataba de tener una esposa sino de que esta le diera un hijo que siguiera con el apellido Douglas. Pero eso a él no le importaba en ese momento. Ya se preocuparía cuando llegara. Por lo pronto, solo quería entrar en batalla y que volvieran a ser una nación libre que tomara sus propias decisiones. Había sido educado para pelear, para ser algún día el señor del clan Douglas y procurar que todos lo respetaran. Desde que comenzó la guerra contra Inglaterra, no había pasado ni un solo día sin combatir al lado de su padre, conduciendo a su clan junto a otros tantos a la batalla. Y aún después de muerto Wallace había seguido combatiendo para liberar los castillos escoceses en manos de los señores feudales ingleses. Y lo haría hasta el final porque era su cometido. No había cabida para el amor cuando había visto su país sometido y desangrado por Eduardo de Inglaterra.

La comitiva hacia las tierras de los Murray partió de la capital dos días después de que William se hubiera comprometido a acatar la orden del rey. Les llevaría unas jornadas llegar a las tierras de los Murray, las cuales quedaban cerca del propio castillo de Stirling. Lo que le dejaba algo de tiempo para pensar en lo que le diría a su prometida. Le sonaba extraño pensar en una mujer de esa manera. No había considerado la idea de casarse hasta que la guerra no hubiera concluido. Pero los acontecimientos se habían precipitado y no tenía otra opción. De repente se veía comprometido con una mujer a la que no había visto. A raíz de este comentario, recordó las palabras de su amigo Angus sobre si esta sería una vieja solterona a la que su padre no había conseguido encontrar un marido. Sacudió la cabeza desechando esa idea mientras cabalgaba con el ceño fruncido, la mirada gacha y las manos cerradas con fuerza en torno a las riendas. Su padre no pasó por alto estos gestos y sonrió porque intuía lo que le sucedía a su hijo.

—¿Estás nervioso por conocer a tu futura esposa?

—¿Eh? ¿Cómo dices? —William desvió la atención hacia su padre.

—Te preguntaba si estás nervioso ante el compromiso que has adquirido con el rey Robert.

William inspiró primero y soltó el aire a continuación.

—No lo sé. No tengo ni idea. Nunca lo he hecho antes.

—Es normal. Nunca has mostrado interés por una mujer. Luego, no puedes saber lo que te espera. Si tu madre te viera...—dijo el viejo Douglas con cierta resignación o melancolía porque ella ya no estaba en este mundo. Y él solo deseaba ir con ella, pero no parecía que su hora hubiera llegado todavía.

—¿Y si ella no acepta?

—Lo hará. Respetará la palabra de su padre o bien será él en nombre de su hija quien lo acate. El castillo de Stirling es toda una tentación para cualquier jefe de un clan. Y el Murray no es diferente a los demás. Tenlo por seguro. De todas formas, de ti dependerá en gran medida que ella te acepte —le advirtió mirando a su hijo de pies a cabeza como si estuviera comprobando si ella lo haría al verlo.

—¿Yo? Solo puedo hablarle de la situación real a la que nos enfrentamos. Su colaboración es

necesaria. No pretenderás que la seduzca... Porque no creas que tengo mucha experiencia.

—Pues te aconsejo que la encuentres y la pongas en práctica. Lo que sea para que ella no se oponga. Deberías tratar de seducirla y comportarte con ella como si en verdad te sintieras atraído e interesado por ella. No es una de esas mujeres que sueles frecuentar cuando estás por ahí con Angus y Malcom. Te lo advierto.

—Ya me hago a una idea de la clase de mujer que puede ser. Y de lo que tengo y no tengo que hacer. Haré todo lo que esté en mis manos para convencerla —le aseguró a su padre desechando la idea de que ella fuera una vieja solterona. Según las palabras de su padre, si ella no aceptaba su padre podría hacerlo y entregársela. No parecía que fuera a tener otra opción que aceptarla de todas, todas.

—Eso espero.

William lanzó una última mirada a su padre para dejarle claro que sabía lo que hacía en todo momento; o al menos eso creía él.

Archibald Murray no podía creer lo que le contaba su hombre de confianza. Y no lo hizo hasta que él mismo abandonó su casa y salió a comprobarlo. Robert Bruce marchaba al frente de una comitiva de hombres entre los que reconoció a James Douglas y al conde de Moray. Dio órdenes de que los hombres estuvieran alerta por lo que pudiera suceder y él mismo se armó con la espada al cinto. Sus más allegados hicieron lo propio poniéndose cotas de malla y corazas de cuero. Se armaron de prisa como si fueran a presentar batalla. El jefe del clan no se fiaba de esa repentina aparición. ¿Qué diablos hacía Bruce lejos de la corte? Sin duda que era una locura y una temeridad por su parte dados los tiempos que corrían.

William se sentía más nervioso a medida que se acercaban a la casa señorial del clan Murray. O tal vez se tratase de la curiosidad que despertaba en él conocer a la hija del jefe del clan. Iba escrutando los rostros de las mujeres y muchachas en edad de casarse, que iba encontrándose a su paso. Pero era algo absurdo hacerlo puesto que su futura prometida estaría dentro de la casa del clan. De manera que tendría que esperar un poco más para conocerla. Eso si Archibald Murray accedía

—¿Qué habéis venido a hacer a mis tierras? Sabed que estamos dispuestos a repeler cualquier ataque por vuestra parte —El tono frío y autoritario de Archibald Murray y su pose defensiva con la mano cerrada en torno a la empuñadura de su espada, así lo manifestaba.

—No he venido a pelear, sino todo lo contrario.

—Y por ese motivo os escoltan tantos hombres de armas —le comentó haciendo un gesto con el mentón hacia el nutrido grupo de caballeros montados a caballo y a pie.

—He venido a haceros una propuesta. La escolta es lógica en estos días. Hemos pasado cerca de Stirling, y ya sabéis que está bajo dominio inglés.

—No quiero saber nada de vos. Volveros por dónde habéis venido antes de que ordene a mis hombres que os hagan prisioneros.

Aquellas palabras provocaron un ligero revuelo entre los hombres que acompañaban al rey. James Douglas observó por el rabillo de su ojo a su hijo como dirigía su mano hacia la empuñadura de su espada.

—Quieto —le ordenó deteniendo su brazo y mirándolo con autoridad—. ¿Piensa que tu prometida puede estar viéndote? ¿Qué imagen pretendes causarle si desenvainas la espada ante su padre?

William apretó los dientes y devolvió una mirada de incompreensión a su padre. ¿Quería que se quedara quieto sin hacer nada?

—¿Qué me importa ella si el jefe de los Murray pretende atacar al rey?

—¿Quieres abrir un nuevo frente contra tu futuro suegro? Es la hora de la negociación. No de emplear la espada. Ya tendrás tiempo cuando entremos en Stirling y sitiemos el castillo.

William movió la cabeza sin comprender a su padre. Frunció el ceño y apretó las manos alrededor de las riendas de su caballo. Decidió prestar atención a la conversación del rey con Archibald Murray.

—No habéis escuchado mi proposición todavía —le dijo Bruce descendiendo de su caballo para quedar frente al jefe Murray.

—Os repito que nada de lo que...

—Imagino que sabréis que a estas alturas sabréis que Stirling es la única fortaleza que resta en manos de Eduardo. El resto de los castillos han cambiado de manos y ahora pertenecen a los escoceses.

—Sí, no soy sordo a los comentarios que circulan. Pero os olvidáis de Berwick en la frontera. Sabéis tan bien como yo que Eduardo I, padre del actual rey inglés, lo tomó sin ninguna contemplación y anunció que abdicaba del trono escocés en favor de John Balliol. Y que años más tarde lo retomó y se autoproclamó rey de Escocia. Pero eso es algo que vos ya sabéis. Y vos me habláis de tomar Stirling y su castillo.

Archibald no pudo evitar reírse de aquella supuesta propuesta.

—Veo que conocéis muy bien la historia de nuestra nación. Pero yo he venido a solicitaros ayuda para arrebatarle Stirling a los ingleses. Ya nos ocuparemos de Berwick en su momento —le aseguró convencido de que así sería.

—O sois un loco o un necio por venir hasta aquí para hacerme esa proposición. Se os ha olvidado que os negué mi apoyo cuando asesinasteis a Comyn. —Archibald se encaró con Robert Bruce para dejarle clara su postura.

—Os mantuvisteis neutral en la disputa entre los Comyn y yo. Pero veo que os ha compensado después de todo uniros a estos y a los ingleses —le refirió con ironía.

—No me gusta que estos dirijan el destino de Escocia, pero ¿qué queríais que hiciera? Tengo que velar por la seguridad de mi clan —le expuso señalando a la gente que se había acercado a escuchar la conversación.

—John Comyn iba a traicionar a Escocia contándole al rey Eduardo nuestros planes. Iba a vendernos. No podía consentirlo. ¡Basta de ser vasallos de los ingleses! Vos mismo acabáis de decírmelo. No os gusta que nos gobiernen. Olvidad el pasado y uníos a mí para terminar de expulsarlos de nuestra tierra, Archibald. Os estoy brindando la oportunidad de hacerlo.

El jefe Murray no apartó su mirada del rey Robert ni un solo instante.

—¿Y qué ganaría yo?

—Una nación libre.

Archibald aguantó la risa.

—Eso ya lo tengo, apoyando a los ingleses.

—El castillo de Stirling pasaría a manos de los Murray —le dijo con un tono embaucador que cambió el semblante de él.

—¿Habláis en serio? ¿Por qué habríais de entregárnoslo?

—El castillo sería vuestro con una sola condición más.

—Ya me parecía a mí que no me bastaría con unir a los Murray y a sus aliados a vuestras huestes —ironizó entre risas.

—Un compromiso que acabe en matrimonio.

—¿De qué estáis hablando? —Archibald Murray se mostró receloso ante esas palabras. No convenía creer a pies juntillas a los reyes ni a los gobernadores. Siempre acababan por traicionar a uno. Entornó su mirada hacia el rey aguardando una explicación.

—Un matrimonio entre vuestra hija y el hijo de James Douglas. Ellos serán los que regenten el castillo de Stirling.

—¿Con el Douglas? ¿Por quién me tomáis? ¿Queréis que la case con el diablo? —le espetó con una mezcla de incredulidad y rabia porque pensaba que se reía de él.

—Os estoy ofreciendo la libertad de nuestra nación y el último castillo que queda por tomar a cambio de la mano de vuestra hija para William Douglas —Robert extendió el brazo para señalarlo montado sobre el caballo—. Se convertiría en la señora de Stirling.

—Ya veo vuestra jugada.

—No hay ninguna jugada. Lo único que os pido es ayuda para Escocia. Nada más. A cambio os ofrezco el castillo para que vuestra hija gobierne.

—¿Y en cuanto a mí? ¿Qué me quedaría? ¿Podría ser el gobernador de Stirling? —le sugirió elevando una ceja con suspicacia.

—Podría ser. Esos términos los negociaríamos cuando todo haya pasado. Tenéis mi palabra.

Durante unos segundos Archibald Murray permaneció pensativo. Después de todo, la oferta era bastante buena. Su hija regiría en el castillo de Stirling y él podría ser el gobernador. Lo que no acababa de convencerle era la presencia de los Douglas. No eran gente de su confianza, ni a los que se les pudiera manipular.

Los dos hombres permanecieron retándose con las miradas esperando a ver cuál de los dos se apartaba primero.

—Tenéis mi palabra. Los Murray lucharán a favor vuestro. Pero incumplid lo prometido y yo mismo acabaré con vos. También os doy mi palabra en este caso.

—Me consta que lo haríais, pero os lo ahorraré. Y ahora, ¿dónde está vuestra hija?

William había estado escuchando la conversación en parte relajado, pero expectante a lo que pudiera suceder. No había dicho nada a su padre después de su gesto con él al detener su brazo camino de su espada. Sin embargo, al escuchar aquella pregunta, William se irguió en el caballo y su cuerpo lo acusó, tensándose sobre la silla.

La joven Bronwyn permanecía asomada a una ventana observando con atención y curiosidad a su padre mientras hablaba con el rey Robert. ¿Qué hacía este allí? Por lo que ella sabía, su padre se había mostrado partidario de John Comyn. Y se había mantenido leal a Eduardo para no tener ninguna disputa con este. Y de repente Robert Bruce se presentaba ante las puertas de su casa con un nutrido grupo de hombres armados. Entre estos, no pudo fijarse en uno. Tenía el cabello oscuro y algo enmarañado por la lluvia y viento. Sus rasgos eran firmes e incluso algo duros, como si se los hubieran tallado. Su mirada sin embargo parecía llena de curiosidad y no dejaba de pasearla por la gente allí reunida, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Sabes quién es? —le preguntó a su madre, que permanecía a su lado observando el devenir de los acontecimientos.

Margaret se mostró sorprendida por la curiosidad mostrada por su hija. Por otra parte, entendía que aquel hombre le hubiera llamado la atención. No era nada extraño dado su aspecto. Pero si era quien ella creía...

—¿Te refieres al joven que está junto a James Douglas?

El semblante de su hija cambió al escuchar aquel nombre, y su mente se llenó de las historias

que había escuchado contar acerca de este y de sus actos en favor del rey Robert.

—¿James Douglas, el Negro? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—Así lo apodan los ingleses debido al terror que inspiraba a estos. Él mismo arrasó su propio castillo cuando los expulsó. Supongo que el hombre al que te refieres es su hijo, William Douglas. Lo deduzco por el blasón que lleva impreso en su jubón. Y por el color del tartán de su plaid.

Bronwyn sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo al conocer la identidad de aquel hombre. Le había llamado la atención desde el primer momento por su aspecto, pero no pensó que pudiera tratarse de hijo de Douglas, el Negro. Sin embargo, su mirada parecía haberle transmitido algo diferente a lo que ella conocía de la historia de dicho clan.

—No sé a qué habrá venido el rey Robert, pero supongo que pronto lo sabremos por tu padre. Venga, será mejor que te apartes de la ventana.

La hija de los Murray pareció no escuchar las palabras de su madre y permaneció un poco más en esta. Su mirada no podía apartarse de aquel hombre. ¿El joven Douglas? Sería mejor no cruzarse con él, si era como contaban que lo era su padre. Mejor sería no llamar la atención. Pero cuando lo pensó comprendió que era ya tarde porque él la contemplaba con una mezcla de curiosidad y desconcierto.

William levantó la mirada hacia lo alto de la casa de los Murray. No era una gran construcción, pero era digna del jefe del clan. Sin embargo, lo que captó su atención fue la figura de una joven con el cabello semejante al color de la miel y un rostro risueño. Permanecía asomada a una de las ventanas del piso superior y tenía la impresión de que lo estaba contemplando. Cuando ella se dio cuenta de que él la había sorprendido, esta le lanzó una última mirada de desafío y desapareció. Él se quedó pensativo sin saber qué pensar hasta, que sintió una mano que le tocaba el brazo.

—Desmonta. Vas a conocer a tu prometida —le aseguró su padre con una sonrisa cínica—. Y compórtate o la asustarás.

William no dijo nada. Sacudió la cabeza y volvió a alzar la mirada hacia la ventana en la que había estado asomada aquella muchacha. Se trataría de alguna sirvienta que iría con el cuento a su señora sobre las personas que acababan de llegar. Claro que, para serlo, la mirada que le había dirigido había sido bastante arrogante, la verdad. ¿Tal vez supiera quién era él? Era consciente que el clan Douglas no gozaba de un buen trato entre los demás clanes leales a Inglaterra. Confiaba que no esto no fuera un impedimento para la muchacha. Si tenía oportunidad la buscaría para contemplarla de cerca y quién sabe, a lo mejor se pasaban un rato agradable, se dijo tratando de animarse y no pensar en su prometida.

William siguió a los demás al interior de la casa observando con curiosidad a las personas con las que se cruzaba. Buscaba a la joven de la ventana. No sabía por qué diablos se obstinaba en pensar en ella de la manera en la que lo había hecho antes, y cuando iba a conocer a su prometida.

—Mi esposa, Margaret —dijo Archibald Murray a los demás.

—Señora, mucho gusto. Disculpad que nos hayamos presentado sin aviso, pero la cuestión es urgente —le refirió Robert Bruce inclinando su cabeza en señal de respeto hacia ella.

—Estáis en vuestra casa, señor.

—Gracias.

—Di a Bronwyn que venga. He de hablar con ella.

Margaret frunció el ceño mirando a su esposo sin entender qué era lo que sucedía. ¿La presencia del rey Robert en su casa tenía algo que ver con su propia hija? No pudo evitar preguntarse yendo a buscarla.

Esta se había quedado en su alcoba para no volver a encontrarse con la mirada ni la presencia de aquel escocés, el supuesto hijo de James Douglas, según palabras de su madre. No quería que se volviera a fijar en ella. Y para ello debería evitarlo mientras él estuviera allí. La puerta se abrió de repente y la muchacha se volvió de repente hacia esta. Su madre volvía con ella.

—Hija, tu padre quiere que bajes al salón.

Esta se quedó quieta asimilando aquella orden. Sabía que debía acatarla, pero no dejaba de sorprenderla.

—¿Por qué? ¿No te lo ha dicho?

—No. Quiere hablar contigo.

—Bien... —asintió retorciéndose las manos de manera incesante. Y que su padre le pidiera que acudiera a su lado no era lo que más le preocupaba sino el hecho de volver a encontrarse con aquel hombre. No le cabía la menor duda de que estaría entre los caballeros del rey Robert. Debía estar preparada para soportar su mirada y su presencia.

William tenía la mirada fija en la mesa a la que todos se habían sentado por orden expresa de Archibald Murray. Tenía el gesto pensativo y en su cabeza un revuelo de pensamientos a cuál más alocado. ¿Y si la muchacha de la ventana era la hija de Archibald?, se preguntó en un momento en el que él mismo se sorprendió. No, no. Imposible. La joven muchacha de la ventana sería una sirvienta. No, no podía tratarse de su futura prometida. Pero cuando levantó la mirada el corazón le dio un extraño vuelco...

Bronwyn llegó al salón acompañada por su madre. Todos los allí presentes permanecían sentados hablando entre ellos sin prestarle atención. Pero entonces, todos al mismo tiempo, como si alguien los hubiera avisado volvieron sus rostros hacia ella convirtiéndola en el centro de sus miradas, al tiempo que sus voces se iban apagando hasta convertirse en un murmullo.

William abrió los ojos sobresaltado al darse cuenta de que era ella. Pero no esperaba verla tan pronto. Ni esperaba escuchar a Archibald Murray decir aquellas palabras. Todos se levantaron de sus asientos para mostrar respeto por la joven dama.

—Señores, os presento a mi hija Bronwyn.

Esta permanecía callada, vigilante y expectante ante cualquier movimiento y comentario de los allí reunidos. No quería pasear su mirada por los rostros de estos porque intuía que lo encontraría a él.

William permanecía mudo. Si el rostro de ella en la ventana le había llamado la atención, más por su manera de mirarlo, que por su belleza. Verla allí con aquel sencillo vestido de color verde con ribetes dorados resaltando su figura exquisita lo había paralizado por completo. No podía ser cierto. Debería tratarse de un sueño, se dijo. Ella. La joven de la ventana que él creía que era una más en el clan; o incluso una sirvienta. La misma con la que pretendía pasar un buen rato. Ahora entendía por qué lo había mirado con cierta altanería antes de desaparecer de su visión.

—Vaya con tu futura esposa —le susurró el conde de Moray dándole un codazo para que despertara.

Robert Bruce tomó la palabra inclinándose antes la joven.

—Es un honor conoceros, milady.

—Gracias, señor.

—El rey Robert y sus caballeros han venido para hacernos una proposición que te incumbe, hija.

Ella miró a su padre intrigada. Aquellas palabras habían despertado en ella incertidumbre por lo que pudieran significar. ¿Qué tenía ella que ver con aquello?

—¿De qué se trata? —preguntó Margaret al ver a su hija callada.

—He accedido a combatir al lado del rey Bruce para tomar Stirling, y expulsar a los ingleses de Escocia de una vez por todas.

Madre e hija se miraron entre ellas sin lograr comprender a qué había venido ese cambio. Y qué incumbía a Bronwyn.

—Mi señora, —intervino el rey mirando a Margaret— he venido buscando el apoyo del clan Murray y sus aliados para tomar Stirling y su castillo el cuál pasará a manos de vuestra hija, aquí presente.

Bronwyn abrió la boca como si fuera a decir algo, pero más bien fue la sorpresa que le produjo conocer esa noticia que no esperaba. ¿Era eso para lo que ella era importante allí en el salón? Por un momento se sintió algo más aliviada al conocer la noticia. Había esperado cualquier cosa, menos que le fueran a entregar una fortaleza, que por otra parte estaba en mano inglesas y que había que tomar.

—¿Mi hija? Pero... —Margaret Murray balbuceaba sin llegar a entender nada de lo que sucedía. Contempló a su marido esperando que él lo aclarara.

—Nuestra hija será la señora del castillo cuando este pertenezca a Escocia de nuevo. Y ella contraiga matrimonio —intervino Archibald mirando primero a su esposa para después dejar la mirada fija en su hija.

—¿Casarme? —Bronwyn dio un paso atrás alejándose de su padre y contemplándolo como si acabara de repudiarla. De repente experimentó un sudor frío en todo su cuerpo y creía que las piernas le fallarían en ese preciso instante.

Hubo un ligero murmullo entre los presentes, y el propio William fue testigo del temor y del rechazo en la mirada de ella. Era algo que él presentía antes si quiera de que ella misma supiera con quién iba a contraer nupcias. Apretó los dientes e hizo grandes esfuerzos para no salir hacia ella y explicarle todo. Pero la mano de su padre lo retuvo cuando este sintió que su hijo había además ir hacia ella.

—He accedido a que contraigas matrimonio y a que seas la señora del castillo en Stirling —le aseguró su padre convencido de que no habría marcha atrás posible. Su voz sonaba autoritaria y su mirada no dejaba lugar a ninguna duda por parte de ella.

Durante unos segundos ninguno en el salón dijo una sola palabra. Todos parecían estar conteniendo la respiración hasta ver en qué terminaba aquel duelo entre padre e hija. Bronwyn

inspiró hondo, entrecerró sus ojos y con cierto orgullo, que sabía que no le serviría de nada, se envaró adoptando un toque irónico.

—¿Y a quién has elegido como futuro esposo?

—El joven Douglas. William —le respondió el rey Robert haciéndose a un lado para dejar espacio a este.

Bronwyn sintió el temblor en todo su cuerpo cuando lo vio avanzar hacia ella. Alto e intimidatorio con su aspecto de guerrero. Ya se había fijado en él cuando lo vio desde la ventana y le llamó la atención sobre su caballo. Pero en ese momento en el que quedaba frente a ella su primera impresión quedó en nada. Logró tragar y aclararse la garganta antes de decir nada. Temblaba y había cerrado sus manos en puños que no separaba de sus costados.

—Mi señora —El tono de su voz era rudo, autoritario pese a que él parecía intentar mostrarse todo lo contrario. Su mirada trataba de ser cálida, pero le intimidaba su forma de fijarse en ella. Como si fuera una yegua a la que comprar. Claro que entendía que la observara de aquella manera, ya que a fin de cuentas se la estaban entregando.

Ella inclinó la cabeza a modo de saludo. Sabía que no tenía muchas posibilidades de escapar de aquel apañío entre su padre y el rey Robert. Que su opinión no significaría nada, ni la de su madre. Y más si por medio había una guerra y un castillo. ¡Señora del castillo de Stirling! Sonaba muy bonito para lo demás. Y para su padre sería un orgullo que los Murray se sentaran en este. Pero, ¿qué precio tendría que pagar ella? ¿Casarse con un Douglas! Con el hijo de James, el Negro. El azote de los ingleses. El mismo diablo, podía decirse. Se dijo sintiendo como se le encendía la sangre y el calor del momento se apoderaba de ella. Miró a su madre en busca de apoyo, pero esta se limitó a sonreír y a asentir.

—Creo que sería mejor dejar que se conocieran, mientras nosotros ultimamos el acuerdo —dijo su padre mirando a su mujer e hija para que salieran del salón en compañía del joven Douglas.

—Sí, será lo más acertado, padre —le respondió ella con la frialdad reflejada en sus ojos mientras le daba la espalda y abandonaba el salón ante la mirada de perplejidad de su madre, que comprendía el malestar de su propia hija por su futuro.

—Seguidme —le dijo Margaret a William, quien no tenía ni la menor idea de qué hacer en aquella situación, salvo lograr que ella lo aceptara de una u otra manera por el bien de Escocia, se dijo caminando en dirección a dónde ella lo había hecho.

Entraron en el comedor con el que contaba la casa. Austero en cuanto a mobiliario y decoración, pero tampoco es que le fueran mal las cosas al clan Murray. No en vano, se habían arrimado a Londres y al rey Eduardo. Y eso tendría sus beneficios, ¿no? se dijo William paseando la mirada por la decoración.

La madre de ella se colocó algo apartada de él, controlando a su hija. No sabía qué reacción tomaría, pero estaba segura de que no sería la que él esperaba.

William centró toda su atención de volcó en ella. En la joven muchacha de la ventana, que lo había cautivado que resultaba ser su prometida y futura esposa. La observaba caminar por la estancia como una fiera enjaulada. Tenía la cabeza gacha con la mirada puesta en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho. En ningún momento se dignó en mirarlo. Ni tan si quiera para ver si él estaba allí. Recordó las palabras de su padre acerca de tratarla bien para lograr el apoyo de los Murray. En ese momento comprendió que sería hartito complicado viendo su reacción y lo entendía porque a ambos se la habían jugado. Pero, por otro lado, ¿qué podía hacer él? El padre de ella había dado su consentimiento tanto a apoyar al rey con su clan, como en entregarle a su hija. ¿Acaso importaba mucho cómo la tratara? Desde luego que pondría su empeño, porque le

había gustado desde que la vio. Lo que desconocía era su carácter, del cual ya había visto una muestra cuando se envaró ante su padre. Y ahora cuando lo ignoraba.

—Mi señora...

Ella detuvo sus pasos y elevó la mirada para fijarla en él en cuanto lo escuchó referirse a ella. Lo contempló con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Seguía enrabiada por lo que había hecho su padre. Algo que no le perdonaría. Durante años había despotricado del rey Bruce, acusándolo de poco menos que asesino y usurpador al trono de Escocia. Y cuando este venía a pedirle ayuda para atacar Stirling, ¿qué hacía su padre? Aceptar su proposición entregándola a ella como moneda de cambio. ¿Dónde había quedado el honor de su padre después de esto? Se preguntaba mientras le sostenía la mirada al joven Douglas.

William percibía el enojo y la decepción en el semblante de ella. Había adoptado una postura defensiva cruzando los brazos sobre sus pechos, una especie de barrera con el fin de evitar que él se acercara de más. Y no lo haría, hasta que la viera más calmada. Ella le recordaba a una fiera salvaje en posición defensiva ante su atacante. Por ese motivo, decidió guardar la distancia.

—Mi señora, entiendo que todo esto os haya causado la misma sorpresa que a mí. Pero...

—¿Sorpresa a vos? —ironizó ella interrumpiéndolo y contemplándolo con gesto de asombro por aquel comentario—. Vos ya sabíais a lo que veníais. No me vengáis ahora a decir que estáis sorprendido —le rebatió con dureza recorriendo su cuerpo de los pies a la cabeza. Le llevó un tiempo hacerlo dada su estatura y su corpulencia.

—En ese aspecto tenéis razón. Conocía los planes del rey antes de venir. Fue él en persona quien me los comunicó.

Ella percibió cierta resignación en su voz. Como si no le hubieran dado otra opción. Y así era en aquellos tiempos. De igual modo que ella debía acatar la voluntad de su padre.

—¿Por qué no lo rechazasteis? Sois un caballero. Tenéis más poder que yo para hacerlo.

—No soy un caballero como decís. Mi clan lo perdió todo a manos de los ingleses. Y no puedo rechazar una orden de mi señor, el rey. Entendedlo. De igual modo que vos obedecéis a vuestro padre.

—Pero, ¿lo habrías hecho de haber podido? —La curiosidad la pudo y no se calló la pregunta que le quemaba la lengua.

William la vio dar un par de pasos que la acercaron más hasta él. Sin duda debidos al ímpetu y el coraje que derrochaba que a que quisiera acortar la distancia entre ellos. Su mirada brillaba por todo lo que le estaba pasando. Sus manos estaban cerradas en puños como si fuera a golpearlo. Pero lo que le llamó más la atención fue su imagen con el cabello cayendo en ondas sobre sus hombros, se le había soltado con cada uno de sus movimientos y ahora le ocultaba una parte de su rostro. Lo atrapó cuando percibió la fuerza de emanaba de ella.

Por otro lado, controlaba los movimientos y los gestos de lady Murray, su madre. Y esta parecía advertirle de que tuviera cuidado con su hija. El joven Douglas no parecía ser un peligro para esta, por lo que ella observaba y escuchaba. Más bien intentaba justificar su presencia allí.

—No tenía intención de buscarme una esposa hasta que Escocia fuera libre. Y eso siempre que encontrara una acorde a mis gustos. Si eso os sirve de consuelo, mi señora.

—Dejad de referiros a mí de esa manera —le refirió sacudiendo la cabeza—. No soy vuestra señora.

—Pero si sois mi prometida os guste o no. Vuestro padre ha accedido a entregaros a mí a cambio del castillo de Stirling —le recordó endureciendo el gesto y el tono de su voz, aunque no le gustara.

—Mi padre... Sí. Él mismo que durante años ha acusado al rey Robert de usurpador al trono

por acabar con John Comyn en Greyfriars. Ese ese mi padre que ha cambiado de bando en cuanto le han puesto en bandeja la fortaleza de Stirling. Tarea nada sencilla, por cierto. Lo de reconquistarlo para Escocia. E imagino que vos tomareis parte del asedio.

—Por supuesto. Y estoy seguro de que no lamentarías que muriera bajo una flecha inglesa —frivolizó él buscando su reacción.

Tanto lady Margaret como ella palidieron y se sobresaltaron al escuchar aquellas palabras en boca de él. Y mientras su madre no sabía cómo reaccionar, Bronwyn se acercó un poco más y le dedicó una mirada que bien podría haber acabado con él en el suelo.

—No soy tan despiadada —el aseguró con orgullo y determinación. Sin perderle la mirada—. Que esté en contra de casarme con vos no significa que os desee la muerte

—Seríais la señora de Stirling.

—¿Acaso pensáis que quiero vivir en el castillo? ¿Qué ardo en deseos de ser la señora? —Lo contempló con desaire y sacudió la cabeza—. No sé si a estas alturas os habéis dado cuenta que no soy más que una moneda de cambio. Nada más. Tenedlo en cuenta —sacudió la cabeza y apartó la mirada de él un instante. Su cercanía la turbaba en gran medida.

—Ambos los somos.

Ella volvió el rostro cuando lo escuchó y dejó escapar una risita mordaz.

—Pero en vuestro caso saldréis ganando más. Un castillo, una esposa que os entregue un heredero, honores de caballero. Tal vez incluso el rey os llame a la corte en Edimburgo. De ese modo podéis libraros de mí y tened tantas amantes como gustéis para engendrar bastardos —le objetó con desdén.

Estaba decidida a plantarle cara y a luchar para no ponerle las cosas fáciles.

—Eso puedo tenerlo sin una esposa —le aseguró siendo él quien la recorriera con su mirada. Se detuvo en su rostro dándose cuenta de la fina lluvia de pecas que se esparcían por sus sonrosadas mejillas. De la palidez de tu tez, de sus labios entre abiertos por los que respiraba de manera trabajosa. Aquella especie de duelo la alteraba haciéndola más exquisita y deseable a sus ojos.

—En ese caso, no me necesitáis.

La vio darle la espalda una vez más y caminar dirigirse hacia su madre. Esta permanecía en silencio, escuchando la conversación entre ellos dos. No había dicho nada hasta ese momento en el que su hija se dirigió a ella. Pero William la había visto gesticular en algún momento de aquella conversación. Él interpretó aquella retirada suya como una pequeña tregua entre ellos y cogió aire antes de seguirle exponiendo su punto de vista de la situación.

—Lo creáis o no, esta situación me agrada tanto como a vos. Entended que los dos somos peones en esta partida que libran los reyes. Yo estaba a gusto con mi situación personal antes de que Bruce me propusiera un matrimonio.

Ella volvió el rostro para mirarlo por encima de su hombro.

—Sin duda que lo estáis después de haberos escuchado decir que no me necesitáis. Tenéis vuestras amantes o sirvientas para satisfaceros; e incluso puede que os den algún que otro bastardo, como os he dicho.

—Hija, por favor... Él tiene razón después de todo —Bronwyn miró a su madre sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Te pones de su lado? ¿Tú también me traicionas? —Se apartó contemplándola como si no la conociera y su madre se apresuró a explicarle lo que había querido decirle.

—No, no me pongo de su parte ni apoyo lo que ha hecho tu padre. Pero es verdad que ambos estáis metidos en esto por cuestiones políticas. No lo hagais más complicado.

Pero la mirada de su hija le dejó claro que le importaba más bien poco lo que él pensara o cómo se sintiera al respecto. Ni que aquello se tratara de una cuestión política. Sonrió burlona y se giró hacia él.

—Vuestra madre tiene razón. Todo esto es por un solo motivo y es reconquistar Stirling y su castillo. No hay más —le resumió tratando de hacerla razonar sobre cuál era la realidad de todo aquello.

—En ese caso, entiendo que, dado que esto no es más que una cuestión política y que como bien habéis dicho, no tenéis interés en mí, algo que os agradezco —le comentó sonriendo de manera de manera irónica—. No me tocaréis un pelo.

William frunció el ceño y apretó los dientes. ¡Maldita fuera! Con gusto le enseñaría un par de cosas aquella joven. ¿Lo estaba provocando? ¿Por qué no se ponía de su lado? Hasta su propia madre lo había comprendido.

—Decís bien. No os tocaré... Hasta la noche de nuestra boda —le recordó él con una sonrisa taimada—. Y dad gracias a que lo más importante ahora es Escocia, sino, os prometo que buscaría un párroco o un monje para que nos casara hoy mismo y así poder tocaros —le aseguró reuniendo el aplomo necesario para no rodearla por la cintura con su brazo y atraerla hacia él para borrarle aquella sonrisa de triunfo que esgrimía.

Escuchar aquello hizo que ella palidiera. Un escalofrío se abrió camino por su espalda hasta perderse bajo los rizos de su cabello y seguir ascendiendo hasta la nuca. Por suerte para ella, su madre la sujetaba del brazo. De lo contrario, no creía que lograra seguir de pie. No quería imaginarse a aquel hombre poseyéndola como si fuera una yegua para satisfacer sus deseos y el hecho de que engendrara un heredero. Ni si quiera se imaginaba la manos de él, hechas para la guerra, recorriendo su frágil cuerpo. Deslizó el nudo que se le había formado en su garganta impidiéndola hablar, y recuperando su orgullo caminó hacia él.

William se dio cuenta de que sus últimas palabras haciendo referencia a la noche de bodas sin duda que le habían afectado. Lo último que quería era enojarla más de lo que ya estaba. Ni tampoco pretendía asustarla. Pero ella parecía dispuesta a seguir peleando con él.

—Así será hasta que llegue ese día.

William se sentía algo mezquino por lo que le había dicho. Tal vez le hubiera aparecido una especie de animal o de sátiro. Ver el temor por lo que le pudiera hacer, reflejado en sus ojos, le hizo reaccionar.

—No pretendo causaros ningún daño. Ni tampoco pretendo que me temáis, mi señora. No soy vuestro enemigo.

—No confundáis mi desidia hacia vos con miedo. Sois un Douglas y ya sé cómo se comportan los de vuestro clan. Empezando por vuestro padre, al que los ingleses apodan <<El Negro>> por sus actos.

William asintió apretando los labios.

—Habéis oído hablar de las hazañas de mi padre...

—¿Hazañas? ¿Destruir su propio castillo, reducirlo a cenizas con los soldados ingleses en el interior lo calificáis como tal? —Volvía a quedarse tan cerca de él que le bastaría extender su brazo para tocarla, pensó ella en un momento. Se imaginó que él podría llevarla contra su pecho y besarla. Recorrer su cuerpo con sus manos... Ella se dio cuenta de lo que podía suceder y se apartó con solo imaginarlo. Pero el calor había prendido en el interior de su cuerpo, también.

—Los ingleses nos arrebataron nuestro hogar, ya os lo dije antes cuando me dijisteis que yo era un caballero —Apretó los labios y apartó su mirada de ella cuando aquellos sucesos inundaron su mente—. Estábamos en nuestro legítimo derecho a recuperarlo y hacer lo que nos

diera la gana con este porque era <<nuestro>> Lo destruimos para que los ingleses no se volvieran a apoderar de este. Fue duro y doloroso contemplar semejante acto. No os lo deseo.

—Entiendo entonces, también podéis hacerlo conmigo —Lo estaba desafiando. Lo estaba llevando al límite de su paciencia. Pero ella solo quería saber la clase de hombre que era. Hasta dónde podría aguantar sin tomarla en brazos y hacerla callar.

—¡Hija! Por lo que más quieras. Deja ya esta conversación. No va a conducirte a nada bueno. No le hagas recordar esos hechos —le dijo su madre contemplando el gesto irónico en ella, y el de asombro en el joven Douglas. Margaret Murray había escuchado esos acontecimientos y no terminaba de creer que clan hubiera actuado así, pero al escucharlo por boca de William no le quedaba duda alguna.

—No con vos mi señora. Nunca os haría daño. Pero sí a quien ose apartaros de mi lado. Quiera Dios que nadie se atreva, y se lo piense dos veces antes. Porque sin duda que conocerá de lo que es capaz un Douglas. Os lo juro. Haré cuanto esté en mi mano para que este compromiso y posterior matrimonio perdure, mi señora

Aquel comentario la dejó sin capacidad de reacción porque no esperaba que él pudiera decir algo semejante. Pero sobre todo la impactó la manera de mirarla. Había determinación y seguridad en su mirada. Era penetrante e intimidatoria en un primer momento. Pero algo hizo que él la cambiara, dulcificándola lo justo para tranquilizarla.

—¿De verdad? Hace un momento parecíais decir lo contrario. Incluso creí que podríais repudiarme al asegurar que ya tenéis amantes de sobra.

William la miró con atención y sin mediar palabra dejó que sus dedos se enredaran entre sus cabellos y notara su suavidad. Luego esa misma mano se posó en su mejilla sin que ella se apartara. Él sonrió de manera tímida.

—En verdad que os necesito.

—No... —Se quedó sin aliento cuando lo escuchó decirlo. Su mano se había quedado quieta en su mejilla y ahora el pulgar se la estaba acariciando de manera lenta provocándole un ligero cosquilleo en su cuerpo. ¿Qué hacía allí parada permitiendo que la tocara? ¿Por qué no podía alejarse un paso de él? Bastaría con eso. Su corazón latía más y más deprisa sin que ella pudiera remediarlo.

Su madre permanecía quieta contemplando aquella escena. No quería decir nada por temor a romper el hechizo que parecía tener cautivada a su hija, después de todo.

—Os necesito para que Escocia sea libre. Vos sois la llave para conseguirlo. Mi señora. Debo volver con los demás, pero si me necesitáis, no dudéis en buscarme.

Se inclinó con respeto y se volvió para salir de la estancia porque creía que ya había dicho todo lo que se le ocurría por el momento. Soltó el aire que había retenido en su interior mientras la estuvo mirando de cerca. Su mano sobre la suave piel de su rostro. Sus ojos brillantes y sus labios entreabiertos. Habían sido todo un reclamo para él. De haber sido cualquier otra muchacha la habría besado sin pedirle permiso, acaso y tal vez habrían acabado retozando sobre el suelo. O la habría tomado sobre la mesa. Pero ella... No. Debía mantenerse firme en su palabra acordada con ella. No la tocaría hasta la noche de bodas. Y no la haría sentirse incómoda en ningún momento. No quería que saliera huyendo y el pacto acordado entre su padre y el rey Robert pudiera romperse. Y para ello estaba dispuesto a cualquier cosa, incluso a ser un Douglas si alguien osaba tocarla.

Bronwyn permaneció en silencio durante unos segundos, mientras contemplaba como él abandonaba la sala. Era como si no supiera qué hacer, ni qué decir. Pero los últimos comentarios por su parte parecían haber calado dentro de ella. De manera lenta comenzó a caminar por la

estancia bajo la atenta mirada de su madre.

Margaret Murray no aprobaba algunas de las cosas que le había dicho a su futuro esposo. Pero esa era su hija y ese era su carácter. En el fondo no sería ella sino se comportase de esa forma. Más tarde ella misma buscaría al joven Douglas para hablar con él. Ahora tenía que estar al lado de su hija.

—¿Lo has escuchado?

—Todo lo que ha dicho, hija. Y debo decir que me ha parecido...

—Soy la llave para lograr la libertad de Escocia —susurró con la mirada perdida en el vacío.

—Sin duda que es así en cierto modo. Tu compromiso con William Douglas supone que nuestro clan luche en favor del rey Robert. Y con nosotros acudirán muchos más hombres de otros clanes afines al nuestro.

—Un peón en el tablero de la política de esta tierra —Se sentó en un banco porque sentía que sus piernas no le aguantarían mucho más.

—De igual modo que él. Ya lo has escuchado.

—Solo que él es un hombre —le recordó mordaz.

—Dispuesto a cualquier cosa por ti.

Bronwyn abrió los ojos como platos al escuchar a su madre hacer ese comentario

—¿Por mí? Yo sé lo único que va a moverlo hacia mí.

—Ambas lo hemos escuchado. No permitiré que nada malo te suceda; ni que nadie ose apartarte de su lado o conocerán la fama del clan Douglas.

—Por una Escocia libre. ¿Lo olvidas? Solo le intereso porque a su rey le conviene la alianza con nuestro clan para liberar Stirling. ¿Cómo puedo saber que lo lograrán? ¿Y si no lo hacen? ¿Queda anulado el compromiso? ¿Y si él muere en la batalla? —miró a su madre esperando que le dijera que eso no sucedería.

—Tú misma le has dicho que no esperas que eso suceda. Cuando él te aseguró que seguro que no lamentarías que cayera muerto.

Bronwyn fue a decir algo pero recordar ese momento la hizo replanteárselo.

—No soy tan malvada como para desearle la muerte, madre. Ya se lo he dicho.

—Eres joven y fuerte. Valiente y temeraria en ocasiones. Como hace un momento cuando hablabas con él. Creo que lo has puesto al límite y que de haber sido otra clase de hombre no habría vacilado en responderte a su modo. Podría haberse propasado contigo.

—Entonces sería lo último que hiciera en su vida —le refirió con una frialdad extrema.

A su madre no le cabía la menor duda de que de haber intentado tocarla o propasarse con ella, Bronwyn habría terminado por acabar con él. Era capaz de todo con tal de seguir viva.

—No me parece la clase de hombre que se lo merezca. Creo que él también es una víctima de las circunstancias políticas, ya lo has escuchado. Que no le ha quedado otra alternativa que acatar la palabra de su rey. No lo juzgues por ello sino por cómo se comporte contigo. Y no me parece que pueda hacerlo tan mal como crees.

—Es un Douglas, madre. Y tú me has contado de lo que han sido capaces. En especial su padre.

—Sí. Y su hijo acaba de contarte por qué hicieron lo que hicieron con su castillo.

—Sí. Porque era de su propiedad. Pero yo no lo soy —Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones para dejarlo claro.

—No creo que te considere como tal. Reconozco que todo esto me ha caído de sorpresa de igual manera que a ti. Y que tengo mi recelo y mi temor al respecto de lo que pueda salir. Pero he percibido algo en el joven Douglas que me permite tener esperanza.

—Solo le interesa que Escocia sea libre.

—Sí, ¿y qué hará cuando esta lo sea? ¿Lo has pensado? Tú serás la llave de su felicidad, y de la tuya propia.

—No creo que un hombre como él pueda llegar a sentir algo por mí salvo que soy un instrumento para sus fines y los de su rey. Nada más. Cuando acabe la guerra con Inglaterra y se convierta en el señor de Stirling se dedicara a tener amantes, a perseguir a las sirvientas, a emborracharse y a poco más. Eso es lo que hará —le dijo ella como si estuviera muy segura de lo que decía. Y algo en su interior se contraía porque después de todo no quería esa vida para ella.

—Entonces, está en tus manos que nada de eso suceda.

Bronwyn permaneció callada, con el ceño fruncido sin entender nada de lo que su madre le decía. No estaba segura de que el joven Douglas no se comportara como el resto de hombres que ella conocía. ¿Y qué podía hacer ella para cambiar la situación? Se preguntó sin querer buscar una respuesta por el momento. Toda aquella situación le estaba dando dolor de cabeza.

—Me gustaría que todo esto fuera un mal sueño. Que despertara y todo siguiera como hasta este día. Que no tuviera que casarme con nadie y que pudiera seguir siendo libre —se dijo mientras relajaba los hombros por primera vez desde que todo aquello comenzó.

3

William se alejó de ella cuando consideró que su paciencia estaba llegando a su límite. Sin duda que la joven Murray tenía valor y descaro para hablar como lo había hecho. Pero, ¿qué podía hacer o decir él? Nada cambiaría la situación. Él no había sido partidario de contraer un compromiso que acabaría en un matrimonio. Pero era necesario lograr el apoyo de más clanes a la causa del rey. Y por este motivo haría cualquier cosa por liberar a su tierra de los ingleses; aunque ello fuera comprometerse con una mujer como Bronwyn Murray.

—¿Qué tal tu futura mujer? ¿Es arisca como una gata? —le preguntó Angus cuando vio a William abandonar la casa

—Creo que no se trata de una vieja desdentada —le dijo Malcom riéndose en sus narices.

—No, no es nada de eso.

—¿Y cómo es?

La curiosidad de sus amigos pareció no hacerle mucha gracia. Hizo un gesto algo hosco y se apartó de ellos.

—Es algo rebelde. Pero entiendo su postura cuando a alguien le imponen algo que no desea.

—Supongo que te refieres a que no quiere casarse —sugirió Malcom.

—Sí.

—Pues ya dos sois dos. Lo que sucede es que no os quedará otra ahora que el rey y los Murray se han puesto de acuerdo para atacar Stirling.

—Por ese motivo hemos venido, ¿no?

—Entiendo que no te ha hecho gracia la encerrona en la que te han metido. Pero, ¿tan poco merece ella la pena? —le preguntó Angus obligando a su amigo a mirarlo a la cara—. En serio.

William se detuvo y se quedó contemplándolos sin saber qué decirles. ¿La verdad? ¿Qué no le hubiera importado lo más mínimo estrecharla contra él y hacerla callar como él creía que ella se merecía? ¿Qué una parte de él deseaba casarse con ella por la noche de bodas? ¿Para tenerla desnuda en su cama? ¿Qué la estaban empujando a un destino incierto?

—La conversación ha sido normal. ¿Qué esperabais? ¿Qué ella lo aceptara sin más y me acogiera entre sus brazos? Además, falta mucho para casarnos. Lo importante ahora es saber cuándo partiremos de regreso a la capital para preparar el asalto al castillo. Es lo único que me interesa.

—Tú procura que no te mate ningún inglés —le advirtió Malcom—. O de lo contrario ella se quedará con el castillo por el que tú habrás luchado.

—Al menos disfrútalo, ¿no? En cuanto a ella... Supongo que habrá sitio de sobra en este para no veros si no queréis.

—Sí —asintió él sin añadir más. No estaba seguro de no quererla ver después de todo. Sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento que guardara relación con ella. No era el momento para pensar en nada que no fuera la guerra contra los ingleses—. Creo que iré en busca de mi padre a ver qué tiene que contarme. Os veré más tarde.

Lo encontró charlando con Moray quien después de saludarlo con la mano se alejó para seguir hablando con el rey Robert y Archibald. A James le sorprendió ver a su hijo sin la compañía de la hija del jefe Murray.

—¿Ya has terminado de hablar con tu prometida? Pensaba que pasarías más tiempo a su lado, para conocerla.

A William no se le pasó por alto el toque de sorpresa en la pregunta. Ni la mirada de intriga

de su padre.

—¿Qué más quieres que haga? Hemos estado hablando de todo lo referente a esta inesperada situación para ambos.

—Ya —James Douglas chateó la lengua. Era lo esperado, claro, pero a él le hubiera agradado que su hijo pasara más tiempo con su prometida. Solo eso. Sin embargo, James Douglas parecía receloso del comportamiento de su hijo—. Sé que es un compromiso impuesto por el rey. Que no tenías intención de buscar una mujer para casarte porque prefieres seguir con tus correrías. Pero debes aceptarla por el bien de la nación. Necesitamos más hombres para poder acabar ganando la guerra.

—No se me ha olvidado en ningún momento.

—Bien. ¿Qué opinión te merece la muchacha? Sé que tal vez no sea de tu agrado, ya me entiendes... Pero confío en que sepas tratarla para que no salga huyendo o cometa alguna estupidez que eche por tierra todo.

—No lo haré, tranquilo. Ella es consciente de la situación y no va a contravenir la palabra de su padre.

—Confío en tu palabra y que no tengas problemas para tratar con ella. Piensa que al final podrás ser el dueño y señor del castillo de Stirling. En cuanto a ella, una vez que te dé un heredero perderás el interés en ella. Pero hasta que ese momento llegue, deberás comportarte con ella como si fuera la misma reina.

—¿Podríamos dejar ese tema? —le rebatió William a su padre—. Lo que más nos interesa es expulsar a los ingleses de nuestra tierra. Ese es mi objetivo. No ando pensando en tener un hijo con una mujer, que no muestra demasiado entusiasmo en este compromiso, como puedes presuponer.

—Lo sé. Pero el rey necesita hombres para ganar la guerra, como bien dices.

—Por eso mismo me sacrifico por mi país. Ella es el instrumento para lograr un objetivo. Y ya está logrado. El rey tiene más tropas —le dijo con un tono frío. De repente le molestaba que hablaran de Bronwyn de esa manera. Bastante la habían utilizado.

—Deberías mostrar más entusiasmo por tu futura esposa —intervino Moray que se había quedado junto a ellos cuando el rey y Archibald Murray se marcharon—. Entiendo cómo te sientes. A nadie le gusta que le impongan nada. Y menos un matrimonio.

—Podría haberle dado el castillo y la ciudad sin más —protestó William.

—El rey no podía hacerlo. Ya te lo dije. No puede dejar un lugar tan estratégico en manos de un clan, que se mostró leal a John Comyn porque este lo era con Eduardo I de Inglaterra. Podría volverse contra Robert Bruce y traicionarlo dejando que los ingleses volvieran a ocuparlo. Pero contigo eso no sucederá, hijo.

—Odio verme en medio de estos entresijos políticos. Soy un guerrero que lucha por su país. Nada más. Me atrevería a decir que casi me gustaban más los años en los que no teníamos rey y seguíamos a William Wallace en su lucha.

—¿Crees que entonces no había conspiraciones políticas? ¿Cómo crees que Robert logró mantenerse con vida? —le preguntó sujetándolo por el plaid para zarandearlo—. No sabes nada.

—Me hago una idea de que su padre forjó una alianza con el propio Eduardo. Solo digo que Wallace y los que le seguíamos luchábamos por un ideal.

—Y ahora también —le instó Moray.

—Sí, pero a cambio de atarme a una mujer que teme al clan Douglas como la propia peste.

—Así es como se hacen las cosas, muchacho. Aprenderás rápido —le aseguró su padre palmeándolo en el hombro—. Demos una vuelta por aquí a ver qué tenemos. ¿Vienes?

William sacudió la cabeza.

—No. Prefiero estar solo. Tengo que pensar —le aseguró viendo a su padre y a Moray alejarse. Resopló y se pasó la mano por el pelo. Así era cómo se hacían las cosas, se repitió las palabras de su padre como si pretendiera que no se le olvidaran. Pues a él no le agradaban lo más mínimo. Le iba bien como estaba. De batalla en batalla. Arrebatando a los ingleses las ciudades y posesiones en Escocia para devolverlos a sus legítimos dueños. Disfrutando de la satisfacción del deber cumplido. No necesitaba una mujer a su lado. Pero ahora... Todo iba a cambiar tras la última batalla.

Margaret abandonó y se encontró a William sentado en banco de piedra. Su gesto parecía expresarlo todo. Tenía el ceño fruncido y la mirada fija en el vacío. Su hija no había sido muy amable con él en ese primer encuentro. Entendía que no quisiera comprometerse con el Douglas, pero era la decisión de su padre. Y, además, ella tenía que ser consciente de que más tarde o más temprano debería casarse y tener su propia familia dentro del clan. Comprendía que aquella forma no era la más acertada. Una imposición del rey Robert y con un Douglas después de los comentarios e historias que circulaban sobre lo crueles que habían llegado a ser con los ingleses.

Se acercó con paso dubitativo al joven William porque no quería molestarlo. Ni tampoco sabía cómo iba a reaccionar este. Cuando notó su presencia, levantó la mirada para fijarle en su rostro e instándola a detenerse de manera brusca a la espera de su próxima reacción.

Él se levantó del banco cuando la vio dirigirse hacia él. Asintió a modo de saludo.

—Mi señora.

—Siento importunaros.

—No, no lo hacéis. Quedaos tranquila.

—Os he visto aquí solo, pensando tal vez en todo lo que está sucediendo...

La mujer lo contemplaba con cuidado y curiosidad. Tal vez él le confesara algo más de lo que le había dicho a su hija. La primera impresión que le había causado no era la que tenía en mente cuando supo quién era. El hijo de Douglas <<el Negro>>

—Vivimos un tiempo convulso. La guerra entre las dos naciones dura demasiado.

—Y esperáis que acaben con la toma de Stirling...

—Sí. Una parte de mí así lo quiere.

—¿Es que en el fondo no lo deseáis? Habéis hecho referencia a una parte de vos...

—La parte de guerrero que habita en mí... —esbozó una tímida sonrisa—. Llevo peleando contra los ingleses desde que Wallace se levantó en armas al matar al sheriff de Lanark.

—Entiendo que vuestra vida ha sido la guerra.

—Por eso os lo digo.

—Pero entonces, si Stirling cae y los ingleses son derrotados por fin y expulsados de esta tierra, ¿qué sucederá con esa parte de guerrero de la que me habláis?

—Que tendrá que guardar la espada y disfrutar de la paz. No creáis que no se lo merece.

—¿No lo echaríais de menos?

—No. Ansío más la paz. He derramado y visto derramar demasiada sangre.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Como si los dos estuvieran pensando en esa breve introducción al tema que Margaret quería tratar con él.

—Os buscaba para hablaros —comenzó diciendo mientras observaba el gesto de asombro en el rostro de él.

—Supongo que de lo que ha sucedido hace un momento con vuestra hija —William apartó la mirada de la mujer y volvió a mirar al frente pensando en Bronwyn—. No la culpo por su

reacción porque era lo que me esperaba.

—Pero es su deber como mujer e hija. Me refiero a casarse y formar su propia familia.

—No os lo discuto, señora. Pero creo que las formas no han sido las más apropiadas para ninguno de los dos. Ya se lo dije a ella y os lo repito a vos: somos dos peones en este tablero de la guerra y la política. ¿Creéis que me hizo gracia que el rey Robert me lo propusiera?

—Entiendo que sois un hombre y un guerrero, y que lo que tal vez menos ansiáis ataros a una mujer de por vida. Pero imagino que habréis pensado seguir con vuestro linaje.

—Sí. Cuando la guerra con Inglaterra termine. Cuando disfrutemos de esa pasa que os he mencionado. Entonces me estableceré en alguna parte y supongo que tendré una mujer e hijos.

—A la mujer ya la tenéis.

William ahogó la risa.

—Ella me odia por lo que represento.

—¿Y vos?

Margaret lo miró con curiosidad.

—Odio a los ingleses por lo que llevan haciendo con nosotros. Lo que han hecho a esta tierra y a sus gentes. Y luego dicen que nosotros somos salvajes y bárbaros...

—Entonces si no la odiáis, es un buen comienzo.

—Pero, yo no sé nada de sentimientos, ni de mujeres... Ni de cómo diablos tratar a una esposa. Desde que era un chiquillo solo he conocido la muerte y la guerra.

—Pero supongo que habréis estado con mujeres.

—Pero no de la misma manera que estaré con vuestra hija. Siendo su esposo —Le sonaba extraña esa palabra. Nunca había creído que llegaría ese día.

—Siempre podéis repudiarla.

—¡Eso nunca mi señora! He dado mi palabra al rey y a vuestra hija, y la cumpliré. Me casaré con ella cuando la guerra acabe y permaneceré a su lado en todo momento. No quiero que ella pague por todo esto.

—¿Por qué lo decís?

—Ella no tiene ninguna culpa de que la circunstancias la aten a mí de por vida. Sé lo que representa escuchar el nombre de Douglas. No sería justo apartarla y tratarla de menos.

—No esperaba escucharos decir algo así —comentó sorprendida después de todo.

—Oh, sí. Estoy seguro de que en el fondo pensáis que una vez que recuperemos el castillo de Stirling y me establezca allí, arrojaré a vuestra hija de lado. Sí, es lo más sensato de pensar de alguien como yo.

—No dejáis de sorprenderme joven Douglas.

—Os creo porque acabo de deciros que mi clan conlleva una serie de taras. Pero estas han sido producidas por la guerra. Nada más. Todos han escuchado lo que mi padre ha hecho a los ingleses. El porqué de su apodo. Pero es la guerra la que lo ha vuelto así.

—Sí, las cosas que se cuentan de vuestro clan ponen los pelos de punta.

—No os lo discuto. Y comprendo que vuestra hija me tema.

—¿Temeros? No creo. En el fondo tiene mucho carácter como habéis podido ver por vos mismo —le refirió con una risa ahogada. Aquel joven comenzaba a caerle algo mejor. Sin duda no tenía nada que ver con lo que contaban de los miembros del clan Douglas.

—Sin duda —asintió pensando en que su relación no sería muy cordial, al fin y al cabo.

—No os quiero molestar más tiempo. Solo quería disculparme por el comportamiento de mi hija.

—Y yo os repito que no es necesario que lo hagáis. Es la reacción que esperarí cualquiera.

Quedaos tranquila.

Margaret permaneció unos segundos contemplándolo y asintiendo. Tal vez después de todo el joven Douglas no fuera como el padre y su hija acabara en buenas manos.

—Si me disculpáis, no os robaré más tiempo.

—El que necesitéis, mi señora —le dijo levantándose al mismo tiempo que los hacía ella.

William la vio alejarse de vuelta a la casa mientras él permanecía a solas con sus pensamientos. Solo que después de la conversación con aquella mujer, no sabía si todo se había arreglado o enmarañado más todavía. Lo que más deseaba era partir de regreso a la capital y organizar en asedio al castillo de Stirling. Si se centraba en la guerra se olvidaría de todo lo demás; incluida ella.

Esa noche se celebró una cena en honor a la pareja y a su futuro matrimonio a la conclusión de la guerra. Tanto el rey Robert como Archibald Murray daban por hecho que esta concluiría con la toma del último castillo escocés en mano de los ingleses. Y luego toda la nación viviría en paz bajo el gobierno de Robert Bruce.

—Estoy más que convencido de ello. Con los hombres de mi clan, y de los que descienden de este, vuestro ejército no estará en franca desventaja ante el inglés —le decía Archibald a Bruce.

—Confío en que así sea. No obstante no debemos fiarnos del rey Eduardo. Según las noticias que tengo antes de partir de la capital eran que al parecer estaba reuniendo un ejército para reforzar Stirling.

—En ese caso, ya conoce vuestras intenciones.

—Sí. Eso me temo. Creí poder tomarlo por sorpresa pero no va a ser así.

—¿Y si el asedio no da sus frutos? ¿Lo habéis pensado?

Robert frunció el ceño y se llevó la mano bajo su mentón en un claro gesto pensativo.

William permanecía atento a lo que se discutía acerca de la campaña militar para el asedio del castillo de Stirling. Como soldado que era, no podía dejar de pensar en lo que sucedería en los próximos días. Pese a que a su lado permanecía sentada su prometida y futura esposa Bronwyn. No le había hecho demasiado caso durante la cena. Pero ella tampoco se había dirigido a él salvo en el momento de saludarlo a su llegada a la mesa. Entonces él se fijó con atención en su renovada apariencia. Había cambiado de manera considerable desde que se conocieron. Se había recogido el cabello en una trenza, dejando visible su rostro y su cuello de piel pálida, de aspecto suave. La mirada que le había dirigido no había sido tan fría y tan cortante como él esperaba, sino algo más cálida pese a todo lo que había sucedido. Ocupó la silla que había a su derecha, pero siempre manteniendo cierta distancia entre ellos, pese a todo. Comieron en silencio salvo por las ocasiones en las que sus miradas coincidieron y entonces, más por obligación que por voluntad de cada uno, se dirigieron la palabra. En otras ocasiones fue para pedir que se acercaran alguna bandeja o plato de la mesa. Nada más. Ella no le parecía estar por la labor de facilitarle las cosas. Y por ese motivo él decidió centrarse en la conversación en torno a la situación actual de la guerra. Era lo más importante para él. Estaba deseoso de partir y dejarla allí al cuidado de su madre hasta que todo terminara. Entonces... volvería por ella.

Al concluir la cena William permaneció junto a su padre y al conde de Moray. Por un instante se preguntó dónde estaría Bronwyn. Echó un vistazo al salón pero no la vio y supuso que se habría retirado junto a su madre y algunas sirvientas. Las conversaciones de la guerra no eran tema para mujeres.

—Creo que lo más acertado sería que todos viajásemos hasta la corte en la capital —sugirió el rey Robert mirando de manera fija a Archibald—. De ese modo vuestra esposa y vuestra hija, así

como los miembros de vuestro clan más necesarios estarán bajo mi protección. No tiene sentido dejarlos aquí si la situación se va a recrudecer.

—Es una buena idea. De ese modo mi clan viajará más seguro entre vuestros caballeros. Y mi hija estará cerca de su futuro esposo —aseguró mirando a William, quien le sostuvo la mirada y se limitó a asentir. No podía rechazar esa idea porque no le convenía hacerlo. Pensó en su prometida y en que tendrían que pasar juntos bastante tiempo. Algo que seguramente a ella no le hiciera demasiada gracia. Ni a él tampoco, ya que supondría que tendría que estar pendiente de esta a todo momento con una guerra de por medio. Él debía estar junto a sus hombres por lo que pudiera suceder. Confiaba en su propia madre para ocuparse de ella.

—Una vez instalados en este, organizaremos el asedio al castillo.

—Tened en cuenta el tiempo. No deberíamos darles más ventaja a los ingleses que ya nos esperan —le sugirió Moray.

—¿Qué sugerís? ¿Qué nos detengamos en nuestro viaje y atacemos Stirling? No tenemos hombres suficientes para hacerlo.

—Pero entonces daremos tiempo a Eduardo a enviar tropas en su auxilio.

—Creo que tiene razón —señaló Douglas—. Todos sabemos que Stirling es el único castillo en Escocia que no hemos arrebatado a los ingleses. Ya que la de Berwick queda justo en la frontera entre ambos países. Y Eduardo también lo sabe. A estas horas debe estar preparando un fuerte contingente de tropas para ir a reforzarlo. Si lo sitiamos ya, podemos evitar que esas tropas de auxilio lleguen a tiempo.

El rey Robert permaneció pensativo, meditando la situación sobre el mapa que había expuesto sobre la mesa.

—Los ingleses tiene por delante un viaje largo y duro hasta llegar a Stirling. Es nuestra baza —aseguró Archibald Murray.

—Aquellas tropas que vengan desde Londres. Pero, ¿qué me decís de los clanes que lo apoyan en Escocia? Incluso puede mover mercenarios de Gales. Le costaría poco informarlos para que se organicen y emprendan la marcha. O sus tropas en la frontera, desde Berwick —señaló Douglas con su mano la marca que separaba ambas naciones—. Solo con movilizar a estos junto con las tropas de Stirling le bastaría para resistir mientras llegan su caballería desde Inglaterra. E incluso puede arrastrar soldados desde Francia e Irlanda por mar. Le bastaría ganar tiempo hasta su llegada, si no los ha movilizado ya, como sucedió en la batalla de Falkirk que perdimos.

Aquellas explicaciones dieron que pensar a los presentes y a ninguno se les pasaba por alto la derrota que sufrieron a manos de Eduardo.

—Siempre podemos cortarles el avance —sugirió Moray.

—Si queremos hacerlo, necesitamos más hombres y, sobre todo, anticiparnos a los movimientos de Eduardo —insistió James Douglas que no presagiaba nada bueno.

—Están bien. Enviaré un mensajero a Edimburgo para que las tropas se preparen para la marcha. Nos encontraremos en esta posición elevada de Torwood dentro de diez días. En el paso entre Borestone y Bannock Burn. Tendremos una visión acertada de la llegada de los ingleses —aseguró el rey mientras todos parecían acatar esa orden—. Necesito enviar a alguien a la corte con las órdenes específicas. Mi esposa y la gente que está allí al frente sabrán qué hay que hacer.

William dio un paso al frente captando la atención de los demás.

—Me ofrezco voluntario para llevarlo, señor.

—No, nada de eso. Os agradezco vuestra disposición, William, pero no os lo concederé. Es más, vos deberíais estar con vuestra prometida, y no aquí escuchando el relato de la batalla que

se avecina.

—Soy un soldado. Tengo que estar presente.

—De acuerdo. Pero no seréis vos el que lleve el mensaje. No me gustaría que vuestra prometida se quedara viuda antes de tiempo. Ni que le suceda a ella en el camino. No. Permaneceréis a su lado y os encargaréis de su protección hasta llegar a Torwood. Ese será vuestro cometido, joven Douglas.

—Siento discrepar señor, pero mi prometida estará bien protegida en todo momento con los hombres del clan Murray, y vuestros caballeros.

—Tenéis razón. Pero eso no os exime de velar por su seguridad. Permaneceréis a su lado por si algo malo le sucediera. Espero haberme expresado bien.

El tono del rey fue claro y conciso, de igual modo que su mirada.

—Con vuestro permiso.

William se mantuvo firme en todo momento escuchando las órdenes del rey. Quedarse con su prometida. ¡Pero si él haría mejor servicio marchando como mensajero a la corte! Se dijo frustrado por el parecer del rey, lo que lo llevó a abandonar el salón enfurecido por el devenir de los acontecimientos. Sin duda que aquel compromiso iba a restarle protagonismo en un momento crucial para el devenir de Escocia.

—Un momento. No te alejes —le pidió su padre reteniéndolo. James Douglas fue testigo del malestar de su hijo ante la negativa del rey a concederle permiso para ser él quien llevara el mensaje a la corte—. No entiendo por qué has reaccionado de ese modo. Es comprensible que el rey no te haya elegido para ser tú el que lleve sus órdenes, pero entiende que no quiere arriesgar el acuerdo que tiene con los Murray.

—Ya lo veo.

—El pacto depende de tu compromiso con la hija del jefe. Nada nos asegura que, si a ti te sucediera algo, Archibald no lo rompiera. No olvides que los últimos años ha apoyado a los Comyn, y a la postre a Eduardo de Inglaterra. ¿Lo entiendes?

—En ese caso tendré que quedarme en la corte para no sufrir ningún daño —le comentó con ironía.

—Podrás estar en el asedio a Stirling. No me cabe la menor duda. Pero ahora tu misión es permanecer al lado de tu prometida. Por el bien de Escocia. Robert no se fía del viejo Murray.

—No creo que se eche atrás si ha acordado entregar a su hija, ¿no?

—Yo tampoco lo creo porque al final ella estaría en nuestro poder.

—¿Qué tratas de decirme? —William comenzaba a vislumbrar algo en lo que no quería creer.

—Este compromiso tiene otro significado y es que tenemos a la hija del jefe Murray en nuestro poder.

William dio un paso atrás al escuchar a su padre revelar aquello. Sacudió la cabeza sin terminar de creer que todo hubiera sido una argucia rastrera para presionar al jefe de los Murray.

—¿Me estás diciendo que el rey podría obligarlo a cumplir lo acordado o su hija sufriría algún percance? ¡¿Es eso?! —William no quería creer en esa posibilidad, pero al ver el semblante de su padre, no le quedó ninguna duda—. ¿Seríais capaces de utilizarla para presionarlo de que cumpla su palabra?

El enfado que había experimentado segundos antes cuando el rey Robert le pidió que permaneciera junto a su prometida, se estaba convirtiendo en ira y repulsa hacia el mismo.

—El matrimonio ha sido un ardid para tener algo con lo que obligar al Murray si en el último momento decidiera apoyar a Eduardo —le confesó su padre con naturalidad—. Nunca se le haría daño, tenlo presente.

—Por supuesto que no se le va a hacer daño —reiteró William con frialdad en su mirada y en sus palabras—. Yo mismo me encargaré de que así sea. —William sacudió la cabeza tratando de decirse que no era cierto—. Es injusto que jueguen de esa manera con ella.

—Es la guerra. Y ya sabes de lo que hemos sido capaces por lograr la victoria.

—¿Y si fuera yo quien renunciara a ella? ¿Y si decidiera romper el compromiso? —William se encaró con su progenitor sin ningún miedo a su reacción. Sabía de lo que era capaz su padre. Lo había visto a lo largo de los años que llevaba peleando contra los ingleses.

—No lo harás porque sabes lo que le conviene a Escocia. Y tú amas más a esta tierra de lo que pudieras llegar a sentir por la hija del Murray. Recuerda que ella es la llave de todo esto. Protégela.

William enmudeció porque su padre tenía razón. Amaba a su tierra más que a ninguna mujer. Y por ese motivo no la traicionaría. Asintió con una sonrisa cínica.

—Es verdad. Amo a Escocia más que a una mujer. Pero eso podría cambiar con el paso de los días. Tenlo presente.

William se retiró dándole la espalda a su padre y alejándose de él. Si desde el principio se había sentido utilizado por su rey, después de escuchar a su padre no le cabía ninguna duda. Pero lo peor era que en el fondo poco o nada le importaba lo que ellos dos pensaran. Solo que ni a él ni Bronwyn le sucediera nada. Ella debía seguir con vida para tener algo con lo que presionar al Murray si decidía echarse atrás en el último momento. Si ya le había asqueado en su momento que lo utilizaran para mantener en castillo una vez tomado a los ingleses, esta conclusión última que le había contado su padre era demasiado. Había caído en una trampa muy bien tramada. ¡Y él que pensaba que lo hacía por su nación! Ahora descubría los verdaderos motivos de su compromiso. ¿Qué más habría después, cuando estuviera casado con ella? se preguntó con una mezcla de ira y decepción. Solo tenía una cosa clara y esta era que nadie le tocaría un pelo a su prometida, o conocerían de primera mano la fama del clan Douglas.

—¿Marcharme a la corte? Pero...—Bronwyn se quedó con la boca abierta sin aparente reacción cuando escuchó aquellas palabras.

—Es la voluntad del rey, hija. Él piensa que estaremos más protegidos que en otro sitio. Tu padre acaba de contármelo para que te lo haga saber.

—¿Por qué debo ir? No es mi sitio —protestó ella dejando clara su postura.

—Tendrás que irte acostumbrando una vez que te cases. Serás la señora de Stirling, y como tal deberás acudir a la capital cuando el rey Robert así lo solicite.

Bronwyn entrecerró los ojos y se quedó contemplando a su madre sin saber qué decir. Podía protestar todo lo que le viniera en gana ante esa noticia, pero no conseguiría cambiar nada.

—¿Y qué voy a hacer yo allí?

—No lo sé. Ya lo veremos.

—¿Cuándo partimos?

—El rey quiere que lo hagamos lo antes posible. Aquí podemos correr peligro.

—No creo que eso suceda con tantos caballeros armados yendo de un sitio a otro. ¿Y el Douglas? —preguntó con cierto desdén al referirse a este. No sabía si le echaba la culpa a este de esa decisión, o porque no estuviera allí para contárselo.

—¿Te refieres a tu prometido? —Su madre se mostró desconcertada por esa pregunta. Juraría que su hija no tenía demasiado interés en lo que le sucediera a este.

—Sí, a él. ¿A que otro puedo referirme? —No había abandonado la ira que le provocaba toda aquella situación. Pero, ¿por qué había sido ella la elegida? ¿Es que no había otras muchachas de su edad para casarse con el Douglas? Se preguntaba cada vez que pensaba en lo que le había tocado vivir

—Supongo que también viajará a la corte, pero tal vez eso deberías hablarlo con él. Por cierto, la otra noche estuviste bastante esquiva con él durante la cena. A penas si le dirigiste la palabra.

—No tengo nada de qué hablar con él. Me limito a cumplir mi cometido, esto es, se su prometida y nada más. Recuerda que me aseguró que yo era la clave para que Escocia fuera libre. Veremos qué sucede si los ingleses se hacen fuertes en Stirling. O si Eduardo llega con sus caballeros en apoyo de la ciudad —le refirió con una sonrisa llena de sarcasmo.

—Al parecer el rey he enviado un mensajero a la corte para que el ejército se prepare e inicie el camino a Stirling. Tu padre me ha contado que el propio William se ofreció voluntario para llevar el mensaje —Margaret fijó su atención en su hija, quien no parecía haberse hecho eco de estas palabras ya que no mostraba ninguna reacción.

—¿Y al final, ha ido? —preguntó tratando de no mostrarse demasiado interesada en ello.

—No. El rey no se lo ha permitido.

—No veo por qué no. Es un guerrero de renombre.

—Quiere que se quede a tu lado en todo momento. No pretende que te conviertas en viuda antes de estar casada.

Bronwyn elevó las cejas, sorprendida por ese comentario.

—Eso será si no acabo yo con él antes.

Aquella afirmación tan rotunda provocó una mueca de diversión en el rostro de su madre.

—No te creo capaz de hacerlo —le aseguró tratando de quitar hierro a la situación.

—Que no me ponga a prueba.

Bronwyn parecía retar a su madre con la mirada. Algo que no le agrado a esta. No la creía

capaz de hacer semejante locura.

—No tendrías muchas opciones de triunfar. Por no decir ninguna. Es un hombre curtido en mil situaciones que tienen que ver con la guerra. Apuesto a que se las conoce todas y que se anticiparía a cualquiera de tus movimientos porque lo vería llegar. Claro que la impresión que me ha dado es que no vas a necesitar intentar acabar con él.

—No he dicho que quiera matarlo. Si lo deseara confiaría en la batalla que tendrá lugar en breve, cuando lleguen cerca de Stirling. Pero no es lo que deseo, pese a todo. No soy tan despiadada, ya lo sabes. Y ya se lo aseguré a él también —le recordó a su madre in abandonar su aparente frialdad.

Margaret permaneció en silencio contemplando a su hija.

—Sería mejor centrarse en la ropa que piensas llevarte. Piensa que no volverás a esta casa —le aseguró tratando de apartarla de la idea de enfrentarse a joven Douglas.

Aquella confesión de su madre cayó como una losa sobre ella. Era cierto. No regresaría porque una vez que los ingleses fueran expulsados del castillo, ella tomaría posesión del mismo junto a su futuro esposo. Y allí permanecería hasta el fin de sus días. Quisiera o no. Solo podría intentar escapar durante el viaje hasta la corte en la capital. Solo que estaría vigilada por su prometido en todo momento. Pero, ¿y en verdad caía herido de gravedad o moría en batalla? Se preguntó, aunque esta le pareciera una posibilidad remota.

Varios hombres charlaban en voz baja ocultos en las sombras de la noche, como si pretendieran que nadie los escuchara. El lugar escogido para celebrar esa reunión estaba alejado del lugar que ocupaba el clan Murray, lo que favorecía sus pretensiones.

—Yo no estoy de acuerdo en apoyar a ese usurpador del trono de Robert Bruce —dijo una con voz enérgica entre susurros—. Acabó con John Comyn y se autoproclamó rey de Escocia.

—Si no logran tomar el castillo de Stirling y son derrotados, el clan Murray pagará el haberse aliado con Bruce —aseguró otro de los hombres.

—Pretenden asediarlo. Es preciso que avisemos a los Comyn.

—A estas alturas ya lo sabrán y habrán reunido a sus partidarios. Estos se encargarán de avisar a Eduardo. Hay que dejar claro que algunos hombres del clan Murray no estamos dispuestos a seguir a Robert Bruce —dijo el primero que había hablado.

—Es lo más acertado.

—No obstante, también podemos intervenir nosotros.

—¿A qué te refieres, Breck?

—Nada de nombres. Alguien podría pasar por aquí y escucharnos —dijo uno de ellos con voz enérgica—. El jefe del clan ha supeditado su apoyo al matrimonio entre su hija y el Douglas. Si impedimos tal enlace, el acuerdo no tendría valor, ¿no?

—¿Y qué sugieres?

—Apoderarnos de la joven Bronwyn. Interceptarla en el camino hacia la capital.

—¿Crees que será sencillo? Ten cuidado. Si te metes con el clan Douglas, acabarás mal. Muy mal. Ya sabes cómo actúan —le advirtió uno de los allí presentes—. Una cosa es poner sobre aviso a los ingleses por medio del clan Comyn. Y otra muy diferente meternos con James Douglas, <<el Negro>>.

—Si no hacemos algo, lo pagaremos. Conseguiré hombres para preparar una emboscada. Nos llevaremos a la joven Murray. Y el jefe tendrá que romper el pacto con Robert Bruce si quiere volverla a ver. ¿Alguien está en contra?

El silencio fue la única respuesta que se escuchó. Todo parecía haber quedado muy claro, y

había que ponerlo en marcha cuanto antes.

William no terminaba de creerse que el rey pretendiera obligar a Archibald Murray a unirse a él, empleando a su hija. Descubrir esa verdad era sin duda peor que recibir una herida por un inglés en la batalla. Porque, estaban usando a una joven muchacha en sus propios beneficios. En lo que a él le concernía la protegería para que nada malo le sucediera hasta que llegara el momento de separarse, ya que ella continuaría viaje a la corte en Edimburgo; y él permanecería en Torwood listo para presentar batalla al ejército inglés, pensaba mientras acababan la cena. Ella se había ausentado antes de terminarla como en noches anteriores. Él abandonó el interior de la casa del clan aludiendo que iba a revisar su caballo para la mañana siguiente. El rey había dado orden de partir temprano. Por otra parte, a William no le hacía ninguna gracia la compañía de estos. Había jurado lealtad a Robert Bruce y había acatado su petición de comprometerse en matrimonio con la hija del Murray, sin conocerla de nada. Una parte de él sentía cierta repulsa por estos actos, que intuía que no serían los últimos.

Salió de la casa en dirección a los establos cuando una persona captó su atención. Iba en su misma dirección. Sin duda que por su fisonomía era una muchacha joven. Lo que no pudo precisar era si la conocía. La oscuridad de la noche y el tener la mente nublada por aquella situación no le permitieron reconocerla hasta que llegó a la entrada de las cuadras donde se detuvo de golpe. Era *ella*. Estaba preparando su caballo para el viaje, como uno más. Tenía el pelo recogido en una trenza improvisada porque varios cabellos escapaban aquí y allí. Su vestido de color oscuro y su plaid echado por encima del hombro le otorgaban una imagen de ensueño. No lograba entender por qué se había quedado contemplándola ensimismado. Le vinieron a la mente las conversaciones con el rey, con su padre e incluso con la propia madre de ella. ¿Cómo podían emplearla como moneda de cambio en aquella guerra? Se volvía a preguntar mientras su mirada la recorría desde la cabeza a los pies alentando el deseo que le había provocado desde que la vio asomada a la ventana. Iba a hacer cualquier ruido para que ella supiera que él se encontraba allí. No era justo que la espicara de aquella forma. De manera que caminó hacia el interior del establo marcando sus pasos para que ella supiera que alguien se acercaba. Y cuando ella volvió el rostro hacia él, William percibió una mezcla de extrañeza en un primer momento, y cierta decepción a continuación.

—Sois vos...

William sonrió al escuchar su tono de desánimo al reconocerlo. No era lo que él experimentaba en ese preciso instante. La vio regresar su atención al caballo.

—¿Esperabais a alguien? —Caminó con paso lento hacia ella, sin apartar su mirada de su cuerpo mientras ella parecía ajena a su presencia allí.

—Tal vez a mi madre. Le dije que estaría aquí.

—Pensaba que lo haría algún hombre del clan —le aseguró posando una mano sobre el animal sin apartar su mirada del rostro de ella.

Aquel comentario la hizo reír. Luego se giró dándole la espalda, sin soltar las bridas.

William se movió para quedar frente a ella. A él le gustó escucharla reír, pero más ver el brillo de su mirada cuando por la fijó en su rostro. Tal vez se debía a sus palabras. ¿Qué había dicho?

—¿Pensáis que por ser la hija del jefe tengo privilegios? No estamos en la corte como habréis podido comprobar —le rebatió comprobando las correas.

—Nada más lejos de la realidad. Pero si es verdad que preparar un caballo para montarlo no sea tal vez el trabajo de una mujer.

—A lo mejor para las mujeres del clan Douglas. Pero no para las del clan Murray —le dejó claro con una sonrisa que bailó en sus labios provocada por ese comentario—. En este clan las mujeres no dependemos de un hombre para hacer cosas como estas.

Se había vuelto apoyándose en el caballo mientras lo retaba con la mirada. Trataba de dejar clara cuál era su postura. Y al mismo tiempo que no iba a concederle ninguna facilidad porque fuera su prometido.

—Lo tendré en cuenta.

—Más os vale —Su cercanía la ponía nerviosa, pero no quería dar pie a que él lo percibiera. De manera que se apartó de él y del caballo.

—¿Ya habéis terminado?

—No creo que haya mucho más que hacer. Vos podéis quedaros el tiempo que preciséis para hacer aquello por lo que habéis venido —asintió moviendo la cejas y luciendo una sonrisa sarcástica.

—Venía a hacer lo mismo que vos. A ver a mi caballo. Mañana será un día largo y cansado.

—No os preocupéis por mí. Aguantaré sin mayores problemas.

—Estoy seguro después de lo que habéis dicho. No obstante, sabed que cabalgaré a vuestro lado, por si me necesitáis.

Aquel comentario la hizo volverse cuando había iniciado el camino hacia la salida. Se sintió confusa por ese anuncio. Se humedeció los labios y se aferró a su plaid tratando de mostrarse entera. De hacerse ver a ella misma que el comentario no le había afectado.

—No hace falta que...

—Cumpló órdenes, mi señora —le aclaró con una leve reverencia.

—Ya veo. Y decidme, ¿os importan? —Ella percibió el gesto de asombro en el rostro de él—. Me refiero a cumplir esas órdenes hacía mí.

William avanzó despacio, temiendo que ella saliera poco menos que corriendo. Sin embargo, ella no se movió pese a verlo avanzar. Eso captó toda la atención de él. La tenue luz que entraba por el portón abierto, dotaba su piel de un tono más suave, y su cabello emitía destellos luminosos. Se detuvo a escasos pasos para no intimidarla, y poder contemplar su rostro mejor.

—Sois mi prometida y como tal debo velar por vos —le recordó con un tono cálido que se acercaba al susurro.

Ella se aclaró la garganta antes de responder. Tal vez se debiera a su cercanía, o a su mirada fija en ella o a un cúmulo de situaciones a cuál más alocada.

—Cierto. Lo soy. Pero apuesto a que también lo hacéis porque como me dijisteis soy la llave para liberar esta tierra de los ingleses.

No esperaba que ella le respondiera de aquella manera. Tan mordaz. Buscando hacerle daño o enojarlo. Pero él no lo hizo sino que se mantuvo firme y se limitó a asentir.

—Si queréis interpretarlo por ese lado, mi señora. No os quitaré la razón.

Ella apretó los dientes al escucharlo. Cerró sus manos en puños contra sus costados como si se estuviera conteniendo de golpearlo. Esperaba enfurecerlo y que fuera él el primero de los dos en alejarse del otro. Pero no lo hizo Y no solo eso, sino que permaneció allí de pie, expectante por comprobar su reacción.

—Si habéis terminado...

Hizo intento de irse pero la mano de él la retuvo sujetándola por el brazo. La volvió contra él con facilidad y determinación, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del suyo. A ella no le quedó otra que contener la respiración temiendo que él se aprovechara de las circunstancias. En ese momento se dio cuenta que se había dejado su daga en la casa. Se había

aventurado sola y desarmada en la noche pensando que no se encontraría en la situación en la que estaba. Pero también creía que una simple daga poco podría hacer contra un hombre como el Douglas, como bien le dijo su madre.

William la tenía tan cerca que creía que no se resistiría a besarla. Estaba seguro de que una vez que lo hiciera, el deseo, que despertaba en él, desaparecería como le había sucedido con otras mujeres. Pero en vez de hacerlo fue aflojando su mano en torno al brazo de ella, hasta dejarla libre.

Para sorpresa de él y tal vez de la propia, ella no se apartó ni un paso de él, como era de esperar. Si no que elevó el rostro con orgullo, desafiándolo con su mirada. Tal vez estuviera yendo demasiado lejos al comportarse de aquella manera con él. Más le valía no jugar con fuego con aquel hombre y salir de allí antes de que él la tomara en sus brazos y la poseyera en aquel lugar.

William bajó la mirada hacia el pecho de ella que subía y bajaba con cierta celeridad fruto de los nervios. La apartó de inmediato de esa parte de su cuerpo para no torturarse en aquella agonía, que le suponía no poder poseerla hasta su noche de bodas. En cambio, llevó su mano hasta su trenza y pasó sus dedos por esta sintiendo su suavidad.

Ella contuvo más la respiración hasta creer que acabaría por ahogarse allí mismo. Pero la manera de acariciarle el pelo tenía su voluntad suspendida entre la expectación y la calidez con la que él lo estaba haciendo. Ni esperaba que él comenzara a deshacerla sin que ella se opusiera, pero segundos después de empezar con esto, las manos de él se hundieron entre sus cabellos. Ella jadeó sin poder evitarlo, pero aquel momento no tenía nada que ver con lo que ella había imaginado que llegaría a suceder entre ellos. La mirada del joven Douglas le pareció más cálida, y llena de curiosidad. Tal vez se debiera a lo que esperaba de ella. Tal vez huir de allí de una maldita vez, como era de esperar. Pero entonces permaneció inmóvil cuando sus manos enmarcaron su rostro. No era cuestión de que él la sujetara, sino más bien a que era ella misma la que pretendía saber qué iba a suceder.

William no podía creer lo que estaba haciendo con aquella muchacha. Le pasó los pulgares por las mejillas mientras tenía la impresión de que se ahogaba en su brillante mirada. La escuchó jadear fruto de lo trabajoso que le estaba resultando respirar. La vio cerrar los ojos como si no quisiera ser testigo de lo que iba a suceder. O tal vez no quería ver su rostro inclinarse de manera lenta sobre el suyo.

Bronwyn experimentó una ligera sacudida por todo su cuerpo cuando sintió los labios de él posarse sobre los suyos propios. El plaid se deslizó por su hombro quedando hecho un amasijo de tela a sus pies como testigo de que parecía haberse rendido al empuje del Douglas. Cuando su aliento se fundió con el de él. No la soltó mientras los labios seguían tanteando aquí y allá. Y de manera tímida su lengua buscó adentrarse en su boca. Se vio sorprendida por una oleada de ternura. No esperaba que se comportara así con ella en algo tan íntimo como un beso. Nunca la habían besado y no sabía muy bien cómo debía reaccionar. Siempre se lo había preguntado. ¿Cómo actuar llegado el instante? Pero entonces se dejó llevar. Y su cuerpo reaccionó como debía. Se apretó contra él como si buscara una especie de protección mientras sus lenguas parecían retarse. Un calor intenso comenzó a invadirla y no pudo reprimir un gemido que se ahogó en su boca. No sabía si aquello era lo correcto, pero tenía la impresión de que él la tenía suspendida sobre el suelo de una manera que nunca pensó.

William se fue apartando de ella manera lenta al comprobar que la situación se le podía ir de las manos de un momento a otro. Sin duda que la joven Murray ejercía sobre él una influencia peligrosa. La deseaba y no era consciente de cuánto. Había sentido su cuerpo pequeño, pero

sensual pegado al de él. Dejó sus manos sobre los hombros de ella y se quedó contemplándola. Su pelo le caía en ondas revueltas fruto de que estas se habían hundido en este. Su rostro estaba encendido y sus labios entre abiertos estaban hinchados por el beso. Estaba exquisita en ese instante, con un toque de lascivia y deseo que lo colocó al borde del abismo. Sería tan sencillo dejarse llevar y tomarla allí mismo. Pero no se lo merecía. No, después de lo que sabía sobre lo que pretendían hacer. Se había prometido protegerla de cualquier peligro hasta llegar a la corte e incluso hasta que estuvieran casados. Solo entonces ni el rey ni ningún otro le pondría la mano encima.

—Siento haberos deseado la trenza, pero... —No supo cómo continuar y se limitó a acariciarle el pelo de nuevo. Dejó que aquellas hebras de color del fuego se deslizaran entre sus dedos ante la atenta mirada de ella.

—Eso es lo de menos después de lo sucedido. Creedme. Yo... —bajó la mirada hacia sus manos. Las tenía entrelazadas sin saber qué hacer con estas. Hacía un momento habían estado sobre los brazos de él. Se sentía rara y no quería mirarlo a la cara, pero él la obligó a hacerlo cuando deslizó su mano bajo su mentón.

—Es mejor que os marchéis a descansar. Mañana será un día ajetreado. El viaje será largo.

—Sin duda.

—Os acompañaré.

Aquel comentario la sorprendió porque no esperaba algo así de él después de haberla besado. E incluso por un instante se le pasó por la cabeza que podría ir más allá en sus pretensiones con ella. Pero recordó que él le había prometido que no la tocaría hasta la noche de bodas, y en cierto modo eso la tranquilizaba. Lo vio inclinarse para recogerle el plaid y ofrecérselo para que se lo volviera a poner sobre su hombro.

—No hace falta que os comportéis como un prometido de verdad. Ambos somos conscientes de cuál es nuestra situación —le reprochó tomando le tela de su mano. No contó con que sus dedos se rozaran de manera tímida y que el calor se intensificara por todo su cuerpo. Quería mostrarse firme en ese momento en el que temía que sus fuerzas lo abandonaran.

—Insisto en hacerlo. Sois mi prometida y no veo con buenos ojos que andéis sola de noche — El tono autoritario de él no dejó lugar a dudas. Y su mirada se endureció contemplándola con cierta frialdad. La calidez de hacía un momento se había evaporado de sus ojos. Él no parecía dispuesto a que ella se saliera con la suya. De manera que asintió y aguardó a que se situara a su lado.

William no iba a exponerla a ningún peligro. No se fiaba de nadie después de la conversación mantenida con su padre. Al parecer Bronwyn solo era un medio para lograr ciertos fines.

Ella no puso ninguna objeción al ver que él no iba a cambiar de opinión. De manera que aceptó que la acompañara hasta la casa.

Margaret vio a su hija caminar al lado del Douglas, algo que le extrañó. E incluso creyó percibir un cambio de expresión en el rostro de ella. Tal vez después de todo su hija lograra aceptarlo. Y aquel compromiso adquirido de una manera tan peculiar, lograra tener una buena continuación.

—Mi señora —dijo William cuando vio a la madre de Bronwyn esperando junto a otra mujer.

—¿De dónde venís? —Margaret centró la atención con excesiva curiosidad en su hija.

—Mi prometido ha podido comprobar que las mujeres de este clan nos encargamos de muchas cosas. Entre ellas preparar nuestros caballos para viajar —le respondió Bronwyn a su madre. No se atrevía a mirarla por temor a que descubriera que él la había besado. De manera que prefirió mirarlo a él.

—La encontré en las cuadras cuando fui a revisar mi caballo para el viaje. Como dice, ella, estaba preparando su montura —la miró con una sonrisa y cierta complicidad. Pero apartó la mirada de su rostro cuando percibió el rubor en sus mejillas.

—Entiendo. Gracias por acompañarla de vuelta a su casa —comentó Margaret mirando al Douglas.

—Es lo menos que podía hacer por ella. Si me disculpan, he de retirarme yo también. Qué descansen —hizo un leve gesto con su cabeza y se despidió de las mujeres mirando una última vez a la joven Murray.

Esta todavía sentía la excitación que le había provocado su beso. ¡Maldita fuera! Se suponía que ella no representaría nada para él salvo ser su esposa porque así se lo había pedido el rey Robert. Solo era la llave para que su padre apoyara la guerra contra Inglaterra. Y ella no había creído que fuera capaz de experimentar algo parecido a lo de esa noche. Lo vio alejarse de ellas con la agitación en su pecho y los nervios porque esperaba que su madre le preguntara qué había sucedido entre ellos.

William abandonó el lugar dejando a Bronwyn a cargo de lady Margaret ¿Qué diablos le sucedía con ella? Sin duda que la última conversación con su padre lo había dejado más confuso de lo que ya estaba desde el principio. Conocer el verdadero motivo por el que Robert Bruce quería casarla lo había hecho más vulnerable. ¿Sería capaz el rey de obligar al jefe Malcom a respetar el acuerdo hasta el final sin poner en juego a su hija? Él como su prometido y futuro esposo debería velar por su bienestar, pero ¿qué haría si el rey la usaba como moneda de cambio contra su padre? ¿De qué lado estaría él llegado el momento? ¿Del lado del rey Robert o del de su futura esposa? No quería plantearse nada semejante, y menos esa noche después de haber sentido la suavidad y la dulzura de los labios de ella. Su cuerpo contra el de él, su sonrisa tímida, su mirada baja cuando terminaron de besarse. Esa timidez que ella había mostrado le hacía pensar. Sacudió la cabeza y decidió que ya había tenido suficiente por esa noche.

Bronwyn no miró a su madre en ningún momento porque sabía que le preguntaría por la escena que había contemplado. Ella caminando de manera relajada al lado del Douglas después de haber dicho de él infinidad de cosas y lanzar juramentos como que estaría dispuesta a acabar con él si se propasaba. Pero todo eso parecía haber quedado olvidado con el beso. Este había hecho que ella se sintiera diferente. Que le temblara todo su cuerpo como una simple rama agitada por un fuerte e inesperado viento. Apartó de su mente cualquier pensamiento relacionado con lo sucedido y se centró en prepararse para irse a dormir bajo la atenta y escrutadora mirada de su madre.

—¿Estás bien, hija?

El tono de su madre era una mezcla de curiosidad y preocupación. Margaret presentía que había sucedido algo que había hecho cambiar el gesto en el rostro de su hija. Esta le daba la espalda en ese momento en el que no sabía muy bien qué estaba haciendo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque verte venir acompañada del joven Douglas... —Margaret se detuvo con toda intención aguardando que fuese su propia hija la que se explicara. Y porque no sabía cómo demonios plantearle la cuestión. Por ese motivo se retorció las manos y fruncía los labios en un claro gesto de nervios.

—Ya te ha dicho que apareció en las caballerizas para ver a su caballo para el viaje de mañana. Y que se ofreció a acompañarme —Bronwyn intentó que todo pareciera de lo más normal. Y que su madre no percibiera ningún cambio en ella por haberse besado con William.

—Sí, eso ya lo sé. Pero yo me refiero a que si ha sucedido algo durante el tiempo que habéis estado juntos. ¿Estabais solos?

—Sí.

—Podías haberte marchado para evitarlo —El tono de su madre hizo sonreír a Bronwyn, que se quedó mirándola como si no la conociera.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de marcharme? Solo porque él apareció. No temas por mi integridad. No ha sucedido nada. Y ya sabes que llegado el momento había sabido cómo defenderme.

—No lo dudo. Pero no con un hombre como el joven Douglas.

—Madre, ya lo oíste ¿no? Esta situación le agrada tanto como a mí. No creo que pretenda acabar sintiendo algo por mí. Y mucho menos que se propase conmigo —le dejó claro enrabiada en cierto modo con las palabras de su madre y con el calor que experimentaba su cuerpo al recordar las sensaciones que le habían transmitido las manos y los labios de él.

Margaret pareció tranquilizarse algo más al escucharla. Ella también había percibido algo en el joven Douglas que no le hacía temer por la integridad de su hija. Al contrario, creía que él la protegería. Lo había dicho dejando clara su postura en aquella situación.

—Si has terminado, deberíamos acostarnos. Mañana nos espera un día largo.

—Tienes razón. Es lo mejor que podemos hacer. Buenas noches, hija.

Bronwyn trató de no pensar en William, pero cada vez que cerraba los ojos su rostro se acercaba al suyo con intención de volverla a besar. Se revolvió bajo la manta cuando tuvo la sensación de que las manos de él volvían a acariciarla. Se enfureció consigo misma por no ser capaz de alejarlo de sus pensamientos. Si no conseguía sacarlo de su cabeza, no lograría dormir. Y el día que le esperaba era bastante duro. Aunque estaba segura de que no llegarían a la capital sino que tendrían que detenerse en el camino.

La mañana estaba nublada cuando William se levantó. Echó un vistazo por una de las ventanas de su habitación y sacudió la cabeza. Cogió su jubón y lo deslizó por su cabeza. Se colocó su coraza de cuero y por último se echó el plaid con los colores del clan Douglas, líneas negras y blancas sobre un fondo azul oscuro, y que apenas se distinguían ya. Cogió sus armas y con estas en la mano salió de su alojamiento. No había visto a su padre la pasada noche cuando regresó de las caballerizas. Y lo había agradecido porque no sabía qué esperar de este después de su última conversación. Se dirigió al salón de la casa saludando a la gente a su paso y entró en este para comer algo. El rey Robert, su padre, el jefe de los Murray y el conde de Moray estaban allí ya disfrutando de la primera comida del día, mientras seguían planificando todo.

—¿Cómo estás? —le preguntó su padre al verlo.

—Bien. Con ganas de iniciar el viaje —le confesó tomando asiento a su lado para comer algo.

—Ya. ¿Has visto a tu prometida?

William pareció no prestar atención a la pregunta porque en ese momento mordía un trozo de carne. Esperó a haberlo tragado antes de responderle.

—No.

—No te preocupes. Tendrás todo el día para hacerlo.

—Lo sé. No me separaré de ella. Descuida —le dijo con un toque irónico como su mirada.

—Es tu deber como prometido suyo. No lo olvides.

—No lo olvido, descuida. Sé la importancia que tiene Bronwyn.

—Vaya, ya te refieres a ella por su nombre —sonrió su padre cogiendo su jarra de cerveza.

—¿Acaso tiene otro?

La mirada que William dirigió a su padre fue bastante concluyente. Se mostraba frío e irritado a la vez. No olvidaba cuál era el verdadero motivo por el que debía hacerlo. No permitiría que nada malo le sucedería durante el viaje para que los Murray no se echaran atrás en su acuerdo con el rey. Ni para que este mismo pudiera presionarlos si lo hacían aludiendo que su hija estaba en su poder. Un sentimiento de protección más intenso parecía haberse adueñado de él después del beso que compartieron en las caballerizas la pasada noche. ¿Acaso se estaba dejando llevar por las emociones que había experimentado al tenerla entre sus brazos? Se preguntó quedándose con la irada fija en un punto sin ser capaz de decir o hacer nada. Excepto cuando ella apareció junto a su madre.

Fue en ese preciso instante que él se quedó contemplándola como si ella misma fuera una especie de aparición. Permaneció con la boca abierta y sin darse cuenta soltó la tajada de carne, que cayó sobre su plato. Por fortuna para él, Bronwyn no lo buscó con la mirada. De haberlo hecho habría visto el gesto de su rostro. Verla lo había trastocado de manera imprevista. Estaba llamativa esa mañana. Volvía a lucir la trenza que descansaba sobre uno de sus hombros y le caía rozándole un pecho. Su rostro lucía despejado, sin signos de cansancio ni de preocupación. Su mirada brillaba captando su atención. Y más cuando ella se fijó en él y asintió de manera leve en su dirección.

William permanecía contemplándola cuando recibió un codazo que lo sacó de aquella especie de trance en el que la imagen de ella lo había sumergido.

—Parece que ella te gusta —le dijo Angus guiñándole el ojo y sonriendo.

—¿Qué dices?

—Que tu querida futura esposa parece captar toda tu atención. No irás a decirme que en verdad te gusta, ¿no?

—Es bonita, pero ya sabes lo que opino de esta encerrona en la que me han metido —le dejó claro mirando a su amigo con cierta dureza por lo que le había dicho. No quería dar muestras de debilidad por ella. Y menos antes sus hombres más cercanos.

—Bonita ¿eh?...

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no puedo decirlo? Supongo que cuando has estado con una mujer ha sido porque te gustaba ¿no?

Angus sonrió.

—Sí, pues claro. Pero no me habrás escuchado decir jamás que lo hacía porque la encontraba <<bonita>> —le refirió con ironía.

William sacudió la mano delante de su amigo como dejando la conversación por imposible. Chasqueó la lengua y siguió comiendo sin atreverse si quiera a mirarla por lo que su amigo pudiera decirle.

—¿Sabes algo del correo que iba a enviar el rey? —Hizo un gesto con la cabeza hacia este como excusa para lanzarle una mirada a Bronwyn mientras comía y charlaba con su madre.

—Sí. Ha enviado varios hombres. No sé más. Se lo escuché decir a tu padre. Por cierto, ¿dónde te metiste anoche?

—En las caballerizas. Estuve preparando mi caballo para el viaje. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque desapareciste después de la cena y no te volvimos a ver.

William sacudió la cabeza. No quería hablar de dónde había estado, ni con quién ni lo que había hecho. Por suerte para él, Archibald Murray se levantó de su asiento para dirigirse a los allí presentes.

—Es hora de prepararnos para el viaje.

William simuló seguir comiendo, aunque su prioridad era la hija del jefe Murray. La controló

con la mirada en todo momento mientras ella hacía lo propio.

Bronwyn no esperaba que él la estuviera mirando y cuando lo descubrió, el corazón le dio un pequeño vuelco. No entendía si lo que le sucedía se debía a la manera en la que él la contemplaba, o bien al temor que le infundía pensar en ser su esposa. Era un guerrero que no parecía haber tenido mucho trato con mujeres. Salvo aquellas que habrían satisfecho sus necesidades más íntimas, se dijo tratando de mostrarse serena. Terminó el desayuno y decidió que era mejor marcharse para evitar su continuo escrutinio.

William no se fijó en Bronwyn de una manera directa cuando pasó delante de él, sino que apartó su atención para dirigirse a Angus.

—Deberíamos empezar a prepararnos.

—Sí, creo que cuanto antes iniciemos el camino, mejor para todos —asintió este levantándose de su asiento.

Bronwyn aprovechó que él no la miraba para salir del salón en compañía de su madre sin querer saber si él al seguía.

—¿Te has fijado en el joven Douglas? —preguntó su madre cuando estuvieron a solas.

—Sí, lo he visto.

Margaret elevó sus cejas en señal de sorpresa.

—¿Y?

—¿Y qué? ¿A qué te refieres madre?

—Sabes que él y sus hombres nos escoltarán durante el viaje, ¿verdad? Te lo comento por si no lo sabías. Para que te vas haciendo a la idea de que estará cerca de ti. Y para que no intentes nada.

—¿Qué se supone que voy a intentar? ¿Acabar con él? —Bronwyn detuvo sus pasos volviéndose hacia su madre con una pose irónica. Era tal vez la mejor manera de hacerle frente a lo que había experimentado estando junto a él la pasada noche.

—No es la impresión que tuve anoche cuando te vi regresar de las caballerizas en su compañía. Si te soy sincera.

—Pues no sé qué verías, la verdad. No creo que fuese admiración hacia él —le espetó furiosa por aquella conversación. ¿Qué diablos había visto su madre? ¿Acaso se había enterado de que él la había besado y que ella no se había opuesto en ningún momento? Tal vez lo había descubierto en alguno de sus gestos.

—No hace falta que te pongas así. Soy consciente de que no te hace ninguna gracia lo que está sucediendo, pero no tienes más remedio que acatarlo. Tu padre así ha accedido a ello.

—Sí, ya lo sé. Para sellar una alianza con el rey Robert. Ya escuchaste a mi prometido —le recordó pronunciando esta última palabra con cierto retintín.

—Bueno, es mejor dejar el tema y terminar de prepararnos. Solo quería que supieras que William te escoltará.

Ella ya lo sabía desde la pasada noche porque él mismo se lo había dicho. Pero no se lo confesaría a su madre o seguiría interrogándola hasta acabar descubriendo que se había besado con él. Lo que le inquietaba era tenerlo pegado a ella en todo momento durante el viaje. Tendría que estar alerta en todo momento para que no acercara de más a ella. No podía permitir que volviera a besarla. Lo que la tranquilizaba era que estaría rodeada por mucha gente.

William terminó de preparar su caballo y lo sacó de la cuadra llevándolo por las riendas. Encontró a Malcom y a Angus. Al parecer ellos también estaban listos para partir.

—¿Todo bien? —preguntó el primero haciendo un gesto con el mentón hacia William cuando este se acercó a ellos.

—Escuchadme los dos. No os quiero lejos de mí.

—¿Qué pasa? —inquirió Angus ajustando su espada al cinturón.

—Por tu gesto y el tono de tus palabras parece que temes que pueda suceder algo —dedujo Malcom mirando a su amigo con el ceño fruncido.

—No me fio de nadie excepto de vosotros dos. Por eso os pido que cabalgúéis cerca de mí. Protegiendo a Bronwyn y a su madre.

—Eso está hecho. No tienes que pedirlo. Pero, ¿sospechas que intenten algo con ellas dos? Su padre ha accedido a unirse a nosotros para la toma de Stirling. ¿Hay algo más que no sabemos? —Malcom entornó la mirada con cautela hacia el joven Douglas.

—Presiento que no todos están de acuerdo con ese pacto e intentarán algo durante el viaje. Y luego están los ingleses, no los olvidéis. La guerra no ha terminado y vamos a cruzar un territorio no exento de peligros —dijo desviando su mirada por encima del hombro de Angus para fijarse en Bronwyn—. Os veo en un momento. Y no la perdáis de vista cuando yo no esté a su lado.

William se alejó de ellos para saludar a su prometida.

—¿Sabes algo de lo que sucede? —le preguntó Malcom a Angus mientras estos dirigían sus respectivas atenciones hacia su amigo, quien saludaba en ese preciso instante a la hija del jefe de los Murray.

—Sé lo mismo que tú. Lo que él acaba de contarnos. Es cierto que tenemos que tener cuidado con los ingleses. Nos podrían estar esperando en cualquier recodo del camino. Es extraño que no nos tropezáramos con estos al venir a las tierras del clan Murray, ahora que lo pienso.

—No estarían advertidos de nuestro viaje —apuntó Angus—. Pero por si acaso, más no vale estar atentos. Como dice William, no descartes una traición dentro del propio clan Murray. No creo que todos aprueben luchar bajo las banderas del rey Robert después de haber seguido a los Comyn los últimos años.

—Entiendo... Dime, ¿crees que después de todo William puede sentir algo por la joven Murray?

Angus sonrió.

—Nunca lo he visto tan atento con una mujer; eso es cierto. Bah, lo que pasa es que tiene que guardar las apariencias. Es un matrimonio impuesto por el rey para lograr una alianza que beneficie a sus intereses y a los de Escocia. Estoy seguro de que en el fondo ella no será más que un pasatiempo del que acabará aburriéndose. Ya lo verás. En cuanto lleve tiempo asentado en el castillo de Stirling, y se aburra. Él no está hecho para la vida palaciega en la corte. No, William es un guerrero —aseguró Angus con conocimiento de causa.

Malcom se pasó la mano por el mentón y sacudió la cabeza.

—Será mejor terminar de prepararnos y no perder de vista a las dos mujeres, como ha sugerido.

Bronwyn experimentó una especie de nudo en su estómago cuando vio a William dirigirse hacia ella. Verlo armado imponía todavía más y ella no podía evitar sentirse algo intimidada. Ni podía olvidar quien era pese a la delicadeza que mostró con ella la pasada noche. Él era un

hombre acostumbrado a las batallas desde que ambas naciones se enzarzaron en aquella disputa, que duraba ya dieciocho años cuando Eduardo I de Inglaterra decidió autoproclamarse nombrarse rey de Escocia.

—Buenos días, mi señora —le saludó él inclinando su cabeza en señal de respeto. Permaneció en silencio, absorto en la contemplación de su rostro, lo que llamó la atención de la joven.

—¿Sucede algo?

—No, claro. Solo venía a saludaros y a saber si estáis lista para partir. Mis hombres ya lo están —señaló a Angus y Malcom, que los observaban a escasa distancia.

—De acuerdo. Pues esperaremos a que den la orden de emprender la marcha.

Él se acercó hasta que su hombro rozó el de ella. Fingió estar comprobando las correas del caballo de ella, lo que le llamó la atención. Volvió el rostro para quedarse mirándola de manera fija mientras la joven parecía desconcertada por su comportamiento. Sus ojos representaban dos pozos oscuros en los que ella contemplaba su propio reflejo. Tenía el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas en clara señal de tensión. ¿Qué diablos le sucedía? Se preguntó experimentando un ligero escalofrío. ¿Sucedió algo que ella desconocía?

—No os separéis de mí en ningún momento durante el viaje.

—Eso ya me lo comentasteis ayer —le refirió algo irónica porque pensaba que era una treta suya para estar a su lado.

—Lo sé. Pero insisto en que lo hagáis —repitió

—¿Por qué ponéis esa cara y empleáis ese tono? Seríais capaz de helar el mismo infierno.

—Me alegra saber que mi intención ha funcionado. Es la impresión que pretendía que tuvieseis cuando os lo dijera. No lo olvidéis.

Se apartó de ella para ir a saludar a su padre. Pero antes de hacerlo volvió su rostro una vez más hacia la muchacha. No quería intimidarla, pero después de toda la información que disponía al respecto de ella, lo mejor era prevenirla. A estas alturas no descartaba que pudiera suceder cualquier cosa. Hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que la vigilaran mientras permanecía sola junto a su caballo.

Bronwyn siguió la mirada de William, y como esta se fijaba en sus inseparables amigos. Sus últimas palabras la habían dejado confundida. Y no podía dejar de preguntarse qué había querido decir. Entendía que el viaje era largo y que tal vez se encontraran con tropas inglesas, que pudieran presentar batalla. Pero, su mirada y su manera de susurrarle la habían puesto sobre aviso.

—Hija, ¿a qué viene ese semblante? ¿Ha sucedido algo con el joven Douglas? Os he visto charlar hace un momento —Margaret lo siguió con su mirada hasta que se reunió su padre.

—Solo vino a saludarme y a preguntarme si estaba lista para el viaje.

Bronwyn no iba a hacer partícipe a su madre de la sensación de recelo y preocupación que él le había causado con sus palabras y su forma de mirarla.

William se acercó hasta su padre cuando este le hizo un gesto para hablar con él. El viejo Douglas cerraba sus manos en torno a las empuñaduras de su espada y de su daga colgadas del cinturón. Lanzaba una mirada hacia la joven Murray.

—¿Qué tal está tu prometida?

—Bien. Lista para el viaje.

—Procura no separarte de ella. A ninguno nos conviene que le suceda algo malo.

William asintió extrayendo su daga de su funda para jugar con ella entre sus dedos y dejarle claro a su padre cuál era su postura en aquel asunto.

—Ya te dije la última vez que tuvimos esta conversación que le pasará a aquel que se atreve a tocarle un pelo.

Su padre asintió y cambió el semblante al escuchar las palabras de su hijo y ver su actitud. Sabía lo cruel que podría llegar a ser. Llevaba viéndolo acuchillar ingleses en los campos de batalla desde que William Wallace se levantó en armas contra el rey Eduardo de Inglaterra. Había derramado tanta sangre inglesa que no creía que pudiera con más.

—Parece que te lo has tomado en serio —ironizó el viejo Douglas su padre al ver a su hijo con ese talante.

—Ella es ahora mi protegida.

—Cierto, pero tampoco hace falta que...

—Ella es *mía*. Su padre me la ha concedido al sellar el pacto con el rey. No voy a permitir que nada malo le suceda. Ni que nadie me la quite.

—Cualquiera que te escuchara diría que tienes interés en ella.

—¿Y si así fuera? —El joven Douglas arqueó una ceja.

—Vamos, hijo. Tú no eres así. Ninguna mujer te ha llamado nunca la atención —le recordó riendo al saber cómo se comportaba este con las muchachas. Las tomaba y las dejaba por puro placer. Por diversión.

—Lo que la codicia ha unido, no lo va a separarlo nadie —le dejó claro esgrimiendo su daga una vez más antes de devolverla a su lugar—. Si has terminado, iré a reunirme con ella. Cabalgaré a su lado en todo momento.

Le dio la espalda a su padre para regresar junto a Bronwyn. Creía haber sido lo suficientemente claro con sus explicaciones, pero si necesitaba alguna prueba más, estaba seguro que la tendría a lo largo del viaje.

Bronwyn le daba la espalda ajena a su presencia hasta que le dirigió la palabra.

—¿Necesitáis que os ayude en algo?, mi señora.

Ella se revolvió de manera rápida esgrimiendo una daga de doble filo cuando escuchó su voz. Sintió que le faltaba el aire y que el corazón se le aceleraba. Abrió los ojos como platos y entre abrió sus labios.

William comprendió que la había asustado y no era esa su intención. De manera que la sujetó por los brazos para tratar de tranquilizarla, sin importarle su arma. La vio cerrar sus ojos por un instante e inspirar hondo. Segundos después volvía a abrirlos clavándolos en él con cierta ira. Dio un paso atrás hasta que sintió al caballo a su espalda.

—No se os ocurra hacerlo de nuevo o no responderé de mis actos.

Su tono de advertencia le gustó. Pero sobre todo su genio y su predisposición a defenderse.

—No pensé que mi voz os alterara de ese modo. Lo tendré en cuenta para la próxima vez, a juzgar por vuestra reacción —le aseguró bajando la mirada hacia el filo de la daga que todavía esgrimía ante él.

Ella la guardó en la funda que llevaba sujeta a su cinturón. Él no se había fijado la primera vez que la vio, que ella iba armada de esa manera.

—Más os vale acercaros con cuidado o la próxima vez podríais tener un disgusto. ¿Acaso pretendéis acabar conmigo de un susto? —Le lanzó una mirada de los pies a la cabeza tratando de intimidarlo. Pero sabía que estaba muy lejos de conseguirlo con alguien como él. Lo vio sonreír de manera irónica, lo cual encendió más el genio de ella—. ¿De qué os reís? ¿Os hacen gracia mis advertencias?

La envarándose ante él sin perderle la mirada y ajena a las de los que estaban allí. Bronwyn sentía el pulso desbocado como un caballo al galope huyendo de algún peligro. Y mientras, él

permaneció inmóvil pese al repentino deseo que ella le despertó. Se le vino a la mente el beso en las caballerizas. Y que no le importaría repetirlo, pero no delante de todos. No quería ponerla en un aprieto. Por eso se limitó a sonreír.

—Os hace gracia. Sí, claro.

—No me rio de vos si no con vos —le aclaró haciendo que ella cambiara el gesto y pareciera relajarse—. Lamento haberos asustado, ya os lo he dicho. Pero reconozco que me ha gustado veros sacar el genio y enfrentaros a mí delante de todos aquí presentes —paseó la mirada por el lugar para que ella fuera consciente de este hecho—. No me quedan dudas acerca de que seréis una buena compañera para mí. Y ahora, si no tenéis nada más que echarme en cara y estáis preparada para partir...

Ella dejó escapar un gemido cuando se dio cuenta de que todos la miraban, incluido su padre. Le sonrió por ese gesto de enfrentarse al joven Douglas. Luego se fijó en el rostro de su madre, que le dejaba claro que no esperaba aquella reacción por su parte.

—No cabe duda de que tiene carácter —le dijo Malcom a William cuando estuvo a su lado—. ¿De verdad quieres que estemos cerca de ella?

—Sí. Quiero que llegue sana y a salvo a Torwood. Desde allí a la capital supongo que se encargarán los hombres del rey para escoltarla a la corte donde les aguardaba Sir Roger, el hombre de confianza del rey, en ausencia de la propia reina, en manos de los ingleses —le pidió volviendo la mirada hacia ella para ver qué hacía. Hablaba con su madre, quien le estaría reprochando lo que había hecho.

Un mensajero había partido desde las tierras de los Murray hacia las de los Comyns. Necesitaba transmitir un mensaje urgente. El rey Robert se disponía a reunir a todo su ejército en las inmediaciones de Stirling para asediar el castillo. Había que poner sobre aviso al rey de Inglaterra para que acudiera en ayuda de los ingleses que lo habitaban. Y de paso, intentarían interceptar a la comitiva del rey en el camino y raptar a la joven Bronwyn. Con ella en su poder, obligarían al jefe del clan a romper su acuerdo con Robert Bruce. Y este no tendría efectivos suficientes para presentar batalla.

El viaje discurría con total tranquilidad, algo que William agradecía. Pero no por ello se relajaba. Desde el comienzo de este, se había puesto al lado de su prometida, como todos esperaban y también para dejar claro a todos, que estaba dispuesto a protegerla. Detrás iba su madre con las sirvientas, escoltadas por William, Angus y varios hombres más. Su padre James cabalgaba junto al jefe de los Murray. Y el rey Robert junto al conde de Moray, y Edward Bruce.

Bronwyn se mantenía en silencio, atenta al camino y a cualquier movimiento que pudiera despertar su recelo. No estaba tranquila después de la advertencia de William. Pero, por otra parte, no le había explicado el motivo de sus temores. De vez en cuando miraba de reojo a este. Volvía a tener ante ella la imagen del hombre que vio la primera vez; cuando se asomó a la ventana de la casa de sus padres. Sin duda que su apariencia podría acobardar a cualquiera. Volvió la atención hacia él para ver si se movía o incluso respiraba. No le había dicho nada en bastante tiempo y a ella el viaje se le antojaba algo tedioso sin una buena conversación. Ciertamente, en un primer momento, había agradecido que él no se dirigiera a ella, y de ese modo no tener que enfrentarse a su mirada ni a cualquiera de sus gestos. Pero en ese preciso instante él la estaba contemplando.

—¿Sucede algo?

—No.

—Bien. Entonces, ¿por qué os quedáis mirándome? ¿Hay algo que queráis decirme?

—Solo quería saber sin respirabais —le dijo con cierta ironía y diversión.

—Lo hago.

—Lleváis horas sin abrir la boca. Y sin apenas mover un solo músculo.

—Tal vez no pretendo aburriros con mi conversación, mi señora. Desconocía que me estuviérais observando.

—Lo cierto es que me aburro más sin escucharos. ¿En qué pensabais? ¿En qué algo malo pueda sucedernos?

Él no pudo evitar sonreír ante esas palabras.

—Podría ser.

—Podríais libraros de mí en tal caso.

—¿Por qué pensáis que podría llegar a hacerlo? —Su pregunta fue acompañada de la lógica sorpresa que le había producido el comentario de ella.

—Pensaba que no os gustaba esta situación a la que nos hemos visto empujados.

—Y no me gusta, pero eso no significa que vaya a permitir que os suceda algo. Ni tengo intención de desprenderme de vos. Tenedlo en cuenta por si se os ocurre volverlo a pensar.

—Lo comprendo ya que el acuerdo entre mi padre y el rey Robert se podría ver alterado —La mirada de él fue bastante explícita al respecto.

—No tengo intención de ser parte responsable de que ello pudiera suceder. ¿Y vos?

La pregunta no la esperaba. ¿Estaría dispuesta a escapar, como había llegado a pensar cuando supo lo que le deparaba el destino? No lo creía acertado con aquel hombre vigilándola como un halcón. Ni con sus hombres.

—Supongo que no habéis estado casado...

—Suponéis bien.

—¿Y prometido?

—Veo que despierto vuestra curiosidad —le dijo irónico.

—Es por hablar de algo. No tengo el más mínimo interés en vuestra pasada vida, creedme. Pero si hemos de viajar juntos durante algunos días y después de todo, convivir bajo el mismo techo... estaría bien que nos fuésemos conociendo —lo contempló con cierta resignación porque sabía que era muy complicado romper ese compromiso.

—Si os sirve de consuelo no tenía ninguna prisa por encontrar una mujer con la que casarme. Con esto os lo digo todo. Confío en que haya satisfecho vuestra curiosidad. ¿Y vos? Como hija mayor del clan imagino que tarde o temprano tendríais que aceptar alguna proposición de matrimonio.

—Cierto, pero no esperaba que fuese impuesta por un rey y por mi padre para sellar una alianza contra los ingleses. He recibido alguna que otra proposición.

—¿Y por qué no la habéis aceptado? —William sonrió picado por la curiosidad.

—Porque no tenía el más mínimo interés en estas.

—Tal vez deberíais haberlo hecho. De ese modo a estas alturas estaríais casada y no viajando a la corte. Ah, y por supuesto, no tendríais que haberme aceptado.

Ella frunció los labios.

—Visto desde ese punto... Lo mismo podría decirse de vos.

—No he tenido tiempo para buscar una esposa. Ya os lo he dicho.

Ella bajó la mirada hacia las riendas y asintió. Entendía que la guerra no le habría dejado demasiado tiempo para hacerlo.

—Ha sido por la guerra, ¿no es cierto?

William volvió el rostro hacia ella y asintió.

—No pretendía cortejar a una mujer, y que luego pudiera quedarse viuda.

—¿Y ahora? Nada ni nadie me asegura que puede sucederme —le rebatió algo furiosa por el comentario de él.

—Ahora me han impuesto a vos. No podía enfrentarme al rey. De todas formas, si acaban conmigo en la batalla, no seréis viuda porque ni siquiera estamos casados. Quedaos tranquila. Sería una forma de romper este compromiso.

—¿Os referís a que vos...? —De pronto se calló al pensar en esa posibilidad. No quería que eso llegara a suceder. No era tan desalmada. Se lo había dejado claro a su madre cuando ella también se lo insinuó.

—¿Por qué os calláis?

—Pensaba que no me gustaría que vuestra muerte a manos de los ingleses supusiera el fin de este compromiso.

Él se irguió sobre la silla y la contempló sin querer darle a aquellas palabras el significado que le gustaría darles. Había detenido su caballo sin darse cuenta y ahora se estaban quedando rezagados porque los demás jinetes los había sobrepasado. Su acto la había obligado a hacer lo mismo y había detenido al animal y a contemplarlo confundida por su reacción.

—Agradezco vuestras palabras. Otra en vuestro lugar estaría deseando que una flecha inglesa me atravesara el corazón para librarse de mí —ironizó contemplándola por primera vez con cierto cariño. No sabía lo que era querer a alguien en aquellos años tan convulsos. Solo había conocido la guerra y la muerte. Nunca se había parado a contemplar la belleza por qué creía que era imposible encontrarla en medio de las batallas. Pero entonces...

—No os lo discuto pero no es mi caso —le rebatió algo enojada porque él pudiera llegar a pensar eso—. Reconozco que no me hace gracia casarme con vos...

—No hace falta que seáis tan clara. He sido consciente de ello desde que lo supisteis. Pero, si es eso lo que sentís por mí... —Él acercó su caballo más al de ella se inclinó su rostro como si fuera a besarla—. ¿Por qué diablos permitisteis que os besara anoche?

Bronwyn sintió el calor sofocante invadir su cuerpo. Su cercanía y la manera en la que le susurró aquellas palabras la hicieron temblar sobre el caballo. Estaba tratando de encontrar una explicación certera a su pregunta. Pero no parecía tenerla porque ni ella misma había sido consciente de lo sucedido la pasada noche. De manera que optó por reunir todo el aplomo necesario para responderle de una manera que mostrara cierto enojo por lo que sucedió.

—Porque me teníais sujeta por el brazo. No podía moverme ni escapar de vos. ¿Qué otra opción me dejabais? Estaba a vuestra a merced. Incluso podríais haberos propasado conmigo allí mismo, si os hubiera apetecido y nadie lo habría sabido.

—Tenéis razón. Aunque yo más bien creo que también lo deseabais.

—¿Cómo os atrevéis?! —Ella se elevó un poco dispuesta a golpearlo, pero de no ser por él, hubiera perdido el equilibrio y caído del caballo. De repente se encontró atrapada entre sus brazos mientras él la acomodaba sobre su propia silla de montar sin que ella protestara. Su rostro estaba tan cerca de él que le bastaría un leve movimiento para apoderarse de sus labios. De nuevo se veía a merced del aquel maldito Douglas, sin escapatoria—. ¿Veis a lo que me refería? No me dejáis escapatoria alguna —Abrió los ojos como platos y dejó sus labios entreabiertos para poder respirar.

—Me encanta vuestro genio, Bronwyn —le refirió sonriendo divertido por tenerla una vez más a su merced. Aquel cuerpo lleno de curvas bajo sus manos lo estaba volviendo loco por momentos. Tanto que creía que no podría contenerse sin besarla una vez más. Pero vio a sus dos

hombres de confianza al final del trecho del camino, y supo que se habían alarmado por su desaparición—. Lástima que no tengamos tiempo. De lo contrario os volvería a besar.

Ella acusó aquel comentario en forma de convulsión. Su cuerpo vibró sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

—No se os ocurrirá...

La seria advertencia de ella hizo que él sonriera de nuevo y que su deseo por ella aumentara.

—Será mejor que regreséis a vuestro caballo o no responderé de mis actos —La acercó a su montura para que se sentara.

Ella no pudo decir nada debido a la turbación que sentía por lo sucedido. La había cogido en sus brazos con suma facilidad, como si no pesara. Y luego.... ¿por qué no la había besado, como le había asegurado? El sofoco se enroscaba por su cuerpo como si de una serpiente se tratara. Había creído que él no se contendría. Pero entonces se detuvo. Una parte de ella lo había esperado e incluso deseado. El fiero Douglas comenzaba a despertar en ella emociones tan controvertidas como desconocidas. Y cuando el aseguró que le gustaba su genio, y la había llamado por su nombre, ella se había quedado sin palabras ante la sensación que esto le produjo.

—Mis hombres nos aguardan —le dijo haciendo una señal hacia estos en el camino.

Bronwyn no dijo nada más después de lo sucedido. Todo había sido tan rápido y tan inesperado que no le había dado tiempo a asimilarlo. Puso su caballo al trote para acercarse a los hombres que los aguardaban.

—Pensaba que os habíamos perdido —comentó Angus cuando William llegó hasta él.

—Tranquilo, estábamos charlando sobre asuntos de interés para los dos —lanzó una mirada a Bronwyn a ver si tenía algo que decir, pero no lo hizo. Él asintió y centró la atención en su amigo —. ¿Alguna novedad?

—Ninguna por el momento. Todo parece en relativa calma —Angus echó un vistazo a su alrededor.

—Esa es la novedad precisamente. El silencio que nos rodea —asintió con el gesto serio temiendo que algo se les escapaba. No se apartaría de Bronwyn en ningún momento porque tenía la sensación de que antes de llegar a su destino tendrían noticias de los ingleses—. Sigamos. Aquí parados no hacemos nada salvo llamar la atención y poder llegar a ser un blanco fácil.

—¿Crees que encontraremos ingleses?

—¿Tú no?

—Sí, imagino que en cuanto nos acerquemos a Stirling.

—Pues yo no creo que tengamos que esperar tanto. Apuesto a que Eduardo ya conoce nuestros movimientos. Y que pronto entrará en acción.

—Estaremos preparados para ello —le aseguró Angus.

—Lo sé —miró a Bronwyn cabalgar por delante de ellos para reunirse con su madre y con Malcom.

—¿Te preocupa ella?

—Me preocupa todo lo que pueda suceder en los próximos días.

<<Hasta la manera en la que ella me altera y me empuja a hacer algo que deseo>>

—¿Dónde te habías metido, hija? —Margaret no pudo ocultar su sorpresa por volverla a ver después de haberla perdido de vista.

—En ninguna parte, madre. Iba cabalgando al lado del Douglas.

—Pues yo juraría que os habéis quedado rezagados con algún propósito.

Bronwyn acusó el significado de aquellas palabras. Experimentó un vuelco en el pecho y el

calor inundar su cuerpo. Recordó cómo él había deslizado su brazo alrededor de su cintura, cogerla y para sentarla en su caballo con destreza. Su mirada interrogadora y sus labios tan cerca de los suyos, la habían hecho temblar desde los pies hasta erizarle el vello en la nuca. Bajó la atención a las riendas ocultando la mirada a su madre. Se limitó a sacudir la cabeza desechando cualquier imagen pasada que tuviera que ver con ellos dos.

—Solo quería contarme cuál es la situación. Y que espera no caer herido o muerto por una flecha inglesa.

—Si ha sobrevivido durante todos estos años de guerra, es por algo. Es un guerrero y en todo momento sabe lo que se hace. De todas maneras, sería una casualidad que cayera muerto ahora que se ha comprometido a casarse contigo.

—Lo sería.

—Imagino que tu idea inicial de ser incluso tú la que acabaras con él... Ya no tiene sentido.

—¿Por qué dices algo así? Sigo creyendo que es injusto que me hagan casar con un hombre como él —Alzó la voz para mostrar su enfado en aquella situación—. Y sí, dije en un primer momento que si me tocaba sería capaz de acabar con él.

Sin embargo, algo estaba sucediendo para que ella hubiera abandonado esa idea, por el momento. Algo que ni ella misma esperaba encontrar en el joven Douglas.

—Bueno, esa fue sin duda una reacción justificada. Pero lo dijiste sin conocerlo. Creo que no es tan fiero como lo ha sido su padre en estos años de guerra contra los ingleses.

—Puede serlo en la batalla, pero... —Se mordió el labio antes de seguir hablando de él. Sus atenciones en las caballerizas parecían mostrarle a otro hombre cuando no se trataba de la guerra. Su preocupación por ella, su manera de tratarla, de mirarla... E incluso de besarla no eran sino parte del plan que tenía que seguir. Para él, ella no era más que una diversión después de todo. Velaba por su seguridad para que el trato entre su padre y el rey no se rompiera. Y de paso se divertía con ella. Pero, ¿cómo era tan ilusa? Se dijo pensando en lo que estaba sucediendo entre ellos.

—¿Qué ibas a decir?

—Que no tiene que serlo cuando no pelea. Eso iba a decir.

Margaret sonrió. Percibía un cambio de talante en su hija. Lento, pero ahí estaba. Seguía creyendo que el joven Douglas podría llegar a ser el hombre idóneo para Bronwyn, después de todo. Pero no sería ella la que se lo dijera, sino que dejaría que esta lo fuera descubriendo. Que fuera la joven Murray la que se diera cuenta de lo que iba sintiendo por él.

—Es cierto. Un hombre puede ser caballeroso con una mujer, y luego ser un demonio en la guerra. No puedes tenérselo en cuenta. No creo que él sea la clase de hombre que se aproveche de una mujer.

Bronwyn sonrió antes ese comentario. Lo cierto era que a ella también se lo parecía e incluso él le había dado muestras. Se lo había dicho a él, con respecto a lo sucedido la pasada noche. Y hacía escasos minutos cuando la sentó en su caballo y la contempló como si fuera a apoderarse de sus labios y saquear su boca. Pero no lo había hecho, a pesar de que era lo que parecía que iba a hacer. Era sin duda un tipo desconcertante, que sabía más de lo que contaba, pero de lo que no hacía partícipe a ella. Tal vez no confiara lo suficiente para hacerlo.

Levantaron el campamento cerca de un arroyo cuando la tarde caía. Los árboles lo circundaban ofreciéndoles cierta protección ante la posible llegada de soldados ingleses. El rey Bruce había ordenado montar guardia en todo el perímetro con hombres del clan Murray y de los suyos propios que le habían acompañado desde la corte. En ese instante, permanecía reunido con sus hombres más cercanos. William había sido requerido, lo que había propiciado que Angus y Malcom, junto con otros hombres del clan Douglas no perdieran de vista a Bronwyn y a su madre en ningún instante. Cuando él no estuviera presente, lo estarían sus dos hombres de confianza.

Robert Bruce exponía sus pensamientos, sus temores y sus anhelos a los reunidos en su tienda. Hacía días que había enviado recado a la corte en Edimburgo para que el grueso de su ejército se preparara para la marcha y se encontrara con este en las cercanías del camino a Stirling. Pero entendía que era una empresa arriesgada porque los espías ingleses estarían al acecho de cualquier movimiento de tropas que llamara la atención.

—Confío en que nuestros hombres consigan llegar a la capital para transmitir el mensaje. Por otro lado, estoy estudiando las posibilidades que le quedarían al rey Eduardo y su ejército.

—Esperáis que acuda en ayuda de Stirling una vez que comencemos el asedio —las palabras del conde de Moray no se hicieron esperar. Todos los allí reunidos eran sabedores de que el rey inglés no se quedaría de brazos cruzados en cuanto supiera lo que Robert Bruce pretendía.

—¿Alguien de los que aquí presentes lo pone en duda? A estas horas él ya sabrá lo que nos proponemos hacer —El rey levantó la mirada del plano que había extendido sobre una tosca mesa de madera, y recorrió los rostros de todos por si alguna tenía algo que objetar—. Veo que a ninguno se le ha ocurrido lo contrario.

—Eduardo tendrá un arduo camino hasta llegar a Stirling —comenzó Archibald Murray señalando el mapa.

El rey Robert sonrió.

—Ten por seguro que forzaré a sus hombres a realizar un esfuerzo sobre humano.

—Eso nos beneficiará, si llegan exhaustos.

—Eduardo cuenta con muchos clanes en Escocia que no tendrán que andar mucho. Y las tropas de la frontera están a pocos días. Y a nadie se le escapa que ya habrá movilizad a sus ejércitos en Irlanda y en Gales para llegar lo antes posible. Tenemos que esperar un fuerte contingente de tropas inglesas —aseguró Bruce mirando a todos con gesto serio y de preocupación.

—Es una locura. Nos superarán en número de forma clara. Tenemos que ganar el castillo de Stirling antes de que los ingleses lleguen si quiera a Falkirk —apuntó James Douglas.

—Y en caso de hacerlo, y tener que pelear contra estos, deberíamos situarnos en un terreno que nos favorezca —apuntó William señalando el mapa—. El bosque nos permitirá estar ocultos de los ingleses sin mostrarles nuestras verdaderas fuerzas.

—Si, es una buena idea que había concebido. No obstante, podríamos pelear a campo abierto. William Wallace lo hizo contra la caballería inglesa y vencieron. No lo olvidéis.

—La batalla de Stirling Bridge, de gran recuerdo —murmuró el viejo Douglas, esbozando una sonrisa entre la ironía y la nostalgia—. Pero no os confiéis. Aprendieron rápido y en Falkirk nos barrieron.

—¿Estuvisteis allí? —preguntó Robert Bruce.

—Sí. Un gran día. Gran batalla y mejor victoria. Estuve allí, y luego en Falkirk. —dijo con aspereza por lo que esa derrota había representado para los escoceses.

Hubo unos segundos de silencio como si todos rindieran tributo a los caídos aquel día. El joven Douglas recordó como tuvieron que huir a las montañas y refugiarse en estas durante un largo período de tiempo antes de regresar a las escaramuzas, porque era lo único que les quedó después de aquella derrota, y posterior detención y ejecución de Wallace.

—Primero debemos llegar a Torwood y reunir a las tropas. Luego decidiremos qué hacer. Debemos aumentar nuestro ejército. Eso es todo por el momento. Mantened a los hombres de guardia, atentos a cualquier movimiento o ruido sospechoso. No descartéis ningún imprevisto.

—Todos están alerta en sus puestos —le aseguró el conde de Moray.

—Bien. William, no os marchéis. He de hablar con vos.

Este se detuvo. Miró a su padre, quien se limitó a asentir. Lo vio abandonar la tienda en compañía de los demás y él se volvió hacia el rey Robert.

—¿Cómo os encontráis?

—Bien. Con ganas de que toda esta maldita guerra termine de un vez.

—No sois el único. Supongo que luego os retiraréis con vuestra esposa al castillo de Stirling.

—Ese es el objetivo principal de toda esta campaña, ¿no? Reconquistar el último castillo escocés en manos de los ingleses.

Robert Bruce sonrió.

—Bueno, nos queda el de Berwick en plena frontera entre ambos países. Pero es algo que por el momento no es relevante. Decidme, ¿qué tal os lleváis con la joven Murray?

William apretó los dientes. Estaba furioso por lo que el rey pretendía de ella. Y decepcionado. Con suerte, una vez que hubieran tomado el castillo, se retiraría a esta junto a Bronwyn y no volvería a mostrar interés por el rey, ni por lo que este hiciera.

—Vamos congeniando poco a poco.

—Eso es bueno para todos. Supongo que vuestro padre ya os habrá advertido de la importancia de que a ella no le suceda nada. De lo contrario, los Murray podrían romper el acuerdo y marcharse de regreso a casa. O peor, unirse a Eduardo. Eso nos dejaría en una situación lamentable.

—Soy consciente de ello, señor. No os preocupéis. En todo momento velaré por su integridad.

—Me alegra que lo penséis. Sabía que erais el hombre idóneo para llevar a cabo esta tarea. No me he equivocado con vos. Está bien. Solo quería recordaros que estéis muy pendiente de vuestra prometida. No os entretengo más, ya que supongo que tendréis cosas que hacer.

—Señor.

William inclinó la cabeza con respeto y abandonó la tienda del rey. Sin duda que tenía mejores cosas que hacer que estar reunido con Robert Bruce. Por lo pronto deseaba saber qué tal se encontraba ella. Se sintió extraño al pensarlo. Y en esas repentinas ganas por verla. Pero al momento desechó cualquiera pensamiento que se apartara del camino que representaba su obligación de salvaguardarla. En ese momento ella estaría bajo la vigilancia de sus hombres, de manera que no tenía nada que temer.

Encontró a Malcom y a Angus, junto a un fuego a escasos pasos de una tienda, que supuso sería la que ocupaban Bronwyn y su madre. Había más hombres cerca vigilando por si sucedía algún imprevisto.

—¿Todo en orden?

—Sin ninguna novedad. Ella está dentro. Con su madre y algunas mujeres de su clan —le informó Malcom.

—¿Qué ha dicho el rey? —Angus prefirió hablar de temas más importantes para él, que de la prometida de su amigo.

—Nada nuevo. Esperamos que Eduardo llegue con su ejército. A estas horas ya sabrá el camino que llevamos.

—Claro. Pero, ¿qué harás con ella? ¿Conducirla hasta la corte en la capital?

William dejó la mirada fija en las llamas del fuego. Sacudió la cabeza desechando esa opción.

—Un campo de batalla no es el mejor lugar para ella. Podría acabar sucediéndole algo irreparable. Supongo que como dices seguirán camino hasta la corte. Y yo me quedaré para combatir a los ingleses.

—Podrían quedarse en Falkirk, ¿no? —sugirió Malcom mirando a su amigo.

—¿Para que los ingleses las hagan prisioneras? Ellos llegarán por ese camino para reforzar Stirling y su castillo —le explicó algo exaltado—. No, nada de eso. Lo mejor es que llegue a la corte de Edimburgo. De ese modo no correrá peligro alguno.

—De manera que esperamos el rey Eduardo y sus tropas lleguen a Stirling —murmuró Angus sentado junto al fuego.

—¿Vas a decirme ahora que no lo sabías? A estas horas Eduardo sabrá del acuerdo entre los Murray y Robert Bruce. E incluso puede que sepa hasta dónde nos encontramos. Olvidas que tiene sus propios espías entre algunos clanes. Solo con pensar en los seguidores del hijo de John Comyn tendrían unos pocos —le recordó arrojando un rama a las llamas.

—Lo suponía.

—No hay que ser un monarca para saberlo —le dijo Malcom.

—Espero que sea la última batalla de esta maldita guerra y que pueda retirarme a vivir en paz —profirió Angus.

—Yo también —les aseguró William pensando en si llegaría ese día en el que solo tuviera que preocuparse de vivir en paz.

—Tú tendrás que administrar un castillo —le recordó Angus con una sonrisa—. No vas a tener tiempo para aburrirte, amigo.

—Y luego está el asunto de ella —Malcom señaló la tienda dónde estaba Bronwyn.

—Sí, pero primero habrá que derrotar a los ingleses. Y creo que sabemos que no será nada sencillo. Y menos si el propio Eduardo se presenta al frente de sus huestes.

William se incorporó del suelo y se dirigió a la tienda que ocupaba su prometida. La sensación de vacío que sentía por no haberla vuelto a ver desde que llegaron al lugar parecía ser más intensa de lo que él esperaba. Ciertamente que no había vuelto a saber de ella, pero estaba tranquilo con la protección que le había puesto para que nada malo le sucediera. Con gusto se la llevaría a las Tierras Altas y se olvidaría de todos los demás, de la guerra, de Stirling y del propio rey. Jugaban con ellos como si fueran simples peones en un tablero de ajedrez. Y eso le consumía.

Se detuvo unos segundos antes de entrar en la tienda esta para despejar su mente de esos pensamientos. Ella no se merecía un mal gesto por parte de él porque no tenía la culpa de nada de lo que sucedía. Empezaba a cuestionarse si de verdad quería ser uno de ellos. ¿No se encontraría mejor viviendo como hasta entonces? ¿Estaba él hecho para la corte? Nunca le había atraído, la verdad. Él solo se había dedicado a la guerra. Primero con Wallace y luego siguiendo a Robert Bruce. No había conocido otra vida. Resopló y apartó la lona de la entrada.

—Mi señora, necesitáis... —Se dio cuenta de que había pasado al interior sin pedir permiso alguno. Pero tampoco creía que tuviera que necesitar uno para poder visitar a su prometida. Y entonces se vio obligado a detenerse cuando la vio. Como si de una aparición se tratara. Allí

estaba ella con el cabello suelto dejándolo resbalar sobre sus hombros y su espalda. Su mirada reflejaba la sorpresa y el temor que le habían provocado su voz y su presencia. Permanecía contemplándolo con los labios entre abiertos mientras sus mejillas se encendían sin remisión. Él solo se había fijado en su rostro pero cuando bajó la mirada hacia su cuerpo comprendió a qué venía aquella expresión. ¡Estaba desnuda! Al momento estiró los brazos hacia el vestido que le tendía una joven muchacha y lo apretó contra sus pechos, que parecían querer escapar por la parte superior. La muchacha se situó delante de ella para que él no pudiera verla. Pero él ya había tenido una visión de su cuerpo de piel pálida y voluptuosas curvas.

William sintió que se le secaba la boca y se le encendía el deseo hacia ella. Permanecía en el sitio sin ser capaz de moverse.

—¡Marcharos! —le ordenó al verlo aparecer y quedarse contemplándola con una mirada llena de curiosidad, en un principio. Y de hambriento deseo después. Una mirada que le transmitió temor pero una sensación placentera a la vez.

—Por favor, joven Douglas. Esperad a que se haya cambiado —le dijo lady Margaret situándose delante de él para evitar que siguiera contemplándola en aquella situación—. Deberíais haber preguntado si podíais pasar.

Este balbuceó palabras sin sentido mientras se giraba para abandonar la tienda casi a empujones propiciados por lady Margaret. Cerró los ojos y resopló sin poder evitar pensar en la joven Bronwyn. En su desnudez. El calor inundó su cuerpo y el deseo crepitó con fuerza en su entrepierna.

—Creo que llevo demasiado tiempo sin estar con una mujer —se dijo tratando de justificar su reacción. Pero le costaría olvidar la imagen de ella apretando una manta contra sus pechos. Pero, él no tenía la culpa de lo sucedido. ¿Cómo iba a saber que ella...? Debía alejar esa imagen y esos pensamientos de su mente. ¿Por qué? Era su prometida. Y acabaría siendo su esposa. ¿Qué problema tenía por desealarla?

—Joven Douglas —La voz de Margaret Murray captó su atención—. Podéis pasar a ver a mi hija.

—Gracias.

Inspiró antes de regresar al interior de la tienda. Ahora, ella lucía igual de bonita que la otra vez, pero sin ese toque sensual que había provocado el deseo en él. Se había recogido en pelo de manera improvisada y puesto un vestido de color verde, que le recordó al brezo de las Tierras Altas. Su rostro parecía algo más relajado, pero no había perdido el color del todo. Imaginó que seguía presa de los nervios que le había provocado la repentina aparición de él. Cruzaba los brazos sobre el pecho en una postura algo defensiva por si a él se le ocurría hacer acercarse más de lo permitido.

Bronwyn sentía los nervios en su estómago. No podía quitarse de la cabeza la situación vivida, ni la manera en la que él se había quedado mirándola. Se fijó en el semblante de su rostro y llegó a la conclusión de que le parecía que estuviera desconcertado, confuso e incluso algo tímido. No le cabía la menor duda de que no esperaba encontrarla cubierta solo por una manta, que ella apretaba contra sus pechos tratando de no revelar su desnudez.

—Mi señora, siento mi anterior aparición. No sabía que...

—Cierto, no sabíais que me estaba cambiando de ropa. Ni yo tampoco imaginaba que fueseis a aparecer en ese momento. Pero ha pasado. ¿Qué queréis?

—Saber si necesitáis algo. Si todo está a vuestro gusto.

Ella parecía irse relajando por momentos e incluso logró esbozar una tímida sonrisa.

—Dentro de las comodidades que ofrece la tienda. Estoy bien.

—Me alegra saberlo. Y si precisáis cualquier cosa en mitad de la noche. Estaré descansando aquí fuera junto al fuego. También lo harán mis hombres; por si sucediera algo.

—¿Qué creéis que puede pasar? El campamento está bien guardado por los soldados del rey.

—Cierto, pero toda precaución es poca en estos tiempos.

—O agradezco vuestra preocupación. Volved con vuestros hombres.

William sonrió de manera tímida e inclinó la cabeza.

—Mi señora.

Hizo lo propio con la madre de Bronwyn, quien sonrió de una manera más amplia y descarada hacia su hija cuando William se marchó.

—¿A qué viene esa risa?

—Oh, nada. Supongo que no esperaba encontrarte cambiándote de ropa cuando entró la otra vez. E imagino que esa imagen se le habrá quedado grabada en la mente.

—Debería haber preguntado si podía pasar, ya se lo he dicho. Estaba completamente desnuda, mientras me cambiaba. De no ser porque Emma tenía a mano el vestido que iba a ponerme y se colocó delante de mí, no sé dónde me podría haber escondido —le rebatió sintiendo la sangre hervirle de rabia por las palabras de su madre. Pero lo que más acusó sin duda fue el sofoco que la invadió cuando pensó en la imagen dada.

—Pues tendrás que acostumbrarte a que te vea sin ropa una vez que estéis casados. ¿O es que piensas que se va a contener cuando seas su esposa? De haberlo sido, estoy segura de que no habría vacilado en arrancarte el vestido de tus manos y aprovechar la ocasión.

Bronwyn se quedó con la boca abierta escuchando las explicaciones de su madre. Sintió un repentino escalofrío al pensar en esa situación, y la manera en la que ella reaccionaría. Todavía le quedaba tiempo de pensarlo hasta que llegara su noche de bodas. Entrecerró los ojos lanzando una última mirada a esta antes de darle la espalda y seguir arreglándose. Pero las palpitaciones en su pecho aumentaban sin que ella pareciera capaz de controlarlas.

William caminó como un sonámbulo por el campamento. Fingió que comprobaba los puestos de guardia, charlaba con algunos de sus hombres, pero en verdad necesitaba estar a solas unos momentos para intentar sacarse de la cabeza a Bronwyn. No creía que pudiera pegar ojo con ella revoloteando desnuda en su mente. Por eso prefirió abstraerse recorriendo el terreno. No venía mal echar un vistazo de más. Al caer la tarde regresó junto a la tienda de ella para estar junto a Angus y Malcom. Pero la voz de su padre lo retuvo un instante.

—William.

Este se giró y se detuvo al verlo avanzar hacia él.

—¿Qué sucede?

—¿Qué tal marchó la reunión con el rey? No he tenido ocasión de preguntarte antes porque estuve con el conde de Moray y algunos hombres, revisando el perímetro del campamento. ¿Te comenté algo nuevo?

—No, nada. Solo quería saber cómo estaba la situación con Bronwyn.

—Confío en que las cosas marchen por el buen camino.

El tono de advertencia del viejo Douglas no intimidó a William. Ni le hizo cambiar el gesto.

—Van bien. Está a salvo y vigilada en todo momento. Ahora mismo Malcom, Angus y algunos hombres del clan Douglas y del propio Murray están cerca de la tienda que ocupa Bronwyn y su madre —le dejó claro con un toque que denotaba la rabia que sentía cada vez que alguien le preguntaba por la seguridad de ella.

—Entiendo que estés disgustado por todo lo que está sucediendo. Pero yo no hago las leyes ni

doy las órdenes. Es el rey quien las dicta. Ya hemos hablado de ello antes...

—Por eso mismo no quiero volver a hacerlo. Todo está muy claro. Conozco mi cometido en todo esto. Y ahora me gustaría retirarme a comer algo con mis hombres y descansar un poco. Está siendo un día largo —le recordó de manera tajante antes de darle la espalda y alejarse de él. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como era la seguridad de ella, por supuesto. Pero no porque se lo ordenara su padre o el mismo rey sino porque a cada momento se sentía más atraído por ella, y no porque la hubiera contemplado desnuda. Era algo que se iba forjando cada vez que pensaba en el papel esencial de ella en todo aquello.

Contempló a sus dos amigos sentados alrededor de la fogata en la que se asaba una libre. Charlaban de manera distendida cuando él llegó hasta ellos.

—¿Todo en orden?

—Ni un solo ruido. ¿Qué tal tú? —le preguntó Malcom.

—Vengo de dar una vuelta por los puestos de guardia. Luego me encontré con mi padre.

—Come un poco. Está sabrosa —le aseguró Angus acercándole la pieza ensartada en un palo.

William aceptó la invitación y cogió una tajada que degustó en silencio. Tenía la mirada fija en las llamas y pensaba en la manera en la que le había cambiado la vida en tan poco tiempo. Hacía una semana peleaba con los ingleses y esa noche se encontraba montando guardia frente a la tienda de su futura esposa.

—Podéis dormir si queréis. Yo me quedaré despierto haciendo la primera guardia —les dijo mirando a los dos.

—No te preocupes. Yo puedo quedarme contigo —le aseguró Angus—. Que Malcom descanse cuando acabe —hizo un gesto con el mentón hacia este que seguía comiendo.

—Como queráis. Hay hombres de sobra. Despertarme cuando alguno de los dos cuando queráis descansar.

—Descuida —asintió William.

—Te noto algo raro en el semblante. Apuesto a que se debe a todo esto por lo que estás pasando. ¿O temes un ataque en el viaje? —le preguntó Angus mirándolo.

—Estoy cansado de esta maldita guerra. Eso es todo.

—Ya falta menos. Una vez que el castillo de Stirling caiga, los ingleses tendrán que volverse a casa.

—No creas que será tan sencillo como dices. Tenlo seguro.

—Ninguna batalla lo es. Y esta menos. Porque decidirá el futuro de nuestra nación para bien o para mal. Una victoria de nuestra parte supondría el fin de la hegemonía inglesa en Escocia. Pero si son los ingleses los que retienen el castillo y nos vencen...

William contempló a Angus agachar la cabeza y moverla en sentido negativo.

—Lo conseguiremos. Esta vez no será una derrota como la que sufrimos en Falkirk.

—Si tú lo dices...

—Su moral está tocada después de haber ido perdiendo sus posesiones en el país. La toma de la capital y de su castillo ha supuesto un fuerte espaldarazo a nuestra causa. Y todo lo contrario para ellos.

—No te lo discuto, pero siempre querrán la revancha. Stirling es el último castillo importante, a excepción de Berwick. Si logramos derrotarlos, no creo que tengan muchas ganas de seguir la lucha.

—Sí, así lo veo yo también.

—Creo que voy a relajarme un poco. Pero no te preocupes que no me quedaré dormido —le advirtió mientras se desprendía de la coraza de cuero dejándola junto a sus armas. No llevaba

cota de mallas bajo el jubón. Aseguraba que le impedía moverse con agilidad.

—Puedes hacerlo, tranquilo. No creo que suceda nada.

—Por si acaso tengo mi claymore a mano —le aseguró palmeando su espada de doble filo.

Se envolvió en su plaid y cerró los ojos, pero nada más hacerlo su subconsciente lo devolvió al instante en el que entró en la tienda de Bronwyn. Recordarla desnuda con el vestido que apretaba contra sus pechos, era una imagen que no podía quitarse, así como así. Fue un momento efímero pero pudo contemplar sus piernas, y sus caderas redondas, así como su firme trasero cuando se volvió de manera involuntaria. Ansiaba contemplarla desnuda ante él y recorrer su cuerpo con sus manos. Se revolvió sobre el suelo como si tratara de encontrar la postura idónea para descansar. Si en verdad iba a estar pensando en ella a todas horas más le valía quedarse de guardia durante la noche, pensó frunciendo el ceño.

La noche discurría en calma. Solo el crepitar de la leña en la hoguera, y los sonidos propios del bosque parecían interrumpir el descanso. Una parte del campamento dormía o fingía hacerlo, temiendo cualquier ataque. La luna parecía haberse confabulado con aquellos que en ese momento se deslizaba de manera cauta y silenciosa hacia los guardias. Un movimiento rápido y certero los hacía dormir a estos también; pero para no volverse a despertar. Un nutrido grupo de sombras se ocultaba entre la espesura y el follaje del bosque con un único fin.

—Recordad que solo nos interesa la hija del jefe —susurró una voz.

—¿Por qué no acabar también con el rey Robert? ¿Qué podemos perder? Estoy seguro de que Eduardo nos lo recompensaría, y bien —aseguró una segunda voz

—No. Solo la chica. Nos servirá para nuestro propósito. Pero no debe sufrir ningún percance. La necesitamos viva y sin un solo rasguño. Vamos.

Una mano retuvo al que parecía ser el cabecilla del grupo.

—Estamos a tiempo de marcharnos. Si el Douglas se despierta, no tendrá clemencia.

—No hay marcha atrás. Prometimos a los Comyn que tendrían una baza para negociar. Con ella en su poder, los Murray se verán obligados a retirar su apoyo a Bruce.

Malcom agudizó su oído porque creía haber escuchado el sonido de pisadas. Y luego un leve susurro. Sin pensarlo más tiempo dio un toque a William primero, y luego a Angus.

—¿Qué pasa? —le preguntó el primero.

—No lo sé. Pero he escuchado el sonido de pisadas, y un ligero murmullo. Tal vez no sea nada pero he preferido avisarte.

—Tranquilo. Has hecho bien —le aseguró cogiendo sus armas y mirando a Angus hacer lo propio.

—¿Algún problema? —les preguntó viendo cómo se levantaban del suelo con las armas en sus manos.

—Coge tu claymore. Podrías necesitarla —le advirtió William con gesto sombrío.

Bronwyn no escuchó nada a su alrededor. Descansaba de manera plácida en el interior de su tienda, ajena a lo que sucedía fuera de esta. Después de haber permanecido despierta sin poder dejar de pensar en William, y en su mirada de deseo hacia ella, logró conciliar el sueño.

Un par de sombras se deslizaron al interior de la tienda rasgando la tela por la parte posterior a esta, y se detuvieron frente al camastro en el que la muchacha yacía. Uno de ellos le hizo un gesto a su acompañante para que la cogiera. Este se acercó con sigilo para tapparle la boca y que no chillara al despertarse.

Bronwyn sintió que de repente le faltaba el aire. Y que era la mano de alguien la que se lo provocaba. Se revolvió en el camastro pateando y moviendo sus brazos para golpear a su captor.

Pero pronto no pudo seguir haciéndolo porque le habían atado los tobillos. Y luego las manos mientras el otro hombre le impedía chillar. Logró abrir la boca para morder aquella mano que le impedía respirar. El aullido de dolor alertó a Margaret, su madre, quien se incorporó, alertada por el ruido. De igual modo que a la otra muchacha. ¿Qué sucedía? ¿A qué había venido ese grito? Alguien la golpeó dejándola inconsciente mientras los dos intrusos se llevaban a su hija.

—Vamos date prisa.

William escuchó el gruñido primero, y un chillido de mujer a continuación. Sin pensarlo más entró en el alojamiento de las mujeres para descubrir a Margaret en el suelo. A continuación dirigió su atención hacia el lugar que debería ocupar Bronwyn en su camastro. Lo encontró vacío. Una mezcla de dolor y desconcierto lo atraparon. Tardó en reaccionar en lo que ella volvió a gritar. Había hecho una abertura en la tienda y había entrado en esta con intención de llevársela.

—Bronwyn— murmuró apretando los dientes con rabia.

—Espera William —le dijo alguien a su espalda, pero él ya corría en pos de los captores de su prometida.

Los vio corriendo. Uno de ellos la llevaba sobre su hombro. Sintió que la sangre le hervía y que le nublabla la mente. ¡Malditos hijos de perra! Pensó. No tardaría en alcanzarlos porque el peso de la muchacha lo ralentizada.

—No sigue el joven Douglas —le dijo el que no llevaba a la joven a cuestas.

—Ocúpate de él.

El hombre se dispuso a defenderse del ataque de William aunque era consciente de que tendría pocas oportunidades tratándose de él. Esgrimió su espada para defenderse pero con lo que no contaba era con la rapidez y la astucia de él.

William detuvo el primer golpe de espada de su oponente sin mayor dificultad. Sabía que debía apremiarse o no volvería a ver Bronwyn. Se volvió con rapidez y se agachó con celeridad poniendo una rodilla en tierra dirigiendo el filo de su claymore hacia las piernas de su adversario. Su velocidad causó estragos en su oponente, quien aulló de dolor cuando descubrió que el Douglas se las había cortado. William se incorporó de suelo y siguió corriendo. Observaba la mirada de Bronwyn fija en él. La luz de la luna caía sobre su rostro. Vio el destello del miedo y del dolor. Le había atado las manos y tapado la boca para que no gritara. Juraba que lo mataría sin piedad en cuanto estuviera a su altura. Sacó su daga y aceleró en su carrera. Solo tenía una oportunidad de acertar en el blanco. Entrecerró los ojos y la lanzó contra aquel maldito.

Bronwyn experimentó un sobresalto y luego un golpe seco en su trasero antes de caer rodando sobre la húmeda hierba. Su captor yacía a su lado con una daga clavada en su espalda. Se movía porque al parecer no estaba muerto. Ella se apartó antes de que él la tocara de nuevo. Una sombra avanzaba a grandes zancadas hacia ellos dos. En una mano relucía el acero.

Reconoció a William cuando este se acercó al hombre que permanecía en el suelo. La luna caía de plano sobre el hombre caído. Le costaba respirar por la herida e intentó incorporarse. William le extrajo la daga y lo volteó para que lo mirara a la cara. Luego lo ayudó a incorporarse y quedarse sentado, jadeando. Limpió su daga en el jubón de este, que de inmediato le llamó la atención: ¿era tartán? Dejó que la luz de la luna cayera sobre el tipo y que él pudiera comprobarlo mejor. La sangre le hirvió contemplando con odio a aquel hombre al que sabía que no le restaba demasiado tiempo. Lo sujetó del pelo y elevó su rostro hacia él.

—¿Me ves? Porque quiero que recuerdes mi cara cuando estés frente al diablo. Dile que te envía el joven Douglas y que le enviará a todo aquel que se atreva a quitarle lo que es suyo. Dime, ¿quién te ha enviado?

El hombre apenas si podía hablar debido a la herida que tenía. Pero también por el pánico que parecía expresar su rostro. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones dando a entender que no le diría nada. William no estaba dispuesto a perder el tiempo. Ya tenía lo que quería. Esgrimió la daga ante él antes de cortarle el cuello sin miramientos, dejándolo caer como un saco sobre la hierba. Luego, se volvió hacia Bronwyn, quien permanecía en el suelo.

Sintió un alivio cuando lo reconoció al ver llegar aquella gigantesca sombra recortada a la luz de la luna. Había ido a por ella sin pensarlo dos veces, pensó. Y había acabado con sus dos captores. El corazón le latía tan rápido que pensaba que se le saldría por el pecho.

Él estaba arrodillado delante de ella con cara preocupación. Le desató las cuerdas que le apretaban las manos y los tobillos para que pudiera moverse. Pero permaneció paralizada, tal vez por la impresión que le había causado todo lo vivido. Él atrapó su rostro entre sus manos, le apartó algunos mechones y luego le pasó los pulgares por las mejillas. Se sentía aterrorizado e incluso le costaba pronunciar una sola palabra. Había temido no volverla a ver.

—¿Os encontráis bien? Prometedme que es así y que no os han hecho nada.

Ella percibió la angustia en sus palabras, pero también en su mirada y en el semblante de su rostro. Aquel hombre podría ser un fiero y despiadado guerrero, pero también un hombre atento con ella. Sin duda que había cumplido su palabra cuando le aseguró el día que se conocieron que no permitiría que nadie la tocara.

Ella se limitó a asentir. Tenía la boca seca y le costaba tragar. No encontraba las palabras adecuadas para expresar su gratitud por lo que había hecho por ella. Algo esperado, por otra parte. De manera que se limitó a asentir mientras se recuperaba.

—Sí. Estoy bien. Solo ha sido el susto cuando me taparon la boca y me sacaron de la tienda.

Ella sintió una ola de calidez envolviéndola cuando percibió una tímida sonrisa en el rostro de él, pero sobre todo el alivio.

—Temí no volveros a ver, mi señora.

Bronwyn sintió un escalofrío recorriendo su piel y erizándola como nunca antes. Entreabrió los labios y dejó escapar un leve gemido. Sintió arder el rostro de repente y cuando él la ayudó a incorporarse para quedar a su misma altura, experimentó el deseo o la necesidad de que él la arropara entre sus brazos para protegerla.

William no estaba acostumbrado a tratar con semejantes situaciones y no sabía cómo demonios comportarse. Pero al verla allí frente a él, sintió una ola de cariño y calidez que lo llevaron a estrecharla contra su cuerpo.

—Ya ha pasado todo. Estáis a salvo, Bronwyn.

Esta escuchaba sus palabras al mismo tiempo que los latidos de su corazón. Lo había abrazado y había pegado su cabeza contra el pecho de él. Permanecía con los ojos cerrados, recomponiéndose e intentando calmarse. Sintió una mano deslizarse bajo su mentón obligándola a levantar su mirada hacia él. Percibió la tímida sonrisa de él mientras le acariciaba el mentón justo antes de inclinarse sobre sus rostros para rozarle los labios.

Acusó el beso que expandió una ola de calidez y seguridad por todo su cuerpo. Se apretó contra él y lo rodeó por el cuello para que no dejara de besarla porque sin duda que lo necesitaba. Luego, dejó que sus manos resbalaran por el rostro de él mientras los miraba sin poder descifrar el misterio de por qué se sentía tan a gusto en compañía de él. De un hombre como William Douglas.

Lo vio recoger sus armas y devolverlas al cinturón. Para a continuación deslizar un brazo por debajo de sus piernas, y otro alrededor de su cintura y elevarla del suelo.

—¿Qué hacéis?! ¿Os habéis vuelto loco? —Rodeó el cuello de él con sus brazos y

contempló entre la sorpresa y la indignación por su atrevido gesto.

—¿Qué estoy haciendo? Llevar a mi prometida de vuelta al campamento.

—Pero, puedo ir yo sola. Caminando —le dijo mientras contemplaba su perfil, y como sonreía sin prestarle atención.

—¿Qué más da? Además, el veros llegar en mis brazos les dejará claro a todos que sois mía —Volvió el rostro en ese preciso momento en el que recalca esas palabras. La contempló con intensidad mientras las luces de las hogueras ya estaban cerca.

Ella experimentó un sobresalto en su pecho al escucharle decirlo con aquella seguridad. No sabía si sentirse orgullosa o temerosa. Había visto al guerrero despiadado del que todos hablaban. Pero también, al hombre temeroso por ella. Porque le hubiera sucedido algo. Y cuando la había besado, había conseguido calmarla de una manera que no creía que fuera capaz. En su interior habitaban dos hombres tan diferentes como fascinantes. Dejó ese pensamiento para más adelante porque el revuelo en el campamento captó su atención. Pronto la gente se acercó a ellos al verlos surgir de la oscuridad.

—¡Hija! —Su madre corrió hacia la pareja cuando la vio en brazos del joven Douglas. Este la depositó en el suelo con cuidado, permitiendo que ellas dos se abrazaran.

—Ya estoy aquí, madre. William... —Se quedó contemplándolo mientras él avanzaba hacia el centro del campamento. Allí se encontraban, el rey Robert junto a sus principales valedores. Vio a su padre, quien mostró alivio al verlo llegar con su prometida en brazos y sin un solo rasguño.

—Gracias por devolverla sana y salva —le dijo Archibald estrechando su mano.

—Era mi deber salir en pos de ella y traerla de regreso.

—Un acto que os honra —le dijo el rey Robert poniendo su mano sobre su hombro y mirándolo con respeto por lo hecho.

—Gracias, señor. ¿Sabemos quiénes eran los que han irrumpido en el campamento?

—Debían de ser ingleses.

—O tal vez escoceses leales a Eduardo que buscaban debilitarnos raptando a mi prometida. Este pedazo de tela procede de uno de los captores —La mostró a los presentes y tanto el rey Robert como Archibald Murray palidecieron cuando la acercaron a la luz de las hogueras.

—Son los colores de mi clan —aseguró el primero mirando la tela primero y a William después.

—Ya digo que se lo corté cuando estaba muerto.

—No puede ser.

—Al parecer no todos los Murray quieren esta unión con el rey Robert. O tal vez la de vuestra hija con un Douglas —matizó elevando las cejas—. No me importan vuestros entresijos políticos, sino ella —La señaló con un dedo para que todos la contemplaran. Bronwyn permanecía junto a su madre, a escasos pasos del joven Douglas, expectante por lo que tuviera que decirles. Pero con lo que no contaba era con que él la cogiera de la mano con delicadeza y caminaran al centro del campamento—. Bronwyn Murray es mía. Y si alguien más, inglés o escocés, de un clan o de otro, se atreve a ponerle un dedo encima o a arrebatármela, sabrán por qué los ingleses temen al clan Douglas —William miró a su padre, quien asintió convencido de esas palabras.

Se volvió sin soltarla de la mano para dirigirse de regreso a la tienda. Bronwyn no se veía capaz de decir una sola palabra después de lo que él había hecho con sus dos captores; ni de lo que acababa de expresar a todo el campamento. La gente se apartaba a su paso como si temieran si quiera rozarla.

—Montad guardia. Aunque creo que por esta noche no tendremos más sobresaltos. En un momento os veré —dijo a Malcom y Angus.

Bronwyn estaba tan asombrada que no se opuso a que él entrara con ella en el interior de la tienda. Bajó la tela que hacía de puerta y se detuvo en mitad de la estancia situando a la muchacha frente a él. La sujetó por los brazos porque a cada momento que la tenía cerca, parecía que no pudiera estar sin tocarla.

—¿Habéis visto lo que ha sucedido? Al parecer hombres de vuestro propio clan os han intentado raptar.

—¿Por qué?

—Para obligar a vuestro padre a romper su alianza con el rey Robert.

Ella bajó la mirada hacia sus propias manos.

—¿Hablabais en serio, cuando habéis dicho que podría tratarse de algunos no aprueben nuestro compromiso? —Aquella pregunta había despertado su curiosidad cuando se la escuchó. Lo vio desprenderse del cinturón del que pendían sus armas, y dejarlo sobre uno de los camastros.

Cruzó los brazos sobre su pecho y bajó la mirada hacia ella.

—Podría ser. Tal vez tengáis algún pretendiente dentro de vuestro clan.

—Desconocía que pudiera ser así.

—No importa. Es demasiado tarde como podéis suponer. El rey ha dado el visto bueno a este compromiso.

—Pero, ninguno de los dos los deseamos —No supo de dónde salieron esas palabras. Ni por qué se atrevió a decirlo. Pero al momento siguiente comprendió que no había sido una buena idea. La expresión de su rostro cambió y dejó los brazos pegados a sus costados.

William se sintió torpe ante esa afirmación tan rotunda por parte de ella.

—Acabo de jugarme el cuello por vos...

—Es verdad. Y os lo agradezco, pero recuerdo que me dijisteis que yo era la llave para lograr la libertad de esta nación. No se me ha olvidado —le recordó observando cómo los ojos de él se oscurecían y se convertían en dos finas ranuras. Los rasgos de su rostro se endurecieron y sus labios se apretaron como si estuviera aguantando la respiración.

—Ya sé que tenéis buena memoria. ¿En serio no lo deseáis? —Se inclinó un poco más sobre su rostro esperando que ella se echara atrás. Pero para su júbilo y sorpresa no fue así. Se mantuvo firme con el mentón elevado como si lo estuviese retando. Sus ojos brillaban de manera especial, su pelo desordenado caía en ondas sobre sus hombros. Ella misma había cruzado sus brazos bajó sus pechos realizándolos un poco más y captando su atención. No pudo evitar volver a recordar la imagen que tenía de ella cubierta por la tela del vestido apretada contra su cuerpo desnudo. Sacudió la cabeza cuando el ansia por besarla de nuevo se apoderó de sus sentidos.

Ella no esperaba que él se acercara tanto. El tono de su pregunta la envolvió en la quietud. Su voz ronca pareció acariciarle los oídos, deslizándose en su interior con toda intención. Se humedeció los labios y cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Estaba nerviosa ante él porque temía que la besara una vez más, que la abrazara y la consolara como hizo cuando acabó con el último de sus captores. Cuando deslizó sus manos por su rostro y los pulgares le acariciaron las mejillas. Se sintió vulnerable en aquel momento.

—¿Qué os importa lo que yo piense al respecto? Tengo que acatar la voluntad de mi padre. Y vos la de vuestro rey —le espetó furiosa con ella misma por sentirse en cierto modo a merced de él—. Ah, y también la vuestra. Acabáis de dejar claro delante de todo el campamento que os pertenezco.

William se aclaró la voz sin saber qué decirle. Tenía razón en su comentario. No podía hacerse nada. Maldita fuera, ¿por qué aquella muchacha impuesta por el rey lograba desconcertarlo con su sagacidad? No sabía qué diablos iba a hacer con ella después de todo.

—Bueno... Era una manera de infundir temor a la gente por si a alguno se le ocurre algo semejante a lo sucedido esta noche.

—Entonces, ¿no soy vuestra?

La ironía bailaba en su mirada. Y la tentación en su manera de hablarle.

—Nunca he tenido nada. Los ingleses me lo arrebataron todo cuando yo era un crío. Es lo que tienen las guerras, ¿no? —Cogió aire antes de decirle lo que pensaba—. No sois mía. Pero he creído conveniente dejarlo claro.

El tono de la voz de él, y su mirada perdieron el genio de minutos antes. Se volvieron más calmadas. La sujetó por los hombros con exquisita delicadeza y la contempló de una maneja que a ella le insufló confianza. Era un guerrero despiadado como había comprobado esa noche. Pero también había visto que esa coraza fiera tenía algunas fisuras por las que le permitía entrever el hombre que en verdad era. Todo indicaba que la propia guerra lo había transformado y que no había tenido que preocuparse por mostrarse tal y como era.

—Todos hemos perdido a alguien en esta guerra. E incluso posesiones.

Ella se había acercado de más a él. La tela de su vestido se rozaba con los pliegues del jubón de él. E incluso estaba convencida de que, si extendía su brazo, sus manos se encontrarían.

William acusaba la provocación ingenua de su cercanía. Desearía desnudarla y perderse en ella esa noche. Demostrarle que le importaba más allá de cualquier acuerdo entre su padre y el rey. Pensar así de ella, lo aterraba porque por vez primera, sentía algo por una mujer, que lo llevaba a respetarla de igual a igual.

—Creo que es hora de que descanséis. La noche ha sido agitada.

—También lo ha sido para vos.

—Estoy acostumbrado. Me gustaría quedarme a vuestro lado —Percibió el gesto de incredulidad y cierto temor en el rostro de ella. A él no le quedó dudas de que pensaba que él dormiría a su lado—. Me refiero en el interior de la tienda. Por vuestra seguridad.

El rostro de ella pareció reflejar cierto alivio por aquella aclaración.

—¿Creéis que después de lo sucedido, puedan intentarlo de nuevo?

—Os dije que erais la llave para liberar esta nación. Y creo que los hechos de esta noche confirman mis palabras.

—Sí. Es verdad que alguien tiene interés en alejarme del rey Robert, de mis padres y de vos —comentó bajando la mirada para no quedarse contemplándolo con curiosidad. Pero se vio obligada a hacerlo cuando la mano de él se posó bajo su mentón.

—Nadie os va a hacer daño, ni os va a alejar de mí mientras estéis a mi lado.

Lo sabía. El ligero tacto de su mano bajo su rostro parecía ser una especie de bálsamo para sus nervios. Y la manera de mirarla le transmitía algo más que la certeza de sus palabras.

—No me cabe la menor duda de que lo haréis.

—Bien —Sentía la necesidad de rodearla con sus brazos y atraerla contra su cuerpo para contemplarla más de cerca antes de besarla. Pero se dijo que no era lo que ella necesitaba en ese instante. La notaba inquieta frente a él. Sin duda que su cercanía la ponía nerviosa. O tal vez estuviera afectada por haberlo visto comportarse como lo que era en realidad: un guerrero sin escrúpulos ante el enemigo. Por ese motivo trató de sonreír y suavizó su mirada—. Siento que hayáis visto la parte más terrible de mí esta noche. No creí que tuvierais que hacerlo, la verdad.

—También he contemplado otra parte de vos que me gusta más —le refirió con la mirada

entornada y una tímida sonrisa.

—Deberíais descansar. Yo por mi parte... Trataré de hacerlo.

Se apartó de él, pero al momento de hacerlo su mano volvió a retenerla Bronwyn cerró los ojos cuando sintió la calidez que le transmitía su piel, de igual manera que recordaba lo vivido en las caballerizas. Se giró hacia él sin ningún temor.

—No os preocupéis por vuestra integridad, aunque yo me quedé aquí. No soy un salvaje con las mujeres, y menos con vos —asintió mirándola con toda la calma que logró reunir para transmitirle confianza. Aquella muchacha estaba destinada a él. Y era su responsabilidad—. Reconozco que en ocasiones me cuesta mantenerme firme cuando os tengo cerca. Que me faltan las palabras e incluso el aliento —comenzó a acariciarle el pelo de manera lenta. Le gustaba sentir su tacto entre sus dedos. Maldita fuera, sus manos solo habían conocido la dureza de la empuñadura de su espada, la sangre corriendo por estas, la tierra, el fuego... Se quedó contemplándolo como si fuera un tesoro hasta que reaccionó al darse cuenta de que ella la contemplaba de manera fija y extraña—. Pero tenéis mi palabra de que eso no sucederá hasta que seáis mi esposa.

Ella vaciló ante semejante comentario. Sabía que podía confiar en él. Lo había observado en silencio mientras la acariciaba el cabello, contemplándolo de manera ensimismada.

—Os lo agradezco.

—Puedo tumbarme en cualquier rincón. No necesito comodidades. E incluso podéis pedirle a vuestra madre que se quede para vuestra tranquilidad Solo me limitaré a hacer guardia.

—De acuerdo. No, no hace falta. Tengo vuestra palabra y sé qué la cumpliréis. Saldré a informarle de la situación y pedirle que me ayude a cambiarme el vestido.

—Como queráis. Yo haré lo mismo con mis hombres.

La dejó salir de la tienda mientras él inspiraba hondo pensando en la promesa que la acababa de hacer. Sería complicado estar en el mismo lugar que ella, a escasos pasos y no poderla tocar. Pero había dado su palabra y no la rompería por mucho que la deseara.

Se encaminó hacia el lugar donde estaban Malcom y Angus.

—¿Qué sabemos del intento de secuestro?

—No eran muchos hombres. Todos han caído —respondió el primero—. ¿Qué pretenden? ¿Impedir tu matrimonio con ella?

—Creo que quieren provocar a los Murray para que no sigan adelante con su alianza con el rey.

—En ese caso, este acto proviene de los clanes leales a Eduardo de Inglaterra —aseguró Angus convencido de que así era.

—Ya has visto que algunos, sino todos eran del propio clan que ella. Entiendo que haya parte de este que no esté de acuerdo en apoyar al rey, pero es de cobardes querer conseguirlo raptando a la hija del jefe —Sintió que la sangre le hervía con solo pensarlo.

—Por suerte para todos ya ha pasado. Hemos reaccionado a tiempo —le aseguró Malcom.

—Si, pero estoy seguro de que volverán a intentarlo. Pero esta vez, lo estaré esperando — lanzó una mirada de advertencia a sus dos amigos.

—¿Piensas quedarte en su tienda? —La pregunta de Angus carecía de explicación porque daba por hecho que así sería.

—Lo haré. De ese modo si sucede algo, estaré a su lado para evitarlo.

La vio regresar al interior de la tienda improvisada mientras Margaret, su madre se dirigía hacia él.

—Gracias por salvarla —dijo posando un mano en el brazo de él—. Cuidadla. Ya me ha

dicho que velareis su descanso.

—Quedaos tranquila, señora. Nada malo le sucederá. Os doy mi palabra.

—Sé que puedo confiar en vos, joven Douglas.

Este vio a la mujer sonreír de manera tímida antes de alejarse de este e ir en busca de su hija. Luego, fue su padre el que se acercó a él.

—El rey Robert está desconcertado tras lo ocurrido. Y lo mismo el jefe de lo Murray. Te has portado, hijo —posó una mano en el hombro de este y lo miró con orgullo por lo que acababa de hacer.

—No hace falta que me lo agradezcas. Era mi deber.

—Sin duda, sin duda. Y lo has hecho. Ella se ha convertido en una pieza clave en todo esto, según parece. Más de lo que en un principio imaginamos. Bronwyn Murray es importante para todos, hijo. Incluso para ti —le dijo con toda intención.

William asintió.

—Me basta con que lo sea para mí.

Se apartó de su padre y tras hacer un leve asentimiento a sus dos amigos regresó a la tienda para tratar de descansar. Pero tendría que mostrarse frío y despiadado consigo mismo para no sucumbir al deseo que la joven Bronwyn despertaba en él, aparte de la extraña sensación de quererla proteger a toda costa.

—Debes reconocer que su comportamiento ha sido ejemplar para todo el campamento —le comentaba su madre mientras recogía el vestido de su hija—. Creo que será mejor que lo quememos. No creo que quieras conservarlo después de lo sucedido —Lady Margaret entornó su mirada hacia su hija para ver qué opinión tenía al respecto.

—Sí, me parece acertado hacerlo. Aparte de la suciedad que tiene y que está salpicado de sangre no creo que vuelva a ponérmelo, aunque lo laves cien veces para dejarlo limpio. Quémalo —le dejó claro apartando la mirada del amasijo de tela en el que lo había convertido su madre.

—De acuerdo. ¿Cómo te encuentras? —La preocupación se reflejaba tanto en las palabras como en el semblante de la mujer. Estaba angustiada por lo que había sucedido, pero más si cabía por descubrir que los atacantes pertenecían a su propio clan.

Bronwyn paseaba por el reducido espacio que era la tienda. Se retorció las manos y mantenía su mirada en el suelo. Tenía los hombros relajados pese a la tensión vivida esa noche. Miró a su madre y resopló.

—Me voy recuperando del susto, pero no es nada sencillo.

—Lo entiendo.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? Te golpearon por lo que pude ver antes de que me sacaran fuera.

—No fue nada. Además, siempre has escuchado decir a tu padre que soy dura de mollera —sonrió tratando de quitarle hierro al asunto. No quería preocuparla más de lo debido. Ella se había llevado el peor trago—. ¿Qué te ha dicho, el joven Douglas?

Bronwyn permanecía con la mirada perdida en el vacío. Inspiró de manera profunda y sonrió tímida.

—Que no tengo de qué preocuparme porque el siempre estará cerca.

—Sin duda que esta noche lo ha dejado claro por sus actos. Y luego lo que ha dicho delante de todo el campamento.

—Sí, no me cabe la duda de que todos se lo pensarán dos veces antes de intentar algo contra mí.

—Todavía no me puedo creer que haya sido gente de nuestro clan —murmuró lady Margaret sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Ni yo, pero al parecer todos tienes intereses en mí. Sin duda que William tenía razón cuando me aseguraba que yo soy la llave para la libertad de esta nación. Y esta noche ha quedado demostrado.

—No obstante, creo que pese a sus palabras hay algo en el joven Douglas que me gusta —Aquel comentario despertó la curiosidad en Bronwyn. Contempló a su madre sin saber a qué se estaba refiriendo—. Algo ha cambiado en la manera de comportarse de él. Tal vez seas la llave para alcanzar la ansiada libertad de esta nación, pero creo que también estás influyendo en él.

—¿Qué...?

William se detuvo delante de la tienda, temeroso de entrar y volver a verla como la vez anterior.

—¿Estáis visible? Voy a entrar...

La pregunta de él la sobresaltó. Desvió su atención de su madre hacia la voz de él en el exterior de la tienda. Escucharlo le provocó un ligero cosquilleo en su cuerpo. No esperaba que recordara que debía pedir permiso antes de apartar la lona que servía de puerta. Pero se lo

agradecía. No obstante, ella se había dado prisa en cambiarse de vestido ya que llevaba puesto estaba manchado de barro y salpicado de sangre. Con la ayuda de su madre se había adecentado aprovechado que él estaba hablando con sus hombres, y luego con su padre.

—Podéis pasar.

William apartó la lona y entró dejándola caer a su espalda. La encontró de pie, en medio del espacio, como si en verdad lo estuviera esperado. Frente a ella permanecía su madre, quien asintió con una sonrisa al verlo aparecer.

—Mis señoras. Espero no importunarlas.

William se fijó en que Bronwyn se había cambiado el vestido y su cabello lucía suelto sobre sus hombros. Se detuvo para poderla contemplar cómo en verdad se merecía. Se le secó la boca cuando se fijó en la curva que la tela hacía al contacto con sus pechos y como después le caía recta hasta los pies. No quería penar en la imagen que tenía de ella, pero cuánto más la miraba más ganas sentía de dejarla desnuda.

—Quiero agradeceros de nuevo lo que habéis hecho esta noche, joven Douglas —reiteró lady Margaret.

—No tenéis que hacerlo. Era mi deber como guardián y prometido de vuestra hija —lanzó una rápida mirada hacia esta cuyo rostro ganó color—. Y lo mismo haré a todo aquel que intente algo contra ella. Quedaos tranquila.

—Confío en vos. Si me disculpáis iré a deshacerme de esto —comentó haciendo referencia al vestido que todavía tenía entre sus manos.

—Podéis quedaros si lo deseáis. No tengo inconveniente en ello.

—Creo que deberíais estar a solas para hablar sobre lo que ha sucedido —le aseguró dejando su mano apoyada sobre el antebrazo de él, mientras los miraba con confianza.

—Como gustéis. Pero sabed que podéis entrar cuando os plazca. Yo me acomodaré en el suelo para hacer la guardia y que nadie pueda volver a entrar en la tienda.

—¿No pensáis dormir?

—No es necesario. Lo que ha sucedido me ha desvelado. No creo que pueda volver a conciliar el sueño. Quedaos tranquila que a vuestra hija no le sucederá nada.

—No me cabe la menor duda —miró a su hija y asintió con una sonrisa casi imperceptible. Cuánto más conocía a William Douglas más convencida estaba de que no era como aseguraban que era el padre de este. Tal vez las historias que se contaban de dicho clan fuesen inventadas o exageradas por los ingleses.

Bronwyn siguió a su madre hasta fuera para despedirse de ella.

—Si quieres puedes quedarte.

—No es necesario. Él no va a hacerte nada —le palmeó la mano con toda intención y cariño—. Nada, excepto protegerte. No temas.

—No... —ella se quedó con la boca abierta sin saber cómo continuar y contempló a su madre alejándose. Varios hombres montaban guardia en las inmediaciones de la tienda, todos ellos del clan Douglas, se dijo paseando la mirada por estos. Luego, regresó al interior de la tienda. No sabía si podría dormir después de los continuos sobresaltos vividos, pero intentaría descansar.

—Veo que os habéis cambiado —le dijo cuando ella regresó y pasó a su lado—. El color vino os favorece.

—El otro vestido estaba manchado de sangre y de barro. Y tampoco quería conservarlo porque me recordaría el momento vivido.

—Lo comprendo. Lamento que me hayáis tenido que pasara por esto. Y que me hayáis visto actuar de esa forma tan... brutal. Pero no podía permitirme que os pasara algo, Bronwyn.

Ella asintió. Había visto como mataba a los dos hombres que la había raptado. Su violencia y su ira. No le había temblado la mano en ninguno de los dos casos.

—Era algo que debíais hacer. Tenéis que protegerme a toda costa —le recordó mirándolo de manera fija para ver su reacción.

Él prefirió no seguir hablando de ellos porque estaba convencido de que al final le echaría en cara lo que le dijo en su momento sobre lo que ella representaba.

—Podéis acostaros, si queréis. Ya escuchasteis lo que le dijo a vuestra madre. Me he desvelado y me limitaré a hacer guardia. No corréis peligro en mi presencia.

—Creo que sois vos el que no tiene de qué preocuparse. Tengo vuestra palabra. Y sé que no me haréis nada.

El ambiente en el reducido espacio que representaba la tienda parecía irse cargando. Ambos permanecían de pie en mitad de esta retándose con la mirada. William cerró sus manos en puños sin saber qué diablos hacer con estas. Le gustaría que ella se acurrucara entre sus brazos hasta quedarse dormida y de ese modo sentir su cuerpo junto al suyo. Su calor, su particular aroma. La suavidad de su cabello. ¡Maldita fuera, ¿qué le estaba pasando con aquella muchacha?! Se preguntó mirándola como si no la hubiera visto antes. La vio retroceder de repente y sentarse en el camastro. Tal vez se sintió intimidada. O percibió algo en su mirada que la asustó.

Bronwyn se apartó cuando se dio cuenta que la manera en la que la contemplaba, la ponía más nerviosa de lo que ya de por sí estaba. Y no era eso lo que necesitaba esa noche. Se humedeció los labios fruto de los nervios y se apartó de él unos pasos. Lo necesarios para poder sentarse sobre su cama.

—No creo que yo tampoco logre conciliar el sueño después de lo vivido

—Intentadlo de todas formas. Mañana será otro día de viaje.

—Si llegamos.

—¿Por qué decís eso? —La miró con el ceño fruncido mientras se sentaba cerca de ella.

—Porque quienes han intentado raptarme no van a rendirse porque hayan fracasado la primera vez, ¿no creéis? Decidme, vos sois un guerrero.

Lo contempló con una mezcla de curiosidad y diversión porque en ese momento su aspecto y su comportamiento no guardaban relación con lo visto esa noche. Si en un primer momento le pareció un hombre rudo, fiero y en cierto modo salvaje, poco a poco le había demostrado que también podía ser todo lo contrario. Como en ese instante en el que permanecía con la mirada fija en sus manos. Lo recorrió de la cabeza a los pies con su mirada y tuvo la impresión de que estaba ante un hombre abatido por las circunstancias que rodeaban esta guerra. Tenía los hombros relajados y la expresión de su rostro era serena.

William se tomó su tiempo en responderle porque no quería asustarla más por esa noche, contándole su parecer. Pero por otra parte era consciente de que ella tenía su propia idea al respecto, y que coincidiría de manera plena con la suya.

—No sé qué planes tienen. Ni con qué objetivo lo hacen. Si es para romper la alianza de vuestro padre con el rey Robert. O para romper el compromiso que hemos adquirido —le confesó con cautela por lo que ella pudiera pensar sobre esto último.

No quería quedarse mirándola de manera fija para no sentirse a su merced. Pero la tentación de hacerlo era más acusada. Se quedó mirándola una vez más tratando de dominar los incesantes latidos en su pecho.

—Sí, yo también lo creo así —Durante un momento ella le sostuvo la mirada sin saber el motivo. Tal vez esperaba que él le contara algo más al respecto. O lo hacía porque en realidad le gustaba contemplarlo en ese estado de relajación que mostraba—. Contadme algo de vos.

—Eh... —Se sintió descolocado por aquella petición de ella, pero sobre todo por la curiosidad que aparecía reflejada en su rostro—. ¿No tenéis sueño? Insisto en que deberíais descansar.

—Y yo insisto en que dejéis de decirme lo que me conviene y no. Ya os he dicho que no puedo dormir por el momento. Estoy demasiado agitada con todo lo sucedido. Temo cerrar los ojos porque imagino que volverán a por mí —le dijo irritada mirándolo con frialdad.

William la vio incorporarse de un salto del camastro. Él hizo lo propio del suelo, en el que permanecía, alejado de ella. Pero al verla de pie el hizo lo propio y la sujetó por los hombros en un intento de tranquilizarla.

—Calmaos. Nadie va a venir por vos —le dijo con naturalidad mientras se fijaba en que tenía la mirada más luminosa y su rostro estaba encendido por la rabia. No la cabía duda de que estaba afectada por lo vivido. Deseaba atraerla contra su pecho para tratar de tranquilizarla. Pero no estaba seguro de si ello la alteraría más todavía.

Bronwyn temblaba a pesar de que él la retenía por los hombros y la miraba de manera intensa, y preocupada. No sabía si le ayudaba que él estuviera allí o no. Pero entonces, en un gesto que ella no esperaba por parte de él, la rodeó con sus brazos llevándola contra su pecho para abrazarla a continuación. Un calor extremo traspasó la tela de su vestido. Se vio envuelta en sus brazos mientras él apoyaba el mentón sobre su pelo. Y ella se dejó llevar y apoyó su rostro contra el pecho firme de él, escuchando los latidos de su corazón.

—Quedaos tranquila. No os pasará nada.

Sentía una mano de él acariciarle el pelo lo que la puso en guardia. No estaba segura de lo que sucedía entre ambos, por ese motivo, levantó la mirada al tiempo que él se quedaba absorto en la de ella.

—¿Quién sois? —Ella susurró la pregunta intrigada por la personalidad de aquel rudo hombre.

—¿Por qué queréis saberlo?

—Porque me desconcertáis —percibió el inicio de una sonrisa en su rostro—. La primera vez que os vi, montado sobre vuestro caballo en compañía de vuestros hombres y del rey llegando a la casa de mi padre, conseguisteis llamar mi atención por el poder y la seguridad que transmitíais.

—Desconocía que os hubiera causado esa impresión.

—Sí, así es. Luego, os odié con todas mis fuerzas cuando supe quién erais y que estaba destinada a casarme con vos.

—Os comprendo. Y no os culpo por haberlo pensado —le susurró con una voz cálida y sugerente. La tenía entre sus brazos y podía contemplar su exquisita belleza, la ternura que emanaba. No sabía por qué el destino la había puesto en su camino. Tal vez para que por fin él encontrara la paz y el sosiego tan deseado por él tras años de batallas cruentas. Aunque todavía no había terminado.

—Pero después me voy dando cuenta de que hay otra parte de vos que vais mostrándome poco a poco. Hace días que nos conocemos, pero os puedo asegurar que tengo la impresión de haber visto más de vos en este poco tiempo, que de otros hombres del clan con los que me relacionaba a diario. Podéis matar a dos hombres, y al momento siguiente, estar arrodillado delante de mí, enmarcando mi rostro en vuestras manos, mirándome como si os fuera vuestra propia vida en mi seguridad.

Nunca nadie había visto esa parte de él. Tal vez porque no había conocido a nadie a la que mostrarla. Solo habían conocido al Douglas guerrero que luchaba por la libertad de su nación. Tragó saliva antes de hablar porque no estaba seguro de si debería decirlo.

—Tal vez tengáis razón, mi señora y después de todo seáis vos la que logre descubrir esa otra parte de mí que mencionáis —Él le acarició el pelo apartándose del rostro. Posó su mano en la mejilla de ella y dejó que el pulgar se la acariciara sin prisa—. Sois dulce, tierna y emanáis fuerza y valentía a cada momento.

Ella cerró los ojos y dejó escapar un suspiro al sentir la tranquilidad que invadía su ser con aquella tenue caricia. Su corazón parecía haber logrado acompañarse a su respiración. Y si en un primer momento pensó que él la alteraría más si cabía esa noche, estaba equivocada. Le transmitía todo lo que ella necesitaba.

Quería besarla, pero comprendía que hacerlo podría desembocar en una situación que no lograría controlar. Acabaría quitándole la ropa y dejándose llevar por lo que había sentido desde que la vio asomada a la ventana. Sonrió al recordar esa imagen suya.

—La primera vez que os vi asomada a la ventana, llamasteis mi atención como nunca había hecho una mujer. Pensé que erais una de las muchachas del clan y no la hija de Archibald Murray. Y os juro que me propuse averiguar vuestro nombre y conoceros durante el tiempo que estuviese allí... —William sintió que el cuerpo de ella se relajaba. Bajó su mirada hacia su rostro para comprobar que había cerrado los ojos, sus pestañas temblaban de manera ligera. Su respiración era relajada. No pudo evitar sonreír al darse cuenta de lo frágil que le parecía en aquel instante. Por eso la cogió en brazos y la depositó en la cama con cuidado de no despertarla. Le echó una manta por encima y se quedó contemplándola preguntándose qué diablos estaba haciendo. ¿En qué se estaba convirtiendo su vida? ¿Desde cuándo tenía esos sentimientos que ella había descrito? Nunca pensó que pudiera llegar a sentir algo semejante a aquello por una mujer, cuando toda su vida había estado regida por la violencia, el odio o la venganza. Pero entonces apareció ella. La contempló perdiendo la noción del tiempo hasta que decidió sentarse en el suelo junto a sus armas. Su mirada quedó fija en el vacío sin ser capaz de encontrar respuesta a lo que le sucedía con la joven Murray.

La luz de la mañana, las voces de la gente y el clásico sonido de un campamento cuando sus hombres despiertan, hizo lo propio con ella. Bronwyn abrió los ojos de manera lenta y se acomodó en su cama. Le resultó sorprendente no recordar haberse acostado, ni mucho menos quedarse dormida. Buscó a William, quien se suponía que estaría montando guardia a su lado, pero comprendió al momento que ella estaba sola. ¿Dónde se encontraba? La curiosidad por averiguarlo la llevó a salir de la tienda. El sol y la luz de la mañana la recibieron obligándola a entrecerrar los ojos para adaptarse a la claridad. Paseó la mirada por la gente que iba y venía, pero tampoco lo divisó. A quién vio fue a su madre que se acercó a ella.

—¿Has dormido bien?

—Eh... Sí, al parecer lo conseguí después de todo lo sucedido —le explicó observando el rostro de su madre, quien se mostraba intrigada por aquella respuesta—. No recuerdo cuándo me dormí, la verdad. Imagino que William lo sabrá porque dijo que estaría de guardia. Por cierto, ¿lo has visto?

—Hace tiempo que lo vi dirigirse al arroyo que hay cerca de aquí para asearse. Dejó al mando a sus dos hombres de confianza —Margaret señaló a Malcom y a Angus. Estos no la habían perdido de vista desde que William la dejó sola—. No debe estar muy lejos. E incluso puede que se encuentre de regreso, ya.

Ella asintió experimentando un inexplicable deseo por verlo. Y ello se reflejó en su rostro.

—Creo que me asearé y comeré algo antes de que él vuelva.

—Te echaré una mano, hija.

William regresaba del pequeño arroyo en el que se había sumergido para quitarse los restos de sangre que todavía conservaba en sus manos y brazos. Se volvió a vestir con su jubón oscuro y lo sujetó con su cinturón del que solo llevaba la daga. Luego cogió su manta de tartán y emprendió el regreso al campamento. Pensó si ella se habría despertado e incluso levantado y salido de la tienda. Lástima si así era porque le habría gustado verla despertarse. Sonrió ante esa ocurrencia. Desde que estaba con ella le parecía que sonreía con mayor frecuencia. Pero esto no debía distraerlo de su principal cometido, que no era otro que derrotar a los ingleses y recuperar el castillo de Stirling. Tampoco podía hacer como si ella no estuviera allí. Era imposible porque a cada momento sentía el anhelo por tocarla, por abrazarla como la pasada noche y que ella se quedara dormida entre sus brazos. Nunca había conocido semejante sensación de bienestar.

—William, ¿cómo está la joven Murray?

La voz de su padre, el viejo Douglas, lo detuvo en su camino e hizo que apartara sus pensamientos acerca de lo que experimentaba.

—Bien. Logró dormir después de todo. ¿Cuándo partimos?

—Por el momento no. El rey ha enviado exploradores para ver cómo está el camino. Una vez que estos regresen valorará cuando partiremos. No se fía después de lo sucedido anoche. No solo tenemos que preocuparnos de que los ingleses puedan atacarnos, sino también de los propios clanes —dijo con desprecio escupiendo en el suelo.

—Ya. Es algo que esperábamos. Pero no de los Murray.

—Estamos rodeados de espías y traidores. No descuides a tu futura esposa.

William no dijo nada más y se dirigió a la tienda para ver si Bronwyn había despertado. Saludó a sus hombres cuando pasó frente a estos.

—¿Sabéis algo de ella?

—Está con su madre —le dijo Malcom.

—De acuerdo. Comeré algo mientras sale.

—¿Te has enterado de cuándo partimos? La gente parece estar tranquila esta mañana.

—Mi padre me ha contado que el rey está valorando lo ocurrido ayer noche. Ha enviado gente por delante para ver si hay algo de lo que preocuparnos. He visto que se ha doblado la guardia, por lo que pueda suceder.

—Teme una emboscada —aseguró Malcom.

—Estaremos atentos. No te preocupes —le dijo Angus haciendo gesto hacia las dos mujeres que salían de la tienda.

Bronwyn sintió un ligero vuelco en el pecho cuando lo vio allí, de pie junto al fuego donde todavía quedaba carne para comer. Tenía el pelo mojado de igual forma que su jubón. El blasón del clan Douglas se le fijaba al pecho marcando las formas de su musculatura. Su mirada la escrutaba con curiosidad. Dejó de comer para ir a saludarla.

—¿Habéis descansado? —Se quedó contemplando su rostro despejado. Se había recogido el pelo en la parte de atrás, lo que favorecía que él se recreara en su belleza.

—Sí. Pero, no recuerdo haberme dormido. Ni siquiera haberme acostado.

—Tuve que hacerlo cuando os quedasteis dormida entre mis brazos. Os estaba relatando algo de mí, como me pedisteis, pero no debió de ser de vuestro agrado ya que os quedasteis dormida.

—Siento no haberos prestado atención. Podréis hacerlo hoy mientras viajamos. Por cierto, todavía no han comenzado a recoger el campamento —dijo paseando la mirada a su alrededor.

—Por ahora no hay orden de hacerlo y ponernos en marcha. El rey está esperando a que los exploradores regresen y le informen. Podéis hacer lo que os plazca, pero avisadme si os alejáis demasiado. No quiero que estéis sola en ningún momento. Vuestra seguridad corre de mi cuenta;

no lo olvidéis.

La manera tan rotunda con la que él lo dijo le agradó en parte por la preocupación que mostraba. Pero también se sintió atemorizada por lo que esto pudiera representar. Y algo decepcionada porque después de todo ese interés en su bienestar no creía que fuera algo personal. Pensó en que pudiera producirse otro asalto en las inmediaciones del campamento. Volverlo a ver en acción no era agradable del todo, aunque ello supusiera demostrarle lo que le importaba.

—En ese caso, tal vez queráis acompañarme a dar un paseo. De ese modo podréis continuar hablándome de vos ya que anoche parecer ser que me quedé dormida.

Lo escuchó gruñir, pero no supo descifrar si era porque le agradaba su petición o era más bien todo lo contrario. Pero al momento contempló una tímida sonrisa. Tal vez estuviera recordando la escena vivida.

—Cierto, mi señora. Os quedasteis dormida al poco de comenzar a hablaros. Consideré que mi relato os aburría; algo que no os reprocho.

—No, no. Nada de eso —Ella se adelantó unos pasos acercándose hasta él con el brazo extendido. Su mano se posó en el antebrazo y su mirada se llenó de interés.

William se quedó contemplándola de una manera desconocida. A cada momento que compartían ella se revelaba como una criatura fascinante, por la que se sentía no solo más atraído; sino también más preocupado por su devenir.

—En ese caso, podríais retomar vuestro relato ahora. ¿Por qué no me enseñáis el arroyo en el que os habéis aseado? —le sugirió deseando alejarse de las miradas indiscretas de su madre, y de sus pícaras sonrisas.

William asintió convencido de que no era mala idea. Ella era capaz de hacerle pensar cosas que nunca antes habría imaginado con una mujer. Asintió convencido de que en el fondo le gustaría dar ese paseo.

—De acuerdo. Pero dejad que coja mis armas

Ella se estremeció cuando lo escuchó, pero no podía evitar que él fuera un guerrero. Un hombre acostumbrado a la lucha. Había crecido en medio de una cruenta guerra como aquella que asolaba Escocia desde hacía años. Y tendría que aceptarlo porque al final sería su esposo, el hombre con el que iba a compartir su vida. Sin embargo, desechó esta idea centrándose en la parte de él que le llamaba la atención. el hombre que quedaba después de despojarlo de su coraza de cuero, de su cinturón del que pendía su *claymore* y su daga. El mismo que había visto venir esa mañana del arroyo. El que la contemplaba en ese mismo instante con calidez.

Fueron el centro de atención de todos los que permanecían cerca de su tienda. William no se alejó sin hablar con sus dos hombres de confianza.

—Estaremos en el arroyo que hay cerca de aquí. Mandad recado si el rey decide partir.

—Descuida. Y ten cuidado, no descartes otro ataque —le advirtió Malcom.

William dio una palmada a la empuñadura de su *claymore*.

—Harían bien en pensárselo dos veces.

Regresó junto a Bronwyn, quien ahora lo contemplaba en la distancia. Le gustaba hacerlo pese a todo. Y estaba segura de que poco a poco lograría que él le abriera su corazón.

—Vayamos hasta el arroyo que hay no muy lejos del campamento. De ese modo si deciden levantarlo para irnos, mis hombres están avisado de dónde encontrarnos y avisarnos.

—Supongo que estáis deseoso de entrar en combate.

Ella caminaba a su lado con la mirada en el suelo para no tropezar con las piedras de camino. Llevaba las manos entrelazadas a la espalda para no rozar la de él. Aunque creía que lo que

tocaría sería la empuñadura de su daga. Lo miró de refilón al ver que él tardaba en responderle.

—Pero porque quiero que toda esta guerra termine y poder vivir en paz.

La miró de manera detenida por lo que ella tuviera que añadir. Después de todo se suponía que una vez tomado el castillo de Stirling, ellos morarían en este. Y esa vida que él quería llevar tendría que ser con ella.

—Sí. Es cierto que todos ansiamos la paz. ¿Y si esta no se produjese?

—¿Por qué decís eso? ¿No confiáis en los hombres que seguimos al rey, ni en este? —Se sintió desconcertado por esa respuesta.

Bronwyn comprendió que había arriesgado mucho al hacerle ese comentario. Le pareció algo sorprendido y contrariado por sus palabras. Su mirada se endureció y frunció el ceño otorgando a su rostro un aspecto fiero.

—Reconoced que es una posibilidad.

—Si, pero no podemos pensar que no lo lograremos. Si fuera así, todo esto no tendría sentido.

—Si lo fuera, vos y yo no nos habríamos conocido —se detuvo si avisar en su paseo para volverse hacia él, obligándolo a hacer lo mismo. Casi se tropezó con ella y estuvo a punto de hacerla caer. Por suerte la sujetó por la cintura para evitarlo. Ella tuvo que levantar la mirada para fijarse en el gesto de asombro que reflejaba su rostro. Sentía que le faltaba la respiración y permaneció a la expectativa—. Ni existiría este compromiso.

—Seguís pensando que es un error, después de todo —Volvió el rostro hacia la espesura del bosque que quedaba a uno de los lados ajeno a la mirada de ella. Pero a continuación volvió a fijarse en la mirada de ella, tan enigmática como brillante.

La dejó para seguir el paseo. No quería hablar de ello en ese momento. Pero ella no parecía que fuera a dejarlo estar.

—¿Vos no? ¿Habéis cambiado de parecer? —Lo sujetó por el brazo instándolo a que se volviera hacia ella y le confesara qué era lo que pensaba. Sintió un vuelco en el pecho cuando él clavó su mirada de manera fija en ella. En un acto reflejo apretó sus dedos sobre el cuerpo de él.

—No se trata de lo que yo piense, sino de cuál es mi deber.

Por un instante ella creyó que había cambiado de parecer. Que pese a todo su comportamiento se debía a que empezaba a sentir algo por ella, como mujer. Pero entonces volvió a salir el hombre de honor. Se estaba acostumbrando al hombre que la había mecido en sus brazos la pasada noche. La que la había acostado y había velado su sueño. Pero, siempre se olvidaba que él se comportaba de esa forma porque ella era su responsabilidad y solo porque su rey se lo había ordenado. Dejó que sus esperanzas se evaporaran como la niebla matinal de aquellos parajes, con la llegada del sol.

William la vio caminar dejándolo atrás. Tal vez no era la respuesta que ella esperaba. Lo presentía por su cambio en el comportamiento. Pero, no quería darle falsas esperanzas. Confesarle que la pasada noche sintió miedo de verdad a que le sucediera algo. Y no porque su rey se lo hubiera pedido o incluso su padre. Que la salvaguardara por el bien de Escocia, sino por él mismo. Le gustó desde que la vio asomada a la ventana y esa atracción había ido yendo a más. Pero también un sentimiento desconocido para él. Resopló y sacudió la cabeza. Apretó los dientes y emprendió el camino en pos de ella. Era un necio después de todo porque ella no se merecía todo aquello que le tocaba vivir.

Ella se alejó al sentir una ligera opresión en el pecho. ¿Qué podía esperar de él? Se lo había dejado claro desde el primer momento en el que hablaron. Así que ¿de qué se sorprendía? Se acercó al arroyo para sentarse en una piedra donde permaneció. Ajena a las pisadas que delataban la cercanía de él. Se concentró en contemplar sus cristalinas aguas. Sabía que no la

perdería de vista ni un solo momento. De manera que tampoco le importaba mucho dónde estuviera e incluso agradecía que la dejara sola unos momentos. El tibio sol calentaba a esas horas, pero a ella no pareció suponerle ningún cambio. El frío que experimentaba estaba en su interior.

William se situó a su lado. Inspiró y dejó que su atención se fijara en el agua que discurría entre las piedras. Ella permanecía a su lado, impasible ante su llegada.

—La primera vez que os vi, llamasteis mi atención. Estabais asomada a la ventana —comenzó a relatarle mientras ella parecía no inmutarse en absoluto—. Me dije que seguro que erais alguna sirvienta del clan. Pero, aun así, me propuse conocerlos.

Bronwyn acusó la sacudida que le produjeron aquellas palabras. Entreabrió sus labios sin saber si lo hacía para decir algo o porque necesitaba aire. Se quedó contemplándolo con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. ¿Qué estaba tratando de decirle con aquella explicación?

—Y luego, descubrí que erais la hija del jefe de los Murray —sonrió recordando aquel momento mientras permanecía con la mirada fija en el arroyo—. Imaginad mi sorpresa cuando lo supe.

—Supongo que os sentisteis decepcionado —le aseguró conociendo lo que él habría pensado si ella fuera una sirvienta.

—¿Por qué decís eso?

—Porque una sirvienta de la casa sería una presa fácil para vos a la hora de seducirla. Por eso os lo digo.

Fue él quien se quedó con la boca abierta sin saber cómo enfrentarse a aquellas palabras y a su gesto de victoria porque sabía que habría caído en sus brazos tal vez con mayor facilidad que ella.

—¿Creéis que me dedico a perseguir a las sirvientas? ¿En verdad me veis así? ¿Cómo un depravado?

Se volvió para enfrentarse a ella y a su pose de cierta soberbia y satisfacción por creer conocerlo. Permanecía con los brazos cruzados y el mentón elevando como si lo estuviera retando.

—Sois un guerrero. Lleváis años peleando por vuestro rey Bruce para lograr echar a los ingleses de Escocia. ¿Vais a decirme que en ningún momento os habéis dejado llevar por el deseo e incluso la lujuria con una mujer? Porque no os creería. Os visto pelear. He percibido la ira y la venganza en vuestra mirada. No quiero imaginarme cómo os habréis comportado con las mujeres. Por ese motivo os decía que os habréis sentido decepcionado de que yo no fuera una de las muchas mujeres del clan Murray.

William apretó los dientes para contener la furia que ella había despertado. Cerró sus manos en puños y los mantuvo fijos en sus costados para no tocarla, por mucho que deseara hacerlo.

—No tenéis ni idea de lo que he vivido, mi señora. Ni de lo que he visto en estos años de guerra. Deberíais haber visto cómo se comportaban los ingleses con nuestras mujeres cuando llegaban a nuestras ciudades y pueblos. Los rostros de aquellos hombres a los que les arrebataban a sus mujeres en la noche de bodas, solo porque Eduardo lo proclamó, mi señora.

Ella dio se levantó de la piedra y dio unos pasos atrás al ver cómo él parecía abalanzarse sobre ella. Una vez más sintió temor por su integridad. Estaban solos en medio del bosque y él podría hacer con ella lo que le viniera en gana. Dio otro paso más hacia atrás pero su pie resbaló sobre una roca mojada, y estuvo a punto de perder el equilibrio. De no ser por la rápida intervención de William, quien la sujetó por la mano, ella habría acabado en el arroyo.

De un tirón, ella se vio contra el cuerpo de él. Lo miró a los ojos, pero no vio lo que esperaba.

El enojo que ella parecía haberle causado con sus palabras se había esfumado en cuanto la sintió cerca. Su mirada le decía todo lo contrario. La calidez de la pasada noche había vuelto.

—Deberíais tener cuidado, mi señora. Las aguas frías del arroyo no son un buen lugar para terminar nuestra conversación.

Ella trató de mantenerse firme, de mostrarse orgullosa. Notó que la iba soltando de manera lenta hasta dejarla libre. Luego, lo vio alejarse de ella para dejarle espacio.

—Nunca he pensado en aprovecharme de vos. Ni os he considerado una presa fácil como habéis dicho antes. Fue la expresión de vuestro rostro la que captó mi atención. Vuestra mirada llena de curiosidad. Me llamasteis la atención sin saber quién eráis. Eso es lo que cuenta para mí.

Ambos se quedaron contemplándose como si se estuvieran retando. Bronwyn sentía que le faltaba la respiración al mismo tiempo que su corazón latía desahogado. Por un momento creyó que le quebraría las costillas y se le saldría del interior. Creyó percibir cierto dolor en la mirada de él. O más bien sentirse algo decepcionado por sus palabras.

—Reconozco que tal vez no haya obrado bien con vos. Pero siempre escuché contar las campañas militares de los Douglas y...

—Y pensasteis que iba a trataros como un salvaje. No os los discuto, mi señora. Pero si hubieseis visto y vivido lo que yo, tal vez entenderíais porque los ingleses temen a mi padre. E imagino que no os haría ninguna gracia cuando supisteis que ibais a casaros conmigo —sonrió mientras metía los pulgares en su cinturón y bajaba la mirada al suelo. El esbozo de una sonrisa se perfiló en sus labios.

—Entendedlo que era algo lógico que lo creyera.

—Lo entiendo. No os preocupéis —Se quedó callado un momento mientras parecía estar dándole vueltas a algo en su cabeza. Y así era. Fijó su mirada en ella para que le quedara claro que hablaba en serio—. Estoy pensando que una vez que todo esto termine podríamos encontrar una manera de romper el compromiso, si os place.

Aquella confesión le produjo un escalofrío que la dejó helada. Bronwyn no podría creer que estuviera hablando en serio, pero la mirada parecía decirlo todo.

—No lo decís en serio.

A él le sorprendió que ella dijera eso. Pero más su tono y que en ese momento lo estuviera contemplando con la mirada entornada, como señal de precaución. O de que no se lo creía del todo.

—Supongo que una vez que expulsemos a los ingleses de Stirling, y recuperemos el castillo, este compromiso carecería de valor. Podría con el rey y proponerle que rompa el compromiso. Vos seríais libre y yo seguiría combatiendo a los ingleses. Faltaría tomar el castillo que hay en Berwick.

—No podréis hacerlo —ella negó en repetidas ocasiones. ¡No! No podía por mucho que él lo intentara. Se acercó de nuevo a él sin miedo a su reacción. Creía que era en el único hombre en quién podría confiar, pese a su fama.

—Escuchadme bien, mi señora. Sois la llave para liberar esta nación. Este compromiso es solo para que vuestro padre y sus seguidores se unan al rey Robert en su lucha contra los ingleses. Os lo dije en su momento. Somos peones en una partida entre reyes. No hay más. Imagino que, después todo, no os importara romperlo. Decidme lo contrario a lo que acabo de exponeros.

Ella se envaró ante él con orgullo, sosteniéndole la mirada en todo momento mientras una parte de ella parecía desagarrarse por dentro. Aquella que había empezado a sentir algo por aquel hombre, que volvía a recordarle su situación. Y que estaba dispuesto a romper el compromiso.

Reunió el valor necesario para rebatirle a pesar de que no sentía lo que le decía.

—Estaré de acuerdo en ir ante el rey y solicitar la anulación del compromiso una vez que Stirling caída en manos escocesas. No os quepa duda —le rebatió rechinando los dientes y cerrando sus manos en dos puños que con gusto descargaría contra él. Pero que sabía que no podría porque él se le anticiparía y la retendría entre sus brazos.

William no pestañeó, ni modificó su semblante por mucho que deseara hacerlo. Por mucho que ansiara retenerla por los hombros y besarla una vez más. Perderse en su mirada y sentir su cuerpo junto al suyo. No. No lo haría. Ni tampoco sabía cómo actuaría llegado el momento. Se había dejado llevar por la ira o el orgullo por escucharla decirle lo que pensaba de él. No podía echárselo en cara porque así era. Lo había juzgado desde el primer momento sin conocerlo.

—Es mejor que regresemos al campamento —le aseguró ella pasando por delante de él sin levantar la mirada para mirarlo. Poco le importaba lo que le dijera o lo que hiciera—. Conozco el camino. No hace falta que me escoltéis, después de todo. Supongo que os quedaréis a gusto cuando me perdáis de vista.

La contempló volverse hacia él. Revolverse como una fiera herida. Su mirada brillaba como el filo de una daga, sus cabellos ondeaban libres cayendo sobre sus hombros, su rostro estaba encendido y sus manos cerradas en puños apretadas contra sus costados. Le pareció sensual, con un toque de lascivia, que avivó el deseo por tenerle desnuda en su cama de una vez por todas. Ella era exquisita, era puro fuego y él, pese a todo, quería quemarse y fundirse en sus llamas. No le dijo nada y permaneció impassible viéndola girarse hacia el camino. Entonces no vaciló en salir tras ella. No quería dejarla sola ni un segundo por miedo a que le sucediera algo. No podría vivir con ello.

No entendía el motivo por el que se sentía decepcionada si después de todo él era un Douglas. Sus expectativas de conocer la otra parte de él se habían diluido justo cuando él le dijo que hablaría con el rey para romper el compromiso. ¿Por qué le había molestado tanto que él lo dijera? Al fin y al cabo, ella no quería casarse. Ni con él ni con ningún otro hombre. Estaba bien como estaba viviendo con sus padres. Sin embargo, no podía dejar de repetirse sus palabras. Y ella no había querido quedarse atrás, y le había asegurado que ella también lo haría. Pero algo en su cabeza le decía que no era lo más acertado. Que ella no lo deseaba y que habían hablado su rabia y su orgullo. Se le vino a la cabeza el que él le dijera que le había llamado la atención cuando la vio asomada a la ventana. Recordaba ese momento porque a ella le sucedió algo parecido. Su porte sobre el caballo, su manera de mirarla y su presencia la cautivaron antes de que supiera quién era en realidad. Fue entonces cuando no quiso saber nada de él. Pero el destino le había guardado una inesperada sorpresa. Lo peor de aquella situación era que tendrían que seguir juntos durante el viaje. Lo mejor, que se separarían al llegar acerca de Stirling porque ella tendría que seguir viaje a la corte en el castillo de Edimburgo.

Las noticias de que el rey Robert pretendía reunir su ejército cerca de Stirling para liberar el castillo y la ciudad de manos inglesas, habían llegado a la corte de Londres hacía tiempo. A Eduardo no le preocupaba demasiado lo que hiciera este. Él ya estaba reuniendo y movilizándolo a su ejército consciente de que superarían en número a los escoceses. Había enviado mensajes a los condes y barones de Inglaterra para que reunieran sus huestes cuanto antes y encontrarse en el castillo Berwick lo antes posible. El norte y la parte central del país suministrarían arqueros e infantería. Bristol y Gales también contribuirían, y aparte, se enviarían naves con soldados procedentes de Irlanda y diversas regiones de Francia y Alemania para reunirse en los campos de Bannock Burn. Eduardo podía movilizar un contingente de tropas muy numeroso. No quería escatimar esfuerzos para derrotar de una vez por todas a los escoceses. Ya le habían arrebatado algunos castillos incluido el de Edimburgo, pero no pensaba perder Stirling, ni Berwick.

La noticia llegó al campamento del rey Robert sin que este lo esperara, y no sentó nada bien entre sus principales seguidores. Estos se mostraban contrariados por el devenir de los acontecimientos.

—Arqueros de Gales, infantería de Irlanda, tropas desde Francia... Sin contar con sus huestes en Inglaterra y los clanes leales aquí en Escocia, ya tiene formado un ejército —comentó el rey Robert.

—Necesitaremos algo más que un puñado de hombres para presentarle batalla —aseguró el conde de Moray.

—Por el momento hemos quedado en el bosque de Torwood para ver qué tropas tenemos. Pero serán suficientes para hacerlo —comentó el rey muy seguro—. Mi hermano reunirá a los clanes de Galloway. Moray con los hombres del norte. Douglas conducirá a los clanes de la zona de Strathclyde y los de la frontera este. Y yo dirigiré al resto, los Murray, Campbell, Fraser, Macintosh, McLean, McGregor, Ross, Sinclair... Todos aquellos que son leales a Escocia.

—Deberíamos ponernos en camino lo antes posible, señor —apuntó el conde de Moray al conocer las noticias—. Sería conveniente estar en Torwood antes de los ingleses lleguen, de ese modo podemos estudiar el terreno y elegir el mejor sitio para la batalla.

—Sí. Dad orden de recoger el campamento. Las mujeres, los niños y todo aquel no sea capaz de empuñar un arma, serán escoltados a la corte en Edimburgo donde les aguardará Sir Roger. Este es quien está al cargo de la corte dado que mi esposa y mi hermana están en manos de Eduardo. El resto nos dirigiremos al bosque de Torwood. Joven Douglas, tendréis que separaros de vuestra prometida, pero prometedle que os veréis después. Tengo intención de enviar a la corte a las mujeres y niños con una escolta que regresará en cuanto las dejen a salvo. Estarán más seguros con mi esposa allí, que en medio de un campo de batalla.

William asintió convencido de que así debía ser. Un campo de batalla no era el lugar idóneo para Bronwyn, por mucho genio que demostrara. Y en cuanto a él, no se dejaría matar por un inglés. Sería lo último que hiciera en esta vida, claro. Pero para eso, debería alejarla a ella de sus pensamientos. No era recomendable entrar en combate con la mente puesta en una mujer.

—Espero que estés centrado cuando llegue la hora —La voz de su padre vino a interrumpir sus pensamientos y a recordarle la situación.

—Descuida, que lo haré.

—Una vez que la batalla por Stirling termine, podrás ir a la corte a buscarla.

—Sí, aunque también me ronda otra idea en la cabeza.

—¿A qué te refieres? —El tono de la voz del viejo Douglas se endureció al tiempo que mostró sorpresa por las palabras de su hijo.

—Una vez tomada Stirling, ¿qué sentido tiene mantener el compromiso?

—El sentido de que el castillo permanezca en manos de un clan leal al rey, ya lo sabes. De ese modo evitaremos que los Murray puedan sentir la tentación de entregárselo a Eduardo. No puedes echarte atrás, ya lo sabes.

—He de salir a prepararlo todo para la partida. Y a informar a mi prometida de ello.

Abandonó la tienda del rey sin mirar atrás por ver si su padre o cualquier otro noble escocés le decía algo. Poco le importaba lo que le dijera

—No puede estar hablando en serio. No lo conseguirá si es el deber del rey —le dijo su madre a Bronwyn cuando supo lo que él pensaba hacer.

Las dos mujeres permanecían en el interior de la tienda, ajenas a lo que estaba sucediendo en la del rey Robert. La muchacha se paseaba con las manos entrelazadas, retorciéndoselas fruto de los nervios producidos por las palabras decididas de William Douglas. Mantenía la mirada en el suelo por miedo a que su madre reconociera en esta lo que de verdad sentía. No quería que le pidiera al rey que rompiera el compromiso. No cuando ella estaba descubriendo a un hombre que merecía la pena, pese a todo.

—Me comentó que lo hablará con el rey cuando Stirling esté liberada de los ingleses.

—No estoy segura de que pueda hacerlo, después de todo.

Margaret no llegaba a entender el comportamiento de su hija. En un principio rechazó ese compromiso e incluso le aseguró que sería capaz de acabar con él, si se le ocurría ponerle una mano encima. Pero desde que dejaron sus tierras y emprendieron en camino a la corte, algo parecía haber cambiado, o eso le parecía a ella. Y solo tenía que fijarse en la expresión del rostro de esta, y en el tono de su voz. Percibía cierta desilusión y como si se rindiera. Algo que no lograba comprender.

—Estoy segura de que lo hará. En el fondo no desea este compromiso. Ninguno de los dos deseábamos en un principio, pero...—se calló antes de dar voz a sus pensamientos, y que no pretendía que su madre supiera.

—¿Y tú? Parece que estés molesta por sus intenciones.

La muchacha detuvo sus pasos. Se volvió hacia su madre con el ceño fruncido y una clara expresión de incertidumbre en el rostro.

—¿Por qué dices eso?

—Por tu manera de comportarte, hija. Acabas de decir que ninguno de los dos deseabais ese compromiso. ¿Es que ha cambiado algo en estos días? ¿Tiene que ver con lo sucedido anoche?

—Ni quiero —le interrumpió furiosa con el desarrollo de los últimos acontecimientos entre ellos, y en especial a los que se refería su propia madre—. Nada ha cambiado.

—¿Estás segura? —Margaret Murray se estaba dando cuenta de que ya no conocía a su propia hija. Y ello se debía a que algo había irrumpido en su vida sin pedirle permiso.

—¡Pues claro que lo estoy! —Estaba exasperada por lo que sentía en ese instante, pero más porque su prometido hablara en serio.

—No sé qué sucedió anoche cuando intentaron raptarte, pero sí sé lo que percibí en su mirada cuando entró en la tienda y no te vio. Y lo que sus ojos expresaban cuando te vi regresar en sus brazos. Ni tampoco estoy equivocada con relación a tu manera de mirarlo esta mañana cuando lo viste venir del arroyo.

Bronwyn se humedeció los labios y tragó porque pensaba que las palabras no terminarían por salir de su boca.

—No entiendo a qué te estás refiriendo, madre.

—Yo creo que sí, pero tu orgullo no te permite verlo. Por cierto, aquí llega el joven Douglas —Hizo un gesto con el mentón hacia este. Margaret lo vio avanzar hacia la tienda, que tenía la lona de la entrada retirada.

Bronwyn se fijó en la expresión de su rostro. Sería como si hubiera sido esculpida en piedra. Se detuvo delante de las dos mujeres y se quedó mirándola a ella de manera fija.

—Nos preparamos para partir. El rey ha recibido noticias que le obligan a emprender la marcha. Os escoltarán a la corte junto las demás mujeres, niños y todo aquel que no pueda empuñar un arma.

—Entonces, nos separaremos en el camino —comentó en un tono de voz bastante bajo, que se acercó a un susurro. Dejó la mirada fija en un punto sin atreverse a mirarlo a él.

William asintió mirando a lady Margaret sin comprender por qué lo había hecho. Porque había preferido dirigirse a su madre y no a ella. Tal vez después de todo se sentía culpable de lo sucedido en el arroyo esa mañana, cuando le dijo que pediría la anulación del compromiso. Algo que su padre le había recordado que no sería posible porque lo que interesaba era retener Stirling en manos de un clan escocés leal a los intereses del rey Robert y de la nación.

—Supongo que antes de llegar a Stirling. Al parecer nos quedaremos en Torwood esperando el resto de las tropas.

—¿Y después?

Le pareció que ella estuviera preocupada por lo que pudiera llegar a suceder. Quiso consolarla y decirle que todo saldría bien, pero las noticias conocidas acerca del ejército que estaba reuniendo el rey Eduardo, no hacía presagiar nada bueno en principio.

—Iré a la corte y...

—¡William!

Malcom interrumpió sus pensamientos acerca de lo que le iba a decir. Se quedó contemplándola en silencio durante un momento antes de volverse hacia su amigo

—¿Qué sucede?

—He escuchado decir que nos vamos.

—Sí, eso mismo le estaba diciendo —señaló a Bronwyn, quien no se había movido del sitio porque tenía una conversación pendiente con él.

—Eduardo está llamando a soldados de todas partes de las islas incluso del continente. Desde Gales a Francia pasando por Irlanda y algunas regiones de Alemania.

Malcom se fijó en el rostro de su amigo y en su gesto. Se dio cuenta que esa información estaba reservada única y exclusivamente a los hombres. Todo indicaba que no quería que ella se enterara de que estaban en clara desventaja.

William la vio abrir los ojos, asombrada o asustada por lo que escuchaba. Al momento se alejó y él decidió llevarse a Malcom lejos para que no escuchara más.

—¿Qué pasa? ¿No se lo has dicho?

—Solo que nos vamos y que ella seguirá el camino hacia la corte. Nada más. No le he hablado del ejército que está reuniendo Eduardo. No quería que lo supiera para no atemorizarla —le susurró preso de la furia que sentía porque Bronwyn se hubiera enterado. No se atrevió a volver la mirada hacia ella para ver su expresión.

—Entiendo. Voy a avisar a los hombres del clan.

—Sí. Hazlo.

William permaneció en el sitio sin saber qué diablos hacer. No quería que Bronwyn se enterara de cuál era la situación real para no alarmarla, aunque, por otro lado, ¿qué podía importarle a ella el devenir de la batalla? Si después de todo él le había dicho que le pediría al rey la anulación del compromiso. Lo que ella desconocía era que no podría hacerlo porque supondría entregarle el castillo al clan Murray. Pero por el momento no era necesario que lo supiera. La encontró en el interior de la tienda, recogiendo sus pertenencias. Se volvió hacia él nada más notar su presencia.

—¿No tenías pensado decírmelo?

Su pregunta lo sumió en un mar de dudas. Volvió el rostro hacia ella y se encontró con la decepción y la desilusión en su mirada.

—No era necesario que lo supieras. Las cuestiones militares no son cosa de mujeres.

—Ya me he dado cuenta —le rebatió con sorna—. Veo que pese a ser tu prometida cuento poco o nada en cuanto a lo que pueda sucederte.

—Bueno, pues ahora que lo sabes por Malcom... Hay poco más que añadir. Tú no tienes de qué preocuparte después de todo. Estarás a salvo en la corte.

—Oh, sí. Ya lo creo que estaré a salvo. Preguntándome a cada momento qué habrá sido de ti —le espetó enrabiada con él por hacerle sentir aquello. Se preocupaba por lo que pudiera sucederle. Por el hecho de tener que separarse y no saber cuándo volverían a verse... Contempló el gesto de incredulidad que él había adoptado. Tal vez por lo que acababa de escucharle decir. Aquel sentimiento desconocido que no quería se extinguiera, la había traicionado poniéndola en evidencia. Cuando se dio cuenta de lo que acababa de expresar pasó por su lado y salió de la tienda para que no fuera testigo de sus emociones reflejadas en su rostro. Estaba ofuscada con el comportamiento de él. Por no confiar en ella para contarle la verdad de la situación a la que se enfrentaban.

Él hizo ademán de salir tras ella cuando se recuperó de la impresión que le habían causado aquellas palabras, pero Margaret se interpuso.

—Es mejor que la dejéis por ahora, joven Douglas. Es una mujer impetuosa y con genio, ya la conocéis.

William sonrió con ironía ante ese comentario.

—Sin duda que lo es. El poco tiempo que he pasado a su lado me ha servido para darme cuenta de ello.

—Pues dejadme que os diga que en un principio ella prometió acabar con vos si os propasabais con ella.

—No le he puesto la mano encima por mucho que lo deseo, mi señora. De todas formas, si sigue pensando eso de mí, tal vez una flecha inglesa o galesa haga el trabajo. O un caballero inglés.

—No me cabe la menor duda de que la tratáis con respeto. Pero yo creo que se debe a que lo que sentís por ella, joven Douglas, no es tan solo deseo —Margaret Murray se acercó más a él para sujetarlo por los antebrazos y mirarlo de manera fija a los ojos—. Prometedme que no permitiréis que un inglés os arrebathe la vida.

—No me gustaría lo más mínimo que eso sucediera porque deseo contemplar y vivir en una Escocia libre del yugo inglés. He sido consciente desde el primer momento que ella no desea este matrimonio. Y así se lo dije.

—¿Y vos? Antes de que llegaseis a la tienda hace un momento, ella me estaba contando que estaríais dispuesto a hablar con el rey para que lo anule en cuanto logréis liberar Stirling. Pero estoy convencida de que no se lo decíais en serio.

Aquel último comentario y la seguridad con la que lo había dicho, sobresaltaron a William. No supo que responderle y por eso prefirió no hacer referencia a esto.

—Para hacerlo, primero tendré que seguir con vida después de la batalla que se avecina, mi señora.

—Estoy convencida de que lo haréis, me refiero a seguir con vida. Sois un guerrero experto que lleva combatiendo a los ingleses muchos años. Pero respondedme a la otra cuestión, ¿de verdad queréis desprenderos de mi hija? Y quiero que hable el hombre que estoy conociendo desde que llegasteis a las tierras de mi clan, y no al soldado leal al rey. Olvidaros por un momento de eso.

William no sabía decir qué fue lo que le afectó más, si el tono que empleó la señora para hacerle la pregunta, o bien su mirada. Una que parecía estar ahondando en su alma negra, llena

de odio y venganza tras tantos años de luchas. No creía que existiera algo que pudiera transmitirle la serenidad y la calma que su alma necesitaba. Pero lo había hallado en la joven Murray.

—Eso es algo de lo que por el momento no tengo que preocuparme. Solo de seguir con vida tras la batalla con los ingleses. Pero si muero, ella será libre. No existirá ningún compromiso — Enmudeció al darse cuenta de que no podría compartir su futuro con ella. Algo que deseaba hacer, pese a sus disputas.

—He visto un cambio en el comportamiento de mi hija con el paso de los días. Y dejadme que os diga que la culpa la tenéis vos —lo señaló como si lo acusara.

—¿Soy culpable de su comportamiento? —Contempló a la mujer con el ceño fruncido y una expresión de incredulidad ante esa acusación.

—Sin duda. Pero en el buen sentido de la palabra. No me mal interpretéis. Solo pensad en lo que sentís por Bronwyn. Y disculpadme por haberos robado el tiempo que necesitáis para preparar vuestro viaje.

—No importa.

Margaret asintió con una tímida sonrisa, sabiendo que el joven Douglas no actuaría como le había asegurado a su hija. No rompería el compromiso a pesar de que Stirling fuera liberada, lo había percibido en su mirada cuando se refería a Bronwyn.

William salió de la tienda y se dirigió a reunirse con sus hombres para preparar el viaje. Pero, no podía sacarse de la cabeza una cuestión que le había confesado lady Margaret, ¿a qué cambio en su hija se refería? Después de todo no se lo había dicho. Sacudió la cabeza dejando a Bronwyn en un rincón de su mente, y continuó con los preparativos del viaje. No la vio regresar junto a su madre, pero de haberlo hecho se habría dado cuenta de la expresión de rabia que reflejaba su rostro.

—¿Qué has hablado con él, madre? —La pregunta de la muchacha no sorprendió a lady Margaret, quien se hizo la desentendida en un principio, pero luego se quedó mirándola.

Bronwyn fruncía el ceño y se encogía de hombros.

—¿Por qué te muestras tan interesada en mi conversación con el joven Douglas?

El tono irónico la sorprendió.

—Solo es curiosidad.

—Hemos hablado del viaje. Nada más. Y ahora venga, démonos prisa en terminar de recoger.

—Pues para haber estado hablando del viaje habéis estado un buen rato.

—¿Por qué saliste huyendo?

Bronwyn se quedó paralizada, con la boca abierta sin saber qué responder.

—Porque no confía en mí. No me contó que Eduardo está reuniendo un ejército con tropas de varios países.

—¿Te preocupa lo que pueda sucederle?

De nuevo la joven Murray se vio entre la espada y la pared con la pregunta de su madre. Esta la contemplaba con curiosidad por saber qué tenía que responder.

—Sí. Después de todo es mi prometido.

—Pero antes me estabas contando que él tiene pensado pedir la anulación de este al rey cuando Stirling vuelva a ser escocesa —Lady Margaret se acercó hasta su hija y la abrazó—. Sé que te preocupas por él, y que temes que no vuelva. Y que es el orgullo el que habla en ocasiones, y no la razón. Me ha prometido que no dejará que ningún inglés acabe con su vida.

La muchacha miró a su madre con recelo por esas palabras. Pero decidió no insistir en el tema porque sabía que no le sacaría más información. Sabía a dónde tenía que ir. Abandonó la tienda

con paso firme y presuroso buscando con su mirada al único que podía aclararle la situación con su madre.

Vio a William mientras este comprobaba el filo de su espada antes de devolverla a su vaina. Luego, hizo lo mismo con su daga. Recordó su manera de enfrentarse a sus dos captosres y el escalofrío se abrió paso por su espalda, recorriéndola hasta erizarle el vello de la nuca. Él volvió el rostro hacia ella en ese instante, como si presintiera que ella estaba cerca, observándolo en silencio y sus miradas se cruzaron. Ella experimentó en calor sofocante en su cuerpo, él permaneció en el sitio, sin moverse, contemplándola y sonriendo de manera tímida. Asintió de manera leve y siguió entregado a recoger sus pertenencias sin acercarse a ella si quiera.

—Hija, vamos, necesito que me ayudes.

La voz de su madre la hizo desistir de hablar con él en ese momento. De todas formas, no le inquietaba no hacerlo, ya que sabía que él cabalgaría a su lado durante el viaje. Aprovecharía para interrogarlo sobre lo hablado con su madre.

La comitiva se puso en marcha poco tiempo después. El rey Robert la abría, seguido a su hermano y al conde de Moray. Los hombres del clan Douglas seguían a su señor, mientras William no se apartaba de Bronwyn. Su cometido sería escoltarla hasta el camino de Falkirk, donde ella junto con las demás mujeres y los niños se dirigirían a la corte en la capital, escoltada por un número de caballeros.

William cabalgaba en silencio y con el gesto sombrío. Estaba preocupado por el devenir de los acontecimientos. No sabía qué sucedería al llegar a Stirling, ni qué destino le aguardaba allí. Pero saber que las tropas que podía reunir el rey Eduardo podrían doblar en número a las de Robert Bruce, no la transmitían muchas esperanzas. No quería que hubiera un segundo Falkirk, cuando Wallace fue derrotado. Sabía que aquella ocasión era crucial para el futuro de la nación. Quería apartar de su mente a la muchacha que iba a su lado. Sus palabras reconociendo que se preocupaba por él, le habían afectado más, que una cuchillada a traición por parte de un inglés. De repente, la imaginaba en la corte pensando en él, y en lo que le habría sucedido, como ella le había asegurado. Y después la conversación con su madre había venido a arrojar más desconcierto.

—Vais muy callado. ¿En qué estáis pensando? ¿En la batalla por Stirling?

Él dio un ligero sobresalto porque la voz de ella lo había sorprendido. No esperaba que le dirigiera la palabra en todo el viaje después de cómo terminaron las cosas en el campamento.

—Sí. Pensaba en lo que me espera cuando lleguemos.

—¿Qué os dijo mi madre? Os vi hablando con ella esta mañana.

William frunció el ceño cuando se quedó contemplándola. Sin duda que a ella no le interesaba la guerra.

—¿Por qué queréis saberlo? ¿No os lo ha contado ella?

—Sentía curiosidad. Nada más.

—Hemos hablado de vos.

—¿De mí? ¿En qué sentido?

—Hacéis demasiadas preguntas, mi señora.

—Estoy en mi derecho de saber qué habláis de mí, ¿no creéis? —Ella adoptó un toque de genio y malhumor cuando él le aseguró aquello.

—Y yo en el de no responderos.

Sintió una punzada en su orgullo herido. Lo contempló con los ojos entrecerrados y apretó los dientes al mismo tiempo que las riendas en sus manos. Aquella contestación le dolió porque no

la esperaba y porque dejaba claro cuál era su papel.

—De acuerdo. Si es lo que deseáis, podéis hacer lo que os venga en gana. Al fin y al cabo, sois un hombre y lo podéis hacer sin más. No tenéis que darme explicaciones.

William sonrió cuando percibió aquel genio tan propio de ella. Cada vez que lo mostraba él se regocijaba en el placer que le suponía verla de esa manera.

—No hace falta que os pongáis arisca porque no os cuente mi conversación con vuestra madre, ¿no? Pero para que os quedéis más tranquila os contaré que me preguntó qué tal nos iba.

Ella seguía con la mirada puesta en el camino haciendo oídos sordos a sus palabras. No iba a mostrarse receptiva ni a ablandarse en ese momento por muchas ganas que tuviera de saber a qué se refería él.

William sonrió por lo bajo al darse cuenta de su carácter. Era orgullosa como la que más. Y estaba seguro de que se moría de ganas por saber más; pero no daría su brazo a torcer ante él.

—¿En serio os preocupa lo que pueda sucederme? —Recibió una mirada fría y desconcertante por su parte—. Antes lo dijisteis. Que os estaríais preguntando qué sería de mí. ¿Teméis que pueda sucederme algo? Esperaba lo contrario de vos.

Ella sonrió con ironía en un primer momento, pero luego un sentimiento de preocupación la sobrecogió. Bajó la mirada hacia sus manos, que sujetaban las riendas de su caballo. Su corazón pareció hacerse un poco más pequeño porque creía que se le encogía por el miedo que sentía a que él pudiera no regresar. Fijó su mirada en él de una manera reveladora.

—¿Y si fuera así? ¿Y si me preocupa lo que pueda llegar a pasaros?

William se fijó en el brillo que había en los ojos de ella. Uno cristalino y muy significativo, que lo obligó a tragar y a recomponerse sobre su montura. ¿Qué sentía ella por él? Habría jurado que cualquier cosa, menos preocupación porque pudiera caer muerto en batalla. Pero de repente recordó las palabras de su madre. Había visto un cambio en su hija en los últimos días. Detuvo se caballo obligándola a ella a hacerlo lo propio. Los demás jinetes los sorteaban dejándolos atrás como ya sucediera cuando abandonaron las tierras de los Murray.

—Es de agradecer.

—Ya os dije que no deseo vuestra muerte como parte de romper el compromiso. No soy tan cruel.

—Nunca os lo he escuchado decir.

—Ni lo haréis. Podéis estar convencido de ello —No quería que nada malo le sucediera. No le deseaba la muerte por nada del mundo. Quería que regresara a su lado—. No es la manera en la que deseo que rompáis el compromiso, como habéis dicho que haréis cuando Stirling sea escocesa otra vez.

William apretó los labios e inspiró. No dijo nada a ese respecto.

—Vos no deseáis este compromiso, y mucho menos casaros con un Douglas, mi señora. Os haría un favor pidiéndole al rey que lo rompiera. Seríais libre para escoger esposo —No quiso quedarse contemplándola de aquella manera en la que lo estaba haciendo, como si en el fondo él no quisiera que ello ocurriera. Imaginarla en brazos de otro, le producía una sensación de ira en su interior, que sería capaz de acabar con cualquiera que osara ponerle la mano encima.

—Tal vez no, pero hasta que eso suceda. Soy vuestra prometida, como vos me dejasteis claro una vez —Azuzó su caballo para siguiera el camino dejándolo atrás antes de que a él se le ocurriera algo parecido a lo que hizo la otra ocasión en la que se quedaron regazados. Experimentó una súbita ola de calor invadiéndola con solo volver a recordar cómo la había cogido de su caballo para sentarla en el suyo. Pegar su cuerpo al de ella y sujetarla por la cintura mientras el deseo por volverla a besar palpitaba en su mirada y en sus labios.

William la observo mientras se alejaba poniendo el caballo al trote. A cada momento que pasaba con ella, descubría algo nuevo que lo cautivaba sin que él se opusiera. ¿Era esto a lo que se había referido la madre de ella cuando hablaron? El cambio en su comportamiento o en su manera de ver la situación. ¿Se refería a que ella aceptaba el compromiso sin más? A esto se debía su reacción. Algo parecía querer indicarle que ella no deseaba que él rompiera el compromiso. ¿Qué la había llevado a cambiar de parecer con respecto a él? Tal vez ella había percibido que a él le sucedía algo similar. Que se había prometido protegerla porque se lo había pedido su rey, pero con el paso del tiempo creía que era él mismo, el que lo deseaba. Que no necesitaba que nadie se lo dijera porque él quería hacerlo. Y no porque la deseara, sino por algo tan desconocido como sorprendente que ella había despertado en él, sin que supiera que estaba ahí,

El rey Robert sabía que no podría presentar batalla en campo abierto cuando los ingleses lo superaban en número, según las informaciones de sus espías. Por ese motivo, el grueso de sus tropas se detuvo en el bosque de Torwood. Este era una larga extensión de once kilómetros al sur del castillo de Stirling, en el camino que conducía a Falkirk.

—Si el rey Eduardo pretende evitar que atacemos el castillo de Stirling tendrá que pasar por aquí —informaba Robert Bruce a sus más allegados caballeros y jefes de los clanes leales a su causa.

—Es una especie de ratonera —asintió Thomas Randolph, conde Moray.

—Es perfecto para desplegar nuestras tropas. Hay zonas de bosque, y otras al descubierto de terreno pedregoso. Y una vía de escape si es necesaria —señaló a sus hombres sobre el propio terreno—. Las colinas y el campo abierto hacia el oeste. Solo falta que las tropas de la capital lleguen para organizarnos. Mientras, el convoy con las mujeres y demás personas, que no van a estar en la batalla, debería ponerse en marcha lo antes posible. Que descansen mientras preparáis una escolta para ello.

William había permanecido atento a las explicaciones del rey Robert. Parecía tenerlo bastante controlado a juzgar por el enclave que había escogido para situar a las tropas. Y no le faltaba razón para ello. Se alejó del grupo y marchó en busca de Bronwyn, debía despedirse.

—Volveréis a verla. No os quepa la menor duda —La voz de Archibald Murray lo hizo detenerse—. Confío en vos y vuestra destreza en la lucha para que cuando todo acabe, vos estéis entre los vivos.

—Yo también lo espero.

—Más os vale porque de lo contrario no podréis disfrutar de vuestra nueva propiedad — Archibald señaló el castillo en lo alto de la hondonada.

—Sin duda. Es mejor que nos apresuremos a preparar el viaje de las mujeres. No vaya a ser que los ingleses lleguen antes de tiempo.

Por extraño que le pareciera quería estar a solas con Bronwyn durante unos instantes. La divisó junto a su madre y otras mujeres del clan Murray. Algunas desviaron su atención hacia él cuando lo vieron acercarse. Otras miraron a la joven Murray y le hicieron gestos para que se girara hacia él. Tenía el cabello suelto sobre sus hombros. Su rostro parecía reflejar sorpresa, tal vez por verlo allí. De repente se dio cuenta de que estaba sola porque las demás mujeres se habían alejado de ella.

William se detuvo a escasos pasos de ella. Bajó su mirada hacia su rostro, pero no supo qué decirle en ese instante.

—¿Qué sucede? —le preguntó sintiendo que su corazón palpitaba en su pecho más que en

otras ocasiones.

—El rey Robert ha dado orden de que las mujeres, niños y gente que no vaya a combatir os preparéis para seguir viaje a la corte. He venido a echarte una mano en algo y a despedirme de ti —Se sentía torpe como nunca antes frente una mujer. Pero aquella que lo miraba con una media sonrisa de desconcierto o tal vez nostalgia era distinta a todas las demás que había conocido.

—Bueno... Ha llegado el momento de separarnos.

—Nos veremos pronto. Seguro que antes de lo que imagináis.

Ella se acercó más hasta que la tela de su vestido rozó la del jubón de él. Levantó la mirada hacia su rostro y se quedó allí prendida lo que le pareció una eternidad.

—Prometedme que seguiréis vivo y que vendréis a la corte, aunque solo sea para decírmelo.

Él ahogó la sonrisa.

—¿Solo eso? Os conformáis con poco, mi señora.

—Es suficiente por el momento. Tendremos tiempo para hablar largo y tendido de nuestra situación —En un gesto inesperado por parte de ella, lo sujetó por el jubón y tiró de este obligándolo a inclinarse hacia su rostro—. Prometedlo.

William se vio tan desarmado ante el ímpetu de ella que no le quedó otra opción de acatar su petición.

—Os lo prometo.

Bronwyn se elevó sobre sus pies y lo besó cerrando sus ojos para hacer más intenso el momento. No entendía lo que sentía por él, pero quería volverlo a ver cuándo todo terminara.

William se sintió turbado por su reacción. No esperaba ese gesto por parte de ella. Ni que le dejara aquella sensación de querer más y más. Por eso mismo la sujetó por la cintura para que no se marchara y profundizó el beso como hiciera aquella noche en las caballerizas. No entendía qué diablos se le había pasado por la cabeza a ella para hacer aquello. Pero se lo agradecía porque llevaba tiempo queriendo besarla, y no había encontrado el momento idóneo.

El fuego arrasó con todo en el interior de ella. Devastó cualquier temor a lo que pudiera sucederle y corroboró lo que sentía por él. No sabía si aquello era el amor porque nunca antes lo había conocido. Pero allí estaba latiendo fuerte en su pecho.

—Os prometo ir a por vos en cuanto la batalla termine, mi señora —La miró a los ojos sujetando su rostro entre sus manos ajeno a las miradas de los demás. No podía dejar de contemplarla de aquella forma tan especial para él. ¿Cómo diablos se le iba a ocurrir romper aquel compromiso cuando sentía una sensación de vacío en su pecho por dejarla partir?

Ella sonrió poniendo sus manos sobre las de él antes de separarse

—Sé que lo haréis.

Malcom y Angus se acercaron a él y esperaron a que terminara de despedirse de ella para llevárselo porque su padre quería hablar con él. La imagen de ella sonriendo sería la última que tendría hasta volver a verse. Pero ahora debería cambiar su mentalidad y pensar en el motivo que lo había llevado allí siguiendo al rey Robert. Debía apartar de su mente cualquier pensamiento que tuviera a Bronwyn como centro de atención.

Esta permanecía absorta en sus pensamientos. Callada, con la mirada fija en el camino que habían vuelto a tomar y que la conducía hacia la corte, donde permanecería a salvo. No quería pensar en que algo malo podría sucederle, pero en ocasiones le asaltaba la duda.

—Es un guerrero experimentado. No le pasará nada —le dijo su madre al verla cabizbaja sobre el caballo.

—Lo sé.

—No me puedo creer que hayas cambiado tanto desde el día en que supiste que el joven

Douglas sería tu prometido. Nunca olvidaré tu cara, tus gestos y tus palabras maldiciéndolo, poco menos —sonrió su madre al recordar aquella escena y la que tenía en ese instante delante de sus ojos.

Bronwyn se limitó a sonreír sin ganas, apenas. Pero era la verdad. Lo había tachado de todo y había sentido el miedo en su cuerpo. Sin embargo, poco quedaba de aquella muchacha que había prometido que lo mantendría a raya con su daga. Y ahora, solo quería que aquella guerra concluyera para que él volviera a su lado.

—¿Por qué duele tanto? —se preguntó de repente en voz alta, ajena a que su madre la estaba escuchando—. ¿Por qué de repente siento este vacío en mi interior?

—Porque él te importa. Te importa de verdad.

Bronwyn la miró esperando alguna aclaración más, pero no creía que fuese necesaria. Sí, le preocupaba lo que pudiera sucederle. Así era. A ella. Que había temido y odiado a los Douglas desde que escuchara sus atrocidades contra los ingleses durante años. Y, sin embargo, ella sentía miedo por lo que pudiera sucederle al hijo del jefe del clan.

El grupo partió en seguida hacia la corte para evitar que se viera envuelto en mitad de la batalla. Bronwyn cabalgaba al lado de su madre. Iba con la mirada fija en el camino, pero no lo veía porque en verdad no se fijaba en este. A Margaret le pareció que ella estaba ausente, pensando en sus propias cosas y que seguro tendrían que ver con el hombre que dejaba detrás de ella. Confiaba en el joven Douglas y en que se mantuviera vivo para reunirse con su hija cuando todo terminara. Lo que importaba en ese instante era llegar a la capital y permanecer a salvo en esta.

La joven Bronwyn seguía experimentando una extraña sensación en su estómago, como si en verdad tuviera hambre. Pero era consciente de que no era así. Ese vacío se debía a otra clase de sensaciones. Echaba en falta a su habitual compañero de viaje desde que abandonaron sus tierras. Tenía la impresión de que cuando él estaba a su lado ella se sentía más protegida. Pero ahora, le faltaba.

—¿Sucede algo?

La voz de su madre pareció sacarla de su estado. Sacudió la cabeza y su cuerpo experimentó un ligero sobresalto. Volvió el rostro hacia esta con el ceño fruncido.

—¿Lo preguntas porque no he dicho una sola palabra desde que dejamos atrás el campamento de las tropas del rey Robert?

—No solo eso, sino porque también estás pensativa, con la atención puesta delante de tu caballo. Pero tengo la ligera impresión de que es cómo si no lo vieras, y te dejaras guiar por el animal.

—Me preocupa lo que pueda suceder en Stirling.

—Y a mí. Y a toda esta gente que viaja con nosotras a la corte. Todos ansiamos la paz de una vez por todas en esta tierra. Pero la paz cuesta, y tardará en llegar un poco. En cuanto al joven Douglas, no temas por él. Ha vivido unas pocas batallas y ha salido ileso. Y de esta también lo hará —le aseguró mirándola con inusitado interés por su reacción. Por lo que dijera.

—¿Por qué me siento como si me faltara algo? ¿Por qué este vacío en mi interior?

Margaret sonrió en complicidad con su hija.

—Suele pasar cuando una siente algo fuerte e intenso por un hombre. Creo que tu percepción de tu prometido ha cambiado desde que lo conociste, pero eso ya lo sabes por ti misma. Tendrás que tener paciencia hasta que regrese a tu lado.

Bronwyn asintió con una media sonrisa algo melancólica. Esperar. No estaba segura de sí podría soportar esa espera. Y que al mismo tiempo confiaba en que fuera lo menos duradera posible.

El movimiento en el campamento de las tropas del rey Robert era un no parar. Los hombres iban de un lado al otro preparándose para una hipotética defensa. Algunos clanes leales a la causa escocesa se iban acercando al bosque de Torwood. El ejército se basaba en la infantería. Los hombres portaban lanzas de dieciséis pies de longitud como hiciera William Wallace en la batalla de Stirling, cuando se enfrentó a la caballería inglesa. Todos eran conscientes de que en esta ocasión sucedería lo mismo. El ejército inglés confiaba en sus caballeros para atacar.

—Algunos ya vivimos algo parecido cerca de aquí peleando junto a Wallace —le contó el viejo Douglas a su hijo—. La caballería de Eduardo cargó contra nosotros sin pensar en más que en arrollarnos. La sorpresa le vino cuando esgrimimos nuestras lanzas, hechas de árboles. Algo

improvisadas, pero que retuvieron a los ingleses cuando se vieron frente a estas.

—Supongo que en esta ocasión estarán prevenidos —apuntó William mirando a su padre.

—Por si acaso, el rey empleará la misma táctica. Dime, ¿cómo te encuentras?

—Ansioso por entrar en combate.

—Ya, pero no me estaba refiriendo a la batalla que se avecina, sino al hecho de que ella se haya marchado.

Permaneció en silencio unos segundos en los que pensó en ella y en la sensación que le había provocado su marcha.

—Era lo esperado. El campo de batalla no es el lugar más adecuado.

—Sin duda. Pero, espero que su partida no te afecte a la hora de entrar en combate. Ten tu mente puesta el enemigo. Ya tendrás tiempo de pensar en tu futura esposa.

William asintió convencido de que así debería actuar, si no quería caer herido o muerto. Debía apartar de sus pensamientos a Bronwyn; no podía permitirse ninguna distracción una vez que la batalla diera comienzo.

—No te preocupes. No dejaré que me afecte.

—Te conviene. De lo contrario podrías pagarlo caro —le aseguró el viejo Douglas posando la mano sobre el hombro de su hijo.

William asintió mirando a su padre con la seguridad de que así sería. ¿Por qué todos le decían lo mismo? Que apartara de sus pensamientos a su prometida y se centrara en lo que importaba. La batalla. De lo contrario podría despistarse y acabar sobre la tierra para no volverse a levantar. Respiró de manera profunda y se dispuso a reunirse con sus hombres.

Los espías enviados por Robert Bruce para que le informaran de la llegada del ejército inglés, aparecieron en el campamento de Torwood cuando caía la tarde.

—Avisad al rey de inmediato —pidió uno de estos al llegar.

Edward Bruce, conde de Carrick, se encargó de avisar a su hermano de la llegada de los informadores. El rey salió de su tienda con premura y se plantó ante sus hombres.

—¿Y bien? ¿Dónde está el ejército inglés?

—Eduardo se encuentra a pocas leguas de Stirling. Pasó por Edimburgo ayer noche y hoy ha emprendido el camino para llegar aquí. En breve comenzaremos a verlos desfilar ante nuestros ojos.

—Eso significa que está forzando la marcha.

—Nos beneficia que haya impuesto un ritmo alto a sus tropas. Llegarán extenuados aquí—apuntó el conde de Carrick.

—La infantería, que no los caballeros. Y sabemos que Eduardo enviará a la caballería en un principio. De todas formas, estoy seguro de que habrá descansado en la fortaleza de Berwick. Allí habrá reunido a todos sus caballeros y habrá planificado el viaje hasta aquí. No, no os confiéis. Eduardo ha movilizado a muchos hombres y no creo que el cansancio los afecte más que a nosotros —aseguró Robert Bruce mirando a su hermano.

—¿Los esperaremos aquí? —preguntó el conde de Moray—. Podríamos ir a su encuentro y sorprenderlos. Estoy seguro de que no lo esperan.

—No, no moveremos nuestras tropas hacia Bannock Burn junto al río Forth. El barro de esa zona jugará un papel a nuestro favor. Nos situaremos en New Park junto a la vía de los romanos por la que el ejército inglés ha de cruzar. Allí los esperaremos. Y ahora, levantemos cuanto antes el campamento y pongámonos en marcha.

El ejército escocés aguardaba al grueso de las tropas de Eduardo al abrigo de New Park. Eran conscientes de que este podría llegar cansado a la cita en Stirling, después de haber cruzado media Inglaterra hasta llegar a la frontera. Pero también lo eran de que Eduardo había movilizado a miles de hombres.

—¿Crees que hoy terminará todo? He escuchado comentarios acerca de que el rey Eduardo ha obligado a sus tropas a marchar sin apenas descanso. Y que podrían llegar exhaustas aquí. —le comentó Angus a William?

—Eduardo ha movilizado a sus tropas en ambas islas, irlandeses, galeses, escoceses y por si fuera poco cuenta con tropas de Francia y Alemania. Tendrá hombres de refresco en todo momento. El cansancio puede llegar a ser algo testimonial cuando llegue el momento —le aseguró este convencido de que así sería.

—¿Deseando regresar con la joven de los Murray?

William asintió.

—Primero hay que liberar a la nación de la opresión inglesa. Luego, pensaremos en las mujeres.

Vieron a las tropas inglesas detenerse en su camino hacia Stirling.

—¿Por qué se detienen? —preguntó Malcom aferrándose con fuerza a su hacha.

—No lo sé —respondió William.

—Tratan de evitar pasar por aquí —les dijo el viejo Douglas captando la atención de los demás—. El rey tenía razón. El terreno junto al río está húmedo, enfangado para un hombre a caballo con armadura pesada.

—No quieren quedarse atrapados en el barro.

—Exacto. Pero eso los obligará a tomar el camino de Bannock Burn cuyo terreno está lleno de imprevistos. Será mejor que nos preparemos —dijo el viejo Douglas mirando a los hombres de su propio clan junto con los clanes de la región de Strathclyde, así como los de la zona este de la frontera entre ambos países.

El momento de la batalla estaba cerca y no tardó en producirse. William desenvainó su claymore y se aferró a su empuñadura con determinación. Sentía el pulso acelerándose de manera gradual y como las ansias por entrar en liza se hacían más y más acusadas. Por un segundo cerró los ojos como si estuviera rezando. Pero en verdad la imagen que llenaba su mente era la de la joven Murray. Se había prometido así mismo no pensar en esta y centrarse en la batalla contra las tropas inglesas, pero no había podido evitarlo. Sacudió la cabeza con la intención de apartar su rostro de su mente.

Abrió sus ojos y lo primero que vio fue ver avanzar a la caballería inglesa hacia ellos. Moray se había situado entre el castillo y los ingleses para evitar que estos pudieran acudir en su auxilio. La infantería escocesa formaba un muro de picas, que hizo retroceder a la caballería, como sucediera cuando William Wallace hizo en Stirling. Los principales valedores del rey Eduardo fueron los primeros en caer bajo las lanzas escocesas.

William y los hombres del clan Douglas rechazaban a todo inglés que se acercaba. Y pronto los contemplaron retroceder ante su empuje. El primer día de batalla parecía haber durado poco. Daba la impresión de que Eduardo no esperaba la defensa tan férrea de los escoceses. Robert Bruce se retiraba a su campamento en vista de que el rey inglés no enviaría más tropas por el momento. Su caballería e infantería no solo no habían sido rechazados, sino que los había puesto en retirada.

El viejo Douglas sonreía con el rostro salpicado de sangre, sudor y barro. Miraba a su hijo, quien parecía estar de una pieza. Sin una sola herida.

—Apuesto a que, si la joven Murray te viera en este preciso instante, se le quitarían las ganas de casarse contigo —ironizó este al quedarse contemplándolo.

William jadeaba por el esfuerzo de la batalla. Bajó su mirada hacia su jubón, rasgado en algunas partes y sucio al igual que su coraza o sus brazos.

—Lo que importa es que lo hemos hecho retroceder.

—Eso no quiere decir nada. Eduardo enviará todo lo que tenga contra nosotros. No le gustará perder, como a su padre. No ha utilizado a los arqueros galeses, todavía. Y tiene tropas de refresco suficientes como para combatir durante todo un día entero, incluida la noche. Mientras que nosotros necesitamos descansar y recuperar a los heridos para la siguiente oleada.

—Sí. La noche será larga —asintió resignado dejando que su mente se llenara con el rostro de Bronwyn. Ahora, que, al parecer, la batalla había concluido en su primer día, se podía permitir la licencia de pensar en ella.

A Bronwyn, el castillo de Edimburgo le parecía un lugar frío y poco acogedor a pesar de los esfuerzos de la gente y del propio sir Roger por hacerla sentir cómoda. Hacía poco tiempo que el conde de Moray se lo había arrebatado a los ingleses. Todavía podían verse los pendones y banderas inglesas en algunos rincones y salones. Según le contaban el rey Robert apenas si lo había pisado, al estar de campaña en campaña militar recuperando el resto de fortalezas. Bronwyn confiaba en que su estancia no se dilatara demasiado en aquel lugar. Su madre y ella habían sido instaladas en una de las muchas habitaciones que estaban libres. Daban largos paseos para habituarse al lugar ya que desconocían el tiempo que tendrían que quedarse. Ni si al final tendrían que regresar a su propia casa en las tierras del clan Murray. Puesto que si Eduardo derrotaba a Robert Bruce, era seguro que reclamaría el castillo de la capital.

—No estoy acostumbrada a vivir en un lugar así —comentaba Bronwyn mientras lo recorrían.

—Pues deberás irte haciendo a la idea...

—Eso si el rey Robert logra vencer a los ingleses.

—Estoy convencida de que lo conseguirá. La moral del rey Eduardo debe estar en horas bajas después de perder una fortaleza como esta. Además, no solo es este lugar sino la ciudad y muchas otras. Haría bien en retirar sus tropas de Escocia —le dijo con rotundidad tratando de animar a su hija, y a ella misma con respecto a la situación que se les planteaba.

—Creía que eras partidaria de que nuestro clan se aliara con el rey inglés —le recordó Bronwyn sacudiendo la cabeza y contemplando a su madre como si no la conociera.

—Tal vez en su día lo creí conveniente porque era lo mejor para nosotros. Y más después de la ejecución de William Wallace. Pero me equivoqué al pensar que el rey Robert nos llevaría al desastre. Y está resultando todo lo contrario. Incluso es posible que logre una nación unida y libre, después de todo.

—Desconocía que pensaras de esa manera.

—Tal vez después de todo haber conocido al joven Douglas me haya servido.

—¿A qué te refieres?

—A que no es la clase de hombre que imaginaba. Ni mucho menos. Creo que su comportamiento contra los ingleses está más que justificado. No creo que sea la bestia salvaje de la que hablan; o puede que sea cierto, pero solo cuando entra en batalla, como su padre. No después de cuál ha sido su comportamiento contigo. Y no me equivoco si te digo que regresará por ti.

—Ya has olvidado lo que te conté acerca de que está dispuesto a hablar con el rey para romper el compromiso si logran recuperar Stirling.

—No lo hará —le aseguró con un tono firme, mirándola a los ojos—. Y ahora, creo que deberíamos salir de aquí y dar un paseo por el exterior del castillo. Hace un día magnífico para ello. Es un lugar enorme y muy bonito, por cierto.

Bronwyn se quedó en el sitio mientras su madre se alejaba por el pasillo. ¿Por qué se mostraba tan segura de sus palabras sobre William? ¿Tendría algo que ver con la conversación que mantuvo con este y de la que no le había contado nada?

Un hombre se deslizaba por el campamento escocés, amparado en la oscuridad de la noche. Sir Alexander Seton, un jefe escocés que había apoyado a Eduardo en aquella especie de cruzada, y que en ese momento se sentía abatido y desilusionado, pidió ver al rey Robert para transmitirle sus inquietudes.

—¿Venís de parte de Eduardo? —le preguntó este mirándolo de los pies a la cabeza con cierto recelo, pese a que estaba desarmado y rodeado por los condes de Moray y Carrick. También estaba el viejo Douglas con las manos cerradas en torno a las empuñaduras de sus armas.

—No. Vengo en nombre mío y de mi clan.

—¿Qué queréis?

—Informaros de que los ingleses están divididos. Su moral está algo tocada después de que los hayáis hecho retroceder. El rey Eduardo planea un ataque frontal y abierto con todo su ejército. Os juro que, si dais orden de cargar contra ellos lograreis una victoria rotunda porque no esperan que lo hagan.

El rey Robert permanecía impassible, escuchando las palabras de Alexandre Seton. No movía ni un solo músculo, solo respiraba y pensaba si aquello era una trampa, después de todo.

—¿Por qué deberíamos haceros caso? Podríais estar conduciéndonos a una trampa —le dijo mirando a sus hombres de confianza en busca de respuestas.

—Yo mismo iré a vuestro lado para luchar contra los ingleses. Y conmigo vendrá todo mi clan.

—¿Habéis venido con vuestros hombres?

—Hasta el último de ellos. Eduardo es igual de tirano que lo fue su padre. No hay distinción para él entre los clanes leales a vos, y los que lo son a él. Todavía no logro entender porque los Comyn lo apoyan.

—Apoyarían a todo aquel que estuviera en mi contra. Si lo que decís es cierto podríamos lograr un gran triunfo. Pero si me estáis mintiendo y nos conducís al desastre yo mismo no vacilaré en atravesaros con mi espada en la batalla.

—No tendréis que hacerlo. Os lo juro.

Robert Bruce asintió paseando su mirada por los demás asistentes. Carrick, Moray, y Douglas asintieron y este fue el primero que habló.

—Tal vez después de todo, este sea el momento, señor. Debemos estar listos sin mayor retraso. Y si es una trampa, los hombres sabrán salir de esta. Pero puede ser la ocasión que llevamos esperando durante tanto tiempo.

—Sí. A lo mejor el destino nos sonríe por fin y estemos anta la ocasión de derrotar a los ingleses de una vez por todas. Preparadlo todo para mañana —ordenó con autoridad mirando a los cuatro hombres.

Cuando William conoció la noticia por su padre sintió que el corazón se ralentizaba de manera extraña en vez de acelerársele. Apretó los labios y asintió sin decir una sola palabra. Necesitaba estar solo durante algunas horas de esa noche para pensar. Tal vez a la mañana siguiente cuando entrara en combate y la batalla hubiera finalizado, no tuviera un solo momento para estar en paz. Pensó en Bronwyn y en lo que estaría haciendo en ese momento. Vio su rostro en su mente, su mirada brillante escrutándolo, su sonrisa, su cabello cayendo en ondas sobre sus hombros como cuando él le deshizo la trenza la noche en la que la besó. Permanecía sentado junto al fuego pensando en ella ya que a la mañana siguiente debería relegarla de sus pensamientos. Nunca antes de una batalla, le había dado por pensar en una mujer, se dijo con una sonrisa tímida. Pero en esta ocasión todo parecía distinto. Nada tenía que ver con lo que él había vivido y sentido.

—¿Estás pensando en lo que nos deparará la batalla de mañana? —La pregunta de Malcom no pareció sorprenderlo lo más mínimo, ya que no se movió. Ni pareció que fuera capaz de parpadear.

—No me fío de los ingleses por mucho que hoy los hayamos hecho retirarse con el rabo entre las piernas. Aun así, nos superan en número, en armas, siguen teniendo a sus caballeros. ¿Has notado como temblaba el suelo con el galope de sus caballos?

—Tu padre dice que lograremos sorprenderlos. Se lo ha escuchado decir a Alexander Seton.

—Podría tratarse de una trampa.

—Él y sus hombres pelearán al lado del rey.

—No lo sé. No quiero confiarme —le aseguró mirando las llamas del fuego devorado la leña.

—Creo que esta vez, venceremos. Y después asistiremos a tu boda con la joven Murray. No lo olvides. Tienes que mantenerte vivo para ella —le recordó con un gesto lleno de picardía.

William apretó los labios y asintió. Sí. Se lo había prometido cuando se despidieron. No podía defraudarla.

Pero cuando los escoceses quisieron ponerse en marcha, el ejército inglés ya lo había hecho. La caballería avanzaba en dirección a Stirling. El rey Robert se apresuró a prepararse cuando fue informado de estos movimientos de tropas. Sus propios hombres estaban preparados. Sobre su caballo se dirigió a estos para arengarlos antes de entrar en batalla. William Douglas se apoyaba en la empuñadura de su espada, que permanecía clavada sobre el barro. Miraba de manera fija al rey sobre su caballo, dándoles ánimos para combatir.

—Esos caballeros armados que veis frente a vosotros están dispuestos a destruirme y a arrasar mi reino, y de paso nuestra nación. No creen que podamos sobrevivir. Se jactan de que su poderosa caballería nunca ha sido derrotada en una batalla, pero se olvidan de que hace algunos años cerca de aquí William Wallace los hizo, y ayer se lo recordamos de nuevo. Este día es un día de alegría, hoy todos los santos escoceses estarán de nuestra parte para honrar a su nación. Si os arrepentís de vuestros pecados saldremos victoriosos bajo la mano de Dios.

Con estas palabras los hombres del rey estallaron en gritos de júbilo, agitando en el aire sus armas. Se adelantaron saliendo de su sitio en New Park y se arrodillaron para rezar encomendando su alma a Dios antes de la batalla. Luego se alzaron y avanzaron de manera lenta colina abajo para formar ante lo que se presumía el ataque de la caballería inglesa. El griterío era ensordecedor mientras formaban para defenderse. Entonces llegó el silencio y la calma. Un bosque de lanzas aguardaba a los caballeros del rey Eduardo. Este dio orden de atacar y en pocos minutos los ingleses se vieron inmersos en un bosque de picas escocesas. Los jinetes comenzaron a caer de sus monturas tras el primer impacto.

Los hombres del conde de Moray y de Douglas no cedían ante el empuje inglés. William apretaba los dientes mientras fijaba los pies en la tierra con firmeza evitando ser arrastrado. El sonido del choque de los metales se mezclaba con los gritos de los heridos que caían por ambos lados. La caballería se vio obligada a retirarse para dejar paso a los arqueros. Una lluvia de flechas oscureció el cielo despejado de aquella mañana de junio. El impacto entre las filas de escoceses fue demoledor. Muchos levantaron sus escudos para protegerse de la lluvia de dardos. William recibió el impacto en su hombro izquierdo. Soltó un alarido de dolor y apretó los dientes mientras tratada de cubrirse al máximo con su propio escudo. Los hombres caían a su alrededor mientras la caballería inglesa se reagrupaba para atacarles de nuevo. William temía que esta vez los caballos logaran pasar y los arrollaran si no formaban de inmediato en torno a las lanzas.

El rey Robert vio la trampa de Eduardo y se preparó para atacar. Era consciente de que lo que

iba a hacer podría decantar la batalla y la guerra de su lado. Miró a sus caballeros y a los hombres de Angus McDonald. Estos esperaban una orden para entrar en batalla. Cargaron contra los ingleses dando voces y obligando a muchos de ellos a volver grupas hacia el lugar del que provenían. El rey Robert conducía a su escuadrón hacia la melé que se había formado.

William sonrió al ver la carga del resto del ejército del rey, e incluso de gentes que procedían de los alrededores de Stirling y que se unían a este. Los campesinos y habitantes de la ciudad cargaron con armas que tenían a mano. Desbordados una vez más por el empuje escocés, los ingleses tuvieron que volver grupas perseguidos por los hombres de McDonald y la caballería del rey Robert. Muchos cayeron heridos de muerte en Bannock Burn, donde el fango del río Forth sin duda que se convirtió en otro aliado.

El viejo Douglas, espoleado por el curso que había tomado la batalla, lanzó a los hombres de su clan a una nueva carga. William lo siguió sin prestar atención a su herida en su hombro izquierdo. La victoria parecía más cerca que al comienzo de la mañana y no podía escatimar esfuerzos para lograrla. Se abrió paso entre algunos caballeros que habían sido desmontados, y ahora trataban de mantenerse vivos luchando a pie. Pronto el campo se volvió un amasijo de cuerpos sin vida, lamentos de los heridos, armas, sangre y barro. William recibió varios golpes de un caballero que lo dejó algo noqueado, pero logró reaccionar para herirlo de muerte. Lo que no le evitó que otro inglés lo hiriera en el costado desde la parte de atrás. William chilló y se giró enfurecido segando la vida de su enemigo. Comenzaba a costarle respirar y el cansancio parecía hacerle mella a medida que perdía sangre. Clavó su espada en el barro y se apoyó sobre esta con una rodilla en tierra. Desde esa posición contempló la batalla a su alrededor y sonrió cuando se dio cuenta que los ingleses volvían a huir con el rabo entre las piernas. Pensó en Bronwyn, que estaría a salvo en la corte de Edimburgo. En que pronto se verían si nada lo remediaba.

—Estás herido —Una mano lo sujetó por debajo del brazo cuando él comenzó a tambalearse amenazando con caer sobre la tierra.

—Estoy bien... ¡Seguid luchando, maldita sea! —exclamó a Malcom empujándolo para que volviera a la lucha.

—La batalla está ganada. Los ingleses se retiran de nuevo. Eso, los que siguen con vida. No creo que les queden fuerzas para volverlo a intentar —le explicó este ayudándole a ponerse en pie—. Tendremos que ver esas heridas.

—Después... Ahora...

William no fue capaz de terminar de decir lo que pretendía porque su consciencia se apagó de repente.

Pensaba en Bronwyn, en que le había prometido mantenerse vivo final de la batalla. Que volvería a verla. No podía decepcionarla. Siempre cumplía su palabra y con ella también lo haría se dijo en un estado de duerme vela. No sabía dónde se encontraba. Lo único que recordaba era haber entrado en la batalla y haber sido herido en dos ocasiones. Luego vio el rostro de su amigo Malcom y la mano de este sujetándolo por el brazo para que se incorporara. Y entonces tuvo la impresión de que caía en un pozo sin fondo. La oscuridad lo acogía y se quedaba dormido.

—Sigue inconsciente —comento el médico contemplándolo desde los pies de la cama—. La fiebre ha bajado y he hecho todo lo que estaba en mis manos. Ha perdido bastante sangre por ambas heridas. No son peligrosas, pero... Nunca se sabe.

El rey Robert permanecía junto al viejo Douglas. Este tenía el gesto sombrío al ver a su hijo postrado en una cama. Estaba en una de las habitaciones del castillo de Stirling. La ciudad se había rendido, incluso sus propios ciudadanos se habían unido al ejército de Robert Bruce para

expulsar a los ingleses. Los heridos habían sido trasladados al castillo de inmediato para que se restablecieran cuanto antes.

—No esperaba verlo así. Ha librado y sobrevivido a tantas batallas y escaramuzas que llegué a pensar que nadie podría acabar con él.

—Nadie lo ha hecho, amigo —El rey posó la mano en el hombro de Douglas—. Ni lo hará. Tienes mi palabra. William es fuerte. Como tú bien dices, ha sobrevivido todos estos años de guerra, y lo seguirá haciendo para ver a su patria libre de los ingleses.

—¿Qué ha sido de estos?

—El rey Eduardo ha abandonado el campo de batalla y se ha retirado. Le hemos quitado las ganas de seguir luchando. Imagino que hará una parada en Berwick, pero eso no me inquieta en este momento, sino recuperar al mayor número de heridos.

Archibald Murray hizo entrada en la habitación y se detuvo delante de la cama. Durante unos segundos se mantuvo impasible contemplando a William. Apretó los labios y asintió convencido de lo que iba a sugerir.

—Deberíamos mandar aviso a mi hija —dijo haciendo un gesto con el mentón hacia el joven Douglas.

—Ya lo he hecho. He enviado noticias a la corte —asintió el rey—. Creo que su lugar está aquí junto a él.

—Es mejor que sepa lo que ha ocurrido antes de que se entere por medio de otro. Conociéndola, no le haría ninguna gracia, creedme.

—Por ese motivo he querido que se entere por vía oficial. He enviado a la corte a los dos amigos de vuestro hijo. Ocultarle la verdad a Bronwyn no tiene ningún sentido.

—En ese caso, no queda más que esperar —asintió Douglas.

—Mientras tanto, tendremos que negociar un intercambio de prisioneros.

—¿Estará la reina y vuestra hermana entre estos?

—No lo creo. Es una manera de presionarme y conseguir ganar tiempo para rearmarse, o para lograr alguna ventaja en las negociaciones. Se trata del conde de Hereford y sus caballeros, que terminaron por rendirse en su huida —dijo antes de abandonar la habitación.

Habían pasado semanas desde que Bronwyn llegó a la corte. Los rumores acerca de la victoria del rey Robert se hacían más persistentes y con estos su nerviosismo iba en aumento porque no concretaban nada. Algunos decían que habían vencido a los ingleses y recuperado Stirling y su castillo. Otros que habían sufrido muchas bajas para lograrlo y que estaban negociando un intercambio de prisioneros. Y mientras, ella no sabía a qué atenerse porque nadie hablaba claro. Seguía esperando con paciencia la aparición de William junto a su padre y a sus hombres, como él le había prometido.

—No hagas caso a los comentarios que circulan —le sugería su madre al verla nerviosa.

—No quiero hacerlo, pero me inquietan los rumores. William prometió venir a buscarme cuando todo hubiera terminado y de eso hace días, según cuentan —le comentó angustiada por no saber nada de él.

—Es cuestión de tiempo, querida. Seguro que el rey lo retiene por cuestiones importantes. Pero pronto tendremos noticias tuyas.

Bronwyn asintió bajando la mirada al suelo. Sentía una opresión en el pecho que parecía estarle indicando que algo malo le había sucedido. Eso o que en verdad cumpliera su palabra de hablar con el rey para romper su compromiso.

—Tal vez ahora que Stirling está en manos escocesas...

—¿Piensas que va a cumplir lo que te dijo? ¿Qué romperá su compromiso contigo? — Margaret Murray caminó hasta ella y cogió sus manos entre las suyas para tranquilizarla. La obligó a mirarla de frente—. No te preocupes. Él no lo hará.

—Pero lo dijo. Me lo aseguró.

—También pensábamos que los Douglas eran el diablo en persona, y luego no ha sido para tanto, ¿no? En el fondo siente por ti algo más que el hecho de protegerte porque de ese modo el rey contaría con el apoyo de los Murray y sus clanes aliados. No te discuto que en un principio ese fuera su cometido, pero creo que a medida que os habéis ido conociendo, algo ha cambiado en los dos.

Sir Roger se presentó ante ellas de manera imprevista, sin dejar que Bronwyn diera su opinión sobre lo que su madre acababa de contarle. Al ver su semblante serio, madre e hija presintieron que algo malo sucedía.

—¿Qué sucede? —se aventuró a preguntar lady Margaret al darse cuenta que Sir Roger permanecía callado; como si le costara hablar

—Han llegado dos hombres con noticias de Stirling. Os esperan en el patio —les anunció después de coger aire y reunir el aplomo necesario para hacerlo. Durante el tiempo que ellas dos llevaban allí en la corte, Sir Roger había sido informado de la historia de la joven Murray. Y las noticias que llegaban le afectaban de manera directa.

Aquellas palabras provocaron un sobresalto en la joven, quien no pudo ocultar su temor. ¿Un mensaje? ¿No se trataba de William? No debía porque de haber sido él, se habría presentado en persona ante ella. Apretó las manos de su madre con fuerza como si temiera que se trataban de malas noticias. Su corazón se aceleró con solo pensar en que William hubiera caído en la batalla.

—Vayamos cuanto antes y no los hagamos esperar —comentó Margaret instando a su hija a que la siguiera.

Sir Roger abrió la comitiva seguida de las dos mujeres que se apresuraron a conocer el contenido del mensaje. Recorrieron los pasillos hasta llegar al salón del trono donde Bronwyn reconoció a los amigos inseparables de William, Angus y Malcom. Su presencia detuvo en seco los pasos de la joven Murray. Su presentimiento parecía estar siendo real.

—¿Qué sucede? ¿Qué nuevas hay de Stirling? —preguntó Margaret pasando la mirada del rostro de uno al otro. Había decidido ser ella la que hablara al ver que su hija permanecía callada por la impresión de ver a los hombres leales de su prometido, en lugar de a este.

Fue Malcom quien tomó la palabra. Estaba algo dubitativo en un principio porque era consciente de las noticias que portaba.

—Señoras, Stirling ha sido liberada. El rey Robert ocupa el castillo junto a sus caballeros.

—¿Y la batalla?

—Se ha ganado.

Hubo unos segundos de duda entre los interlocutores, como si los presentes intuyeran lo que estaba por suceder. Pero tanto los mensajeros como Sir Roger ya conocían el contenido del mensaje.

Angus fue el que se aclaró la voz y se decidió a hablar.

—Hay algo más que debo transmitirlos y que os atañe a vos —dijo haciendo una leve inclinación de cabeza hacia Bronwyn.

Esta permaneció callada sin ser capaz de mover un solo músculo si quiera, mirando a Angus.

—¿Qué sucede? —preguntó una vez que logró recuperar la compostura.

—Se trata de William, mi señora.

Bronwyn apretó los dientes y cerró las manos en puños. Entornó la mirada hacia los dos

amigos de su prometido esperando una aclaración.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo han herido en la batalla. Una flecha le alcanzó en un hombro, y luego un inglés lo hirió en el costado. Se encuentra postrado en la cama.

—¿Es grave? Y quiero que me digáis la verdad. Sois sus mejores amigos, sus hombres de confianza —les advirtió mirando a los dos con determinación para que no le ocultaran nada.

—No se teme por su vida, en principio. Se le han curado las heridas, y descansa en una estancia del castillo de Stirling —le informó Malcom—. Tanto vuestro padre como el rey Robert decidieron que venir a decíroslo era lo más acertado.

—Y lo ha sido. Debo partir —dijo ella de repente acercándose a los dos hombres—. ¿Cuándo tenéis pensado regresar?

—En cuanto tengamos caballos nuevos dispuestos para hacerlo y hayamos comido algo. Ya se lo hemos dicho a Sir Roger —dijo señalando a este.

—Los caballos ya están preparados —asintió este.

—Antes nos gustaría comer algo, y descansar mientras vos os preparáis para partir —dijo Malcom mirando a Bronwyn.

—Disponed de todo lo que necesitéis. Yo iré a dar orden de que preparen algo de comer. Partiréis en cuanto todo esté dispuesto —le aseguró a Bronwyn cogiéndola del brazo y mirándola a los ojos con preocupación—. No temáis. Por lo que me habéis contado en estos días que lleváis en el castillo, William Douglas es un hombre fuerte. No desesperéis.

—Gracias por vuestras palabras. Me gustaría ir a prepararlo todo para partir lo antes posible —les aseguró mirando a los dos hombres, y de nuevo al hombre que estaba al mando del castillo.

—Lo haréis. Me encargaré de todo.

El corazón le latía de tal manera, que ella pensaba que le acabaría por quebrarle las costillas. Debía tratar de serenarse si quería llegar a Stirling para estar junto a William.

—Lo sabía. Esta tardanza en tener noticias tuyas... —le decía a su madre cuando estuvieron a solas en su alcoba—. Esta desazón que tenía presagiaba algo malo. Y mira...

Se derrumbó dejándose caer sobre una silla porque no tenía ni idea de cómo reaccionar. La noticia la había dejado abatida. Tenía la mirada perdida. Estaba pálida, temiendo lo peor después de todo.

—No está muerto, ya has escuchado a sus hombres. Solo está herido. Y no se teme por su vida.

—Lo sé, pero... Creo que lo mejor es que esté a su lado. Se lo debo por cómo se ha portado conmigo. Por la manera en la que salió detrás de mí cuando me capturaron. Por...

—Por lo que sientes hacía él —le interrumpió su madre para tranquilizarla y hacerle ver cuál era la realidad de su decisión.

Bronwyn se quedó callada al escuchar a su madre decirle aquello de una manera tan directa, y que no dejaba lugar a dudas, ni a excusas por su parte. Luego, bajó la mirada y cerró los ojos antes de hablar.

—Me aseguró que, si él caía en la batalla, yo no tendría de qué preocuparme después de todo. Ya no estaría obligada a compartir mi vida con él en un compromiso que me aseguro que yo no deseaba. Me reí de sus palabras y le aseguré que no era lo que yo deseaba que sucediera. No quería que cayera muerto. ¡Maldita sea! —maldijo levantándose de la silla como si fuera un resorte debajo de ella.

—Y no lo hará —Margaret Murray sujetó a su hija por el brazo y la volvió hacia ella para mirarla a la cara—. ¿Qué sientes por él? Dime la verdad porque la reacción que has tenido hace

un momento, ha puesto de manifiesto que en verdad no deseas la ruptura del compromiso por lo que sientes hacia el joven Douglas.

Bronwyn sacudió la cabeza al escuchar a su madre. Se sintió confusa con su manera de mirarla. ¿Qué intuía ella?

—No sé cómo definirlo, pero siento que necesito estar con él en estos momentos. Nada más. Que se lo debo, ya te lo he dicho —Se apartó de su madre dándole la espalda para ir a preparar lo que necesitaba para su viaje.

Margaret Murray sonrió al ver la reacción de su propia hija. No sabía lo que sentiría por el joven Douglas, pero intuía que su reacción para ir a su lado en este momento no era solo por la manera en la que él se había comportado. Era porque en el fondo, ella lo amaba. O estaba aprendiendo a hacerlo.

—Te engañas, querida hija. No es el deber lo que te empuja hacia Stirling, sino tu corazón.

Bronwyn no se detuvo en su camino a Stirling salvo lo necesario para comer algo y dar algo de reposo a los caballos. Pero en seguida volvió a ponerse en marcha. No quería perder tiempo en el viaje por temor a que William empeorara. Sus inquietudes de días pasados ahora no le parecían algo que ella se hubiera estado imaginando. Habían sido el presagio de que algo malo había sucedido con su prometido.

Apretó el paso cuando divisó la fortaleza de Stirling sobre la loma. Ninguno de sus compañeros de viaje se atrevió a hacerla cambiar de idea con respecto a no descansar y seguir la marcha. Entendían lo que podría estar sintiendo si se ponían en su lugar. Pero lo que más les había llamado la atención había sido la entereza y la determinación de ella para continuar la marcha.

Entraron al galope en la ciudad dirigiéndose al castillo. Y nada más aparecer en el patio varios hombres, entre los que se encontraba su propio padre, salieron a su encuentro alertados por el sonido de los cascos de los caballos.

Bronwyn saltó del suyo antes si quiera de que este se hubiera detenido del todo. Su padre lo agarró por las bridas para que nada malo le sucediera a su hija.

—¿Dónde está? ¿Quiero verlo?

—Te llevaré con él.

Bronwyn siguió a su padre al interior de la fortaleza cruzando varias estancias y pasillos hasta detenerse frente a la alcoba en la que William descansaba. La puerta estaba abierta porque había alguien. Un hombre se inclinaba sobre él para comprobar su estado. Bronwyn permaneció dubitativa sobre su acceder al interior o permanecer en el umbral hasta que él terminara.

—Es el médico del rey —le susurró su padre haciendo un gesto hacia el hombre—. Ha estado pendiente de él desde que lo trajeron herido. Ayer se encontraba mejor, según dijo. No te preocupes por él, tu prometido es fuerte.

Bronwyn pareció esbozar una media sonrisa, algo tímida ante esas palabras de su padre. No le cabía la menor duda de que lo era, pero la angustia que sentía en su pecho al verlo en aquel estado no la dejaba mostrar su acuerdo con esas palabras. Por fin el médico se volvió hacia ellos. Al reconocer a Archibald Murray se dirigió a este.

—Va mejorando poco a poco. La herida del hombro casi está cerrada, y la del costado va por buen camino. Por suerte para él, la cuchillada fue de refilón, una especie de zarpazo, diría yo. Suerte que llevaba la coraza de cuero. No creo que tarde mucho en recuperarse.

—¿Vivirá? —preguntó Bronwyn anticipándose a su padre en las preguntas.

El tono de anhelo en la voz de ella lo hicieron sonreír.

—Está vivo, como podéis ver. En cuanto a las heridas, he visto que tiene cicatrices más importantes que estas dos últimas, muchacha. Su cuerpo ha soportado un buen número de batallas. No creo que estas dos últimas heridas acaben con él. Os lo aseguro. Y ahora, si me disculpáis, debo seguir visitando a los heridos —dijo saliendo de la habitación, pero se volvió en último momento—. Avisadme ante cualquier cambio. Ya que imagino que os quedaréis con él —dijo entornando la mirada con una sonrisa bastante significativa antes de caminar fuera de la habitación.

—Descuidad que lo haré —asintió ella sin entender por qué le había dicho eso. Se volvió hacia su padre—. Me quedaré a su lado.

—No esperaba otra cosa después de haber cabalgado desde la corte hasta aquí como si el

diablo quisiera llevarse tu alma.

Bronwyn sacudió la cabeza.

—No quiero que este se lleve la de él —dijo acercándose a la cama para contemplar el rostro del joven Douglas y experimentar un ligero golpe en el pecho al verlo tan inmóvil, tan desprotegido. Le parecía increíble que aquel hombre que ahora se mostraba indefenso antes ella, pudiera comportarse como el guerrero que era.

Permaneció en la habitación velando el sueño de William sin moverse de su lado durante los días posteriores a su llegada al castillo de Stirling. Estaba en deuda con él por cómo se había comportado con ella. O tal vez había algo más después de todo, como le había asegurado su madre. Un sentimiento más fuerte que el propio honor o el deber. La manera en la que lo contemplaba hacía que se le encogiera el estómago. Quería que se recuperara cuanto antes para que pudiera disfrutar de la libertad por la que había luchado durante años sin descanso. Y cuando la había obtenido, él se encontraba postrado en una cama.

—¿Cómo se encuentra?

La voz de su madre la hizo volverse. Esta había llegado hacía días desde la corte. Le llevaba algo de comer porque ella se negaba a dejar la alcoba si quiera para bajar a comer al salón. Le había asegurado que no la abandonaría hasta que él no despertara.

—Sigue durmiendo. Ha movido la cabeza en un par de ocasiones y ha murmurado algo en sueños. Nada más.

—Tal vez deberías descansar un poco. Salir de la habitación durante algunas horas. Hay gente de sobra para velar su descanso, yo misma puedo relevarte —le recordó su madre posando la mano sobre el hombro de ella.

—Lo sé. Y os agradezco que os preocupéis por mí, pero quiero estar cuando abra los ojos. Siento que se lo debo por todo lo que ha hecho por mí.

—Lo entiendo, pero... —comentó su padre preocupado por el devenir de los acontecimientos.

—Deberías comer algo, al menos —insistió su madre dejando la bandeja sobre la mesa—. Si vas a pasarte aquí el día y la noche, al menos tienes que reponer fuerzas, o acabarás agotada.

Bronwyn sonrió. Hizo ademán de levantarse cuando un gruñido procedente de la cama la alertó, obligándola a volver hacia esta con el corazón en un puño. William movía la cabeza y gruñía, e incluso entreabrió los labios como si fuera a decir algo. Ella se inclinó sobre el rostro de él. Tenía el ceño fruncido. Una exclamación de dolor la alertó.

—Debería ir a buscar al médico —dijo su padre.

William parpadeó en repetidas ocasiones, extrañado tal vez por la luz que le daba en el rostro. Entrecerró sus ojos y gruñó una vez más. Durante un momento, se quedó con la mirada fija en ella. Inspiró como si esto le reportara más fuerza y se humedeció los labios antes de hablar.

—Debo estar soñando... —Elevó su brazo con intención de rozarle la mejilla y sonrió de manera leve.

Bronwyn le cogió la mano y posó sobre su rostro. Una especie de bruma empañó su mirada. Su corazón comenzó a ganar velocidad por la emoción que le producía verlo despierto.

—Dejadme ver —La voz de médico la alertó y se apartó de la cama para dejarle espacio.

—Sois más terco de lo que yo pensaba. Os habéis empeñado en seguir entre los vivos y lo habéis conseguido.

—No lo sabéis bien.

—¿Os duelen las heridas?

William sonrió ante la pregunta.

—El cuerpo entero me duele.

—¿Podéis incorporaros? Con la ayuda de vuestra futura esposa, será suficiente para ayudarme —dijo lanzando una mirada a Bronwyn—. Pasadle un brazo por la espalda y ayudarlo a sentarse mientras yo hago lo propio por este otro lado.

William se quedó contemplando el rostro de ella, tan cerca del suyo, que podía ver su propio reflejo en su mirada. Su cabello le rozó la mejilla encendiendo sus recuerdos de días pasados. Le dedicó una sonrisa y ella la acusó en su interior. Una ola de calidez la invadió aumentando su nerviosismo. Decidió centrarse en la labor del médico y no quedarse mirando a William.

—Bueno, el hombro parece que está cerrado —comenzó explicando mientras retiraba el vendaje y presionaba aquí y allá con la mano—. ¿Os duele?

—No. No tengo la menor molestia.

—Intentad moverlo. Despacio —le pidió apartándose del borde de la cama.

William hizo lo que le pidió y movió su brazo sin problema alguno.

—No me molesta.

—La flecha entró limpia en vuestro hombro, pero no causó ningún desgarró interno. De lo contrario el resultado habría sido diferente. Veamos el costado. Quién intentó acuchillaros os cogió por sorpresa, pero al mismo tiempo solo os rozó. Un corte superficial en vuestra carne, aunque imagino que vuestra coraza quedaría inservible. Pero os salvo la vida, sin duda.

Bronwyn no apartaba la mirada del cuerpo de él. De apariencia robusta, su musculatura estaba definida por los años que había pasado batallando contra los ingleses. De igual manera que estaba salpicado de recuerdos de los años que había pasado peleando contra los ingleses. Pero no le restaba un ápice de atractivo. No quiso pensar en la boda, ni en su compromiso, ni en lo que sucedería la misma noche...

—Joven Douglas, creo que podéis salir de la cama cuando os plazca. Veo que ambas heridas están en perfectas condiciones. Habéis recuperado el sentido, creo que una buena comida os vendrá bien. Si necesitáis algo, mandar a llamarme. Pero soy consciente de que la compañía de vuestra prometida será la mejor cura —le aseguró entornando la mirada hacia Bronwyn, quien se ruborizó al darse por aludida.

—Os agradezco vuestros cuidados y atenciones —comentó William mirando al médico.

—Yo más bien se lo agradecería a ella —señaló a Bronwyn una vez más—. No ha querido salir de esta alcoba desde que llegó de la corte y os vio. Ha estado a vuestro lado día y noche. Cuidándoos, velando vuestro sueño. No, joven Douglas, si hay alguien a quién debáis agradecer los cuidados es a vuestra prometida.

William volvió el rostro hacia ella para quedarse contemplándola incapaz de pronunciar una sola palabra. La explicación del médico lo había dejado sin capacidad de reacción.

—Os acompaño —dijo Archibald Murray—. Y de paso informaré a vuestro padre y al rey Robert de que estáis a salvo —dijo lanzando una última mirada a William, quien seguía perdido en la mirada de Bronwyn.

—Creo que es mejor que me marche, ahora que ya estáis despierto. Supongo que querréis asearos y vestiros —lanzó una mirada de refilón y se volvió a fijar en su torso desnudo. Pero justo cuando hizo ademán de irse, la mano de él la retuvo, obligándola a volverse hacia él.

—No te marches —le pidió tuteándola por primera vez desde que la conocía.

Ella arqueó las cejas, sorprendida tal vez por este gesto. Pero, ¿por qué quería que se quedara?

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

La obligó a sentarse sobre la cama, sin soltarle la mano en ningún momento, mientras la contemplaba como si no la conociera. Como si fuera la primera vez que la veía y se quedara

atrapado en su belleza.

—Quería agradecerte que hayas estado a mi lado día y noche como ha asegurado el médico.

—Era lo menos que podía hacer por ti después del tiempo que has pasado a mi lado para que nada malo me sucediera. No podía dejarte solo —le aseguró sin mencionar el asunto del compromiso porque no quería tratarlo en ese momento. No quería asegurarle que era más bien su obligación siendo su prometida, pero si él tenía pensado romperlo, no tenía sentido hacer referencia a este.

—Entiendo.

William asintió con gesto turbado. ¿Era ese el motivo por el que estaba allí? ¿Por qué se lo debía por la manera en la que él se había comportado con ella en todo momento? ¿No había nada más? ¿Ni si quiera un ápice de cariño? Se preguntó furioso. ¡Maldita fuera, creía que tal vez se debiera a algún sentimiento hacia él! Si de verdad supiera lo que él había comenzado a sentir por ella... Y que no iba a romper el compromiso como le aseguró en su día. Y no porque cómo le había dicho su padre, el rey Robert quería que la fortaleza de Stirling estuviera en mano de un clan escocés leal a él, sino porque no quería que saliera de su vida. ¿Por qué ella no había hecho ninguna referencia al mismo?

Ella atisbó cierta desazón en su rostro. Lo vio fruncir el ceño y apretar los labios con gesto serio e incluso algo frío a su parecer. Como si no esperara esa respuesta por parte suya. Pero, ¿qué esperaba entonces? Le había asegurado que una vez que Stirling estuviera en manos del rey Robert, él acudiría a este para solicitar el fin del compromiso. Y estaba segura de que en pocos días se lo comunicaría porque era lo que él deseaba. Su reacción se debía a que como le había contado a su madre, había sentido un vacío en su interior al no estar cerca de él. Una sensación desconocida que solo podía significar que se estaba enamorando de él. Pero no quería hacerle partícipe de sus emociones y de los miedos que había experimentado desde que se separaron en el bosque de Torwood. De la angustia vivida en la corte pensando que algo malo le podía suceder, y después de conocer que estaba herido, el temor a que muriera. Inspiró y se levantó de la cama con la intención de marcharse.

—Sería mejor que te dejara a solas para que te asesaras y te vistieras.

—Supongo que podré verte más tarde —La dejó ir mientras él permanecía con su brazo extendido, y la mano abierta esperando que ella la tomara de nuevo y regresara a su lado.

—Sí, claro —le aseguró sorprendida por su petición.

—En ese caso, me daré prisa en resolver los asuntos con mi padre y con el rey... Y después iré a buscarte.

Aquella promesa quedó oscurecida por lo que dijo. Tenía asuntos que tratar con el rey Robert. ¿Tal vez eran lo concernientes a su compromiso? ¿Iba a romperlo sin decirle nada? No encontró las fuerzas para rebatir esas palabras.

—Como quieras.

William la observó caminar hacia la puerta y cerrarla cuando salió al pasillo. Él permaneció sentado en la cama sin variar su postura. Había algo que lo inquietaba. Ella se había pasado los días y las noches a su lado en aquella alcoba, solo porque... ¿creía estar en deuda con él por su comportamiento? Abandonó la cama como si fuera una tormenta a punto de descargar. Buscó su ropa y se vistió con celeridad y luego se fijó en la bandeja con comida que había sobre la mesa. ¿Era para él? No quiso esperar que alguien le respondiera y la atacó con ferocidad debido al hambre que tenía.

Bronwyn abandonó la alcoba enfurecida y dolida por la situación vivida. ¡Iba a ver al rey en

cuanto se vistiera! No parecía que fuera a perder el tiempo en pedirle que rompiera el compromiso. El rey había logrado su objetivo con la unión a su clan y por lo tanto ya no era necesario seguir adelante con el compromiso, pensó camino del exterior, apretando los puños contra sus muslos, en un gesto de rabia contenida.

Había cabalgado sin respiro desde la corte en la capital hasta Stirling temiendo que no volviera a verlo con vida. Había pasado las noches lado velando su sueño y comprobando que no tuviera fiebre. Todo ese comportamiento le parecía estúpido por su parte en ese momento. No vio a su madre cuando pasó por su lado. El ahogo que sentía en su pecho y las lágrimas que abnegaban sus ojos no se lo permitieron. Pero Margaret si se dio cuenta del semblante que llevaba su hija. Pensó que estaría feliz y dichosa porque el joven Douglas estaba repuesto de sus heridas. Y en cambio, le había parecido que lloraba.

—Luego, te veo, Aldrich —dejó a la mujer con la que estaba hablando y salió en pos de su hija. La encontró en el patio del castillo caminando de una manera más sosegada. Con la mirada levantada hacia lo alto mientras las lágrimas recorrían sus mejillas—. ¿Puedo saber qué te ocurre? Has pasado por mi lado como un huracán, sin pararte a mirarme. ¿Por qué esa cara y esos ojos enrojecidos por el llanto? —La sujetó de los brazos contemplando su rostro. El dolor se reflejaba en este—. Creía que estarías dichosa por ver a William recuperado.

—Va a hablar con el rey —le dijo sin pensar en nada más, mientras se soltaba de las manos de su madre, y gesticulaba de manera furiosa.

—Es lógico después de estar días en cama, y haber pasado por la batalla. Tendrá que ponerse al día en cuanto al resultado de todo lo sucedido. ¿Por qué esa cara?

—Seguro que cumplirá la palabra que me dio.

—¿Cuál?

—Romperá el compromiso una vez que Stirling fuera liberada de los ingleses.

—Sigues empeñada en eso. Me pregunto si no serás tú la que desea que lo haga, después de todo.

—Es un hombre de palabra, ya lo has visto. Prometió defenderme y protegerme, y lo ha cumplido. Yo era la llave para liberar Escocia del dominio inglés. Ya no soy necesaria —le recordó enrabiada consigo misma porque había permitido que los modales y el carácter de él se adueñaran de su interior... de su corazón y de su pensamiento.

—No va a hacerlo. De manera que tranquilízate.

—Sigues en tus trece.

—Eres joven, hija. Ya te irás dando cuenta con el paso del tiempo, pero no me equivoco si te sigo diciendo que romper el compromiso es lo último que se le ocurriría hacer al joven Douglas.

Bronwyn enmudeció debido a el llanto parecía haber cesado, y se encontraba algo más sosegada, que porque quisiera creer a su madre. Su respiración se fue acompasando a los latidos de su corazón y las lágrimas dejaron de recorrer sus mejillas. Pero el estado de agitación persistía.

—Es mejor que me ponga a hacer algo. No quiero estar pensando en él y en... —Se detuvo cuando lo vio aparecer en el patio. Llevaba un jubón de color azul ajustado con su cinturón. No llevaba armas, lo que le confería un aspecto menos violento. No la había visto, todavía. Y al momento sus dos amigos acudieron junto a él. Ella experimentó un vuelco en su pecho, pero prefirió ignorarlo. Sacudió la cabeza pensando que no sería capaz de hacerlo como le sugería su madre. Inspiró y contempló a William reunirse con sus dos amigos, pero no dijo nada más.

—Ya te has repuesto —comentó Malcom al ver a su amigo salir al patio del castillo con gesto

taciturno.

—Sí. Por fin he conseguido abandonar esa maldita cama.

—¿Qué tal las heridas? —Angus hizo un gesto hacia él con la mano.

—Mejor. El hombro ya casi no me molesta. Puedo moverlo sin problema alguno. Y la herida del costado no fue tan grave al parecer. Solo un corte superficial en parte gracias a la coraza.

—Pues te has pasado varios días en cama. Por no mencionar tu aspecto cuando te recogimos. ¿Recuerdas? Tenías una rodilla hincada en el suelo y jadeabas por el esfuerzo y las heridas. Te apoyabas sobre tu espada —le aseguró Malcom recordando aquel momento.

—Llegamos a pensar que no saldrías de esta —le dijo Angus posando su mano en el hombro de él—. Pero por suerte nos equivocamos.

—Sí. ¿Y vosotros? Veo que estáis bien. ¿Alguna herida?

—Algunas contusiones y rasguños superficiales —le respondió Angus.

Hubo un momento de silencio mientras William veía a Bronwyn alejarse junto a su madre. Tanto Angus como Malcom siguieron la mirada de este y se fijaron en la joven Murray.

—Supongo que no te han contado que fuimos a comunicarle la noticia por orden del propio rey Robert, y de su padre, Archibald —siguió diciendo Angus mientras observaba como le cambiaba el semblante a su amigo—. Deberías haber visto la expresión de su rostro cuando lo supo.

—Y la velocidad y determinación con la que reaccionó. No esperó ni un solo segundo en emprender viaje desde la corte hasta aquí —añadió Malcom.

William se sintió bastante turbado por saberlo.

—Pensaba que no se lo había dicho nadie, sino que tan solo se presentó aquí al saber que Stirling volvía ser escocesa —murmuró casi sin aliento, sintiendo el nudo en la garganta por conocer su reacción.

—No, no. No paró de cabalgar hasta que llegó. No he visto a nadie con esa determinación. Créeme —le aseguró un Angus que volvía a rememorar el viaje que habían tenido hasta Stirling sin apenas parar para descansar.

—Y una vez aquí no quería abandonar la alcoba en la que te encontrabas postrado —añadió Malcom—. No entiendo mucho de sentimientos ni de amor, pero creo que ella siente algo parecido por ti. De lo contrario no creo que hubiera tenido esas dos reacciones.

—Gracias por decírmelo. Si me disculpáis, tengo que hablar con el rey, y con mi padre.

—Sí, vete a verlo. Ya seguiremos la charla en otro momento.

Permaneció confuso con todo lo que sus dos amigos le acababan de contar. No podía terminar de creer que ella hubiera cabalgado desde la corte en Edimburgo hasta Stirling cuando supo que él estaba herido. Se suponía que ella no quería ese compromiso que había entre ellos, ni mucho menos verse abocada a un matrimonio. Pero, entonces, ¿por qué se había comportado así? ¿Por la manera en la que lo había hecho él? ¿Por el honor de su propio clan?

—William —la voz su padre captó toda su atención. Levantó la mirada del suelo hacia este. Se sintió satisfecho de no tener que andar preguntando dónde estaba el rey. Este, su padre y Archibald Murray aparecieron de repente en el patio del castillo. Los tres charlaban de manera distendida—. ¿Ibas a algún sitio en concreto?

—Os estaba buscando —respondió haciendo una señal a Robert Bruce.

—Pues ya me habéis encontrado. Celebro veros repuesto después de varios días en la cama por las heridas sufridas —le aseguró el rey estrechando la mano del joven Douglas—. ¿Qué deseáis de mí?

Por un momento William pareció dudar entre si lo más acertado era referirse a su

compromiso. Por un lado, Stirling había vuelto a manos escocesas y no creía que fuera necesario seguir con ello adelante. Por otro, su padre le aseguró que el rey quería que la fortaleza estuviera en manos del clan Douglas. Y lo que no esperaba era escuchar lo que sus dos amigos le habían contado de cómo se había comportado Bronwyn. Pensar en todo ello hizo que cambiara su pensamiento inicial.

—Quería saber cómo fueron las cosas en la batalla. Veo que habéis recuperado esta fortaleza y que no hay rastro de los ingleses.

—Así es. Hemos recuperado el último castillo importante de Escocia que estaba en manos inglesas. Es cierto que todavía queda alguna fortaleza menor cerca de la frontera que todavía estar en manos de Eduardo. Pero será cuestión de tiempo que lo hagamos. Lo importante era recuperar este castillo —dijo girando sobre sí mismo para tener una visión de todo este—. Hablábamos del estado en el que se encuentra.

—Bastante entero —señaló William haciendo lo propio.

—Sí. Por suerte no hemos tenido que realizar un asedio con lo que esto supondría. Y es de agradecer la inestimable ayuda de los propios ciudadanos de Stirling, quienes salieron a combatir a los ingleses.

—Fue toda una sorpresa y su ayuda nos vino muy bien. ¿Qué ha sido del rey Eduardo?

—Será mejor que sea vuestro padre el que os lo relate.

William lo miró con sorpresa. ¿Por qué su padre?

—Lo perseguimos a caballo hasta que llegó a las inmediaciones del castillo de Berwick. Parece ser que se ha acantonado en este con algunos de sus caballeros.

—¿Tenéis pensado sitiario y atacarlo? —preguntó William al rey con una mezcla de querer estar presente si esto sucedía.

—Por el momento tenemos que reponernos de la batalla de Bannockburn. Con el tiempo lo haremos, como os he dicho. Tenemos soldados apostados en las cercanías de Berwick vigilando los movimientos de Eduardo. Tal vez incluso se acabe marchando cuando comprenda que no puede hacer nada por retomar las principales fortalezas de Escocia. Pero eso es algo que ahora mismo no os debería preocupar sino más bien vuestra futura boda...

Los tres hombres lo contemplaron con una sonrisa de satisfacción.

—Stirling ha cambiado de manos, y quedamos en que cuando lo hiciera celebraríamos vuestra boda con la joven Murray —le recordó Robert Bruce mirando a Archibald.

—De eso quería hablaros también...

William se mostraba nervioso puesto que su futuro estaba más que nunca en juego. ¿Iba a pedirle la anulación del compromiso después de conocer el comportamiento de ella? Por otra parte, no estaba hablando en serio cuando se lo aseguró a ella. Era su orgullo el que lo había hecho porque la joven Murray no dejaba de sacarlo de quicio. Pero le agradaba que lo hiciera. Y porque siempre había dicho que no quería casarse con un Douglas. Pensaba que era lo que ella deseaba, y por ese motivo se lo dijo. Pero lo últimos acontecimientos vividos, le habían dejado claro todo lo contrario.

—Imagino que querréis casaros lo antes posible —dedujo el rey mirando a William con una amplia sonrisa.

—Sí. Eso quería pedirlos. Que fuera lo más pronto posible.

—Veo que después de todo habéis conseguido congeniar con la joven Murray.

—Sí, sí.

—Me han contado que no ha querido separarse de vuestro lado desde que llegó al castillo. Es una muchacha llena de valor y coraje para emprender el camino desde la capital hasta aquí.

—A mí también me lo han contado. Es un gesto que le honra.

—Supongo que pese a que en un principio fuera un compromiso por obligación política —miró a Archibald Murray buscando su aprobación—. Al final parece ser que ha surgido un sentimiento de cariño mutuo. Tampoco olvido la manera en la que os comportasteis la noche que entraron en el campamento para raptarla.

William asintió recordando aquel episodio. Fue la primera vez que la consideró como algo suyo. Algo que le importaba. Y no precisamente porque le hubieran ordenado protegerla para que nada malo le sucediera. Había temido perderla, pero no por la libertad de su nación, sino por él mismo. Se había acostumbrado a su presencia, a tenerla cerca de él de una manera que no comprendía. Aquella noche comprendió que el vínculo que la ataba a ella no tenía nada que ver con la política ni la libertad de Escocia.

—Está bien. Hablaremos sobre la boda y también acerca del castillo. Os lo prometí a ambos clanes —recordó el rey mirando a Archibald Murray y al propio William—. Y confío en no tener que recurrir a vos en el futuro para pelear con los ingleses.

—Podréis hacerlo cuando me necesitéis. Si planeáis sitiar Berwick... —le dijo William temeroso de que el hecho de que se casara significara que no volvería a contar para el rey en caso de una nueva guerra.

—De momento terminar de reponeros de vuestras heridas y contusiones. Y luego centraros en la boda y vuestra futura esposa.

William asintió sin mediar palabra. Toda aquella situación lo estaba superando. Nunca pensó que llegaría el día en el que pensara en una mujer, en una compañera para toda la vida. Pero ese día había llegado.

—Deberías descansar, hijo. Todavía estás débil.

—Tal vez sea lo más sensato después de todo. Esta situación me está dando dolor de cabeza.

El viejo Douglas sonrió al ver el comportamiento de su hijo y cómo le estaba afectando todo aquello. Después de todo y como había señalado el rey Robert, lo que empezó como un compromiso político, había derivado en algo más personal por parte de ambos.

Bronwyn no volvió a ver a William hasta el momento de presentarse en la cena que el rey daba en honor a sus caballeros y de la victoria cosechada. Robert Bruce quería rendirle homenaje por su entrega y su lealtad. También quería honrar a los caídos en la batalla porque la pérdida de sus vidas no había sido en vano. Y se merecían todo el reconocimiento. Presidiendo la mesa se encontraban ambos.

Bronwyn había estado charlando durante un tiempo largo con Robert Bruce, quien se había mostrado muy interesado por su próxima boda. Por cómo marchaban los preparativos para la ceremonia. Se había ofrecido en ayudarla en todo lo que necesitara. Le había asegurado que su enlace estaría colmado de felicidad porque se celebraría en un momento importante para el país. Y en un lugar emblemático como lo era el castillo de Stirling, la última fortaleza recuperada a los ingleses en suelo escocés.

William se puso en pie con la copa en su mano y brindó en honor a todos ellos. La joven Murray permanecía a su derecha, lo que le permitía controlar sus movimientos por el rabillo de su ojo. La encontraba muy atractiva esa noche. Se había recogido parte del pelo en una especie de corona alrededor de la cabeza, dejando que el resto cayera suelto. Se había puesto un vestido color rojo que resaltaba la palidez de su piel. La tela se ajustaba a su cuerpo como un guante lo hacía a la mano. Tenía la necesidad de mirarla y de quedarse contemplándola. Y lo hizo cuando se volvió hacia ella para brindar.

Ella asintió y correspondió al brindis por los caídos en la batalla. Percibió la mirada de él fija en su rostro. De una manera que le provocaba una taquicardia que no lograba contener. Se ponía más y más nerviosa a cada instante. Él no le había comentado nada acerca de su reunión con el rey, y ella no se atrevía a preguntarle por esta porque intuía lo que le diría. Y no quería escuchárselo decir. Estaba convencida de que William le habría solicitado la anulación del compromiso, aludiendo a que ella así lo quería. O que Stirling ya estaba en manos escocesas de nuevo. Volvió a sentarse e intentó despejar su mente de esos pensamientos. Si él se lo había pedido al rey y este había aceptado, ya no había más qué hacer ni decir. Dejó su mirada fija en el vacío sin querer pensar en nada. Ni si quiera escuchó las palabras del propio Robert Bruce, que la tenían como sujeto de estas. Y no fue hasta que se dio cuenta de que todos se habían vuelto a poner de pie y la estaba contemplando mientras aplaudían. Los nervios le apretaron el estómago al sentirse el centro de atención de todos los comensales. El propio rey la miraba de manera fija y aplaudía.

—Deberías levantarte y saludar, hija —le susurró su madre instándola con su mano a que lo hiciera.

Bronwyn se sentía fuera de lugar en ese momento. Hizo lo que su madre le pidió sin comprender por qué todos la contemplaban en ese momento con sus copas en la mano, de nuevo. Se volvió hacia William, permanecía de pie, a su lado con la mirada fija en su rostro. La sonrisa de él no consiguió calmarla, sino todo lo contrario.

—¿Qué sucede? —logró preguntarle en un susurro.

—El rey nos están felicitando por nuestro compromiso.

—¿Qué...? —balbuceó sin entender qué estaba sucediendo allí.

—¿Has olvidado que tenemos uno? El rey acaba de proclamar ante los presentes que en unos días se celebrará nuestra boda.

Ella apartó la mirada del rostro de William y sacudió la cabeza. Estaba aturdida por lo que sucedía. ¿Iba a casarse con ella? Pero... Si le había asegurado que le pediría al rey que anulara el compromiso...

—No, pero... —Sintió un leve dolor de cabeza en ese momento. Toda aquella situación parecía superarla.

—Hija, deberías agradecer al rey sus palabras. Vas a convertirse en la señora de este castillo en pocos días —le aseguró su madre.

Bronwyn la contempló sin capacidad de reacción. Le costaba hablar e incluso respirar. Tanto que creía ahogarse debido a los nervios que padecía. Se limitó a asentir en dirección al rey Robert y a los demás invitados agradeciéndoles su gesto. Poco después, cuando todos se hubieron sentado de nuevo y la charla y las risas se adueñaron de nuevo del salón, ella echó su silla hacia atrás y lo abandonó de manera presurosa. Tan solo unos pocos parecieron darse cuenta de ello, entre estos, William.

Margaret miró al joven Douglas como si buscara en él la respuesta al comportamiento de su hija. Pero este negó con la cabeza y encogió los hombros antes de salir tras ella.

—No os preocupéis. Yo la encontraré —le susurró a la madre de ella cuando vio el temor y la incompreensión reflejados en su rostro.

Bronwyn había abandonado el salón sin rumbo fijo. Solo quería correr y salir de este porque de repente había sentido una opresión en el pecho, que amenazaba con asfixiarla de un momento a otro. Corría hacia el patio donde el viento nocturno la acogió en sus brazos. A los pocos segundos se sintió algo más calmada. Comenzó a recuperar el dominio de su respiración y de los latidos de su corazón. Cerró los ojos e inspiró. ¿Qué le había sucedido en el salón? Escuchó el

sonido de pasos detrás de ella y se volvió para enfrentarse a William. Se había detenido a pocos pasos de ella contemplándola con gesto sorpresivo, sin duda por su reacción.

—¿Por qué has salido corriendo del salón?

El tono de su voz no era autoritario, sino sosegado y con un toque de incredulidad por lo vivido. Eso la tranquilizó porque temía encontrarse con una mirada o unas palabras airadas hacia ella por lo que había hecho. Pero no fue así.

—No esperaba que el rey anunciara mi compromiso y mi boda... Me ha cogido por sorpresa. Eso es todo —le aclaró de manera atropellada volviéndose para darle la espalda y seguir caminando sin rumbo fijo. Sabía que él la seguiría y no tardó en volver a escucharlo.

—Tu reacción me ha sorprendido, y lo mismo puedo decir de tu madre.

—Yo sí que estoy sorprendida por todo esto —le confesó girándose hacia él para poder mirarlo de frente y pedirle una aclaración—. Se suponía que ibas a pedirle al rey que cancelara nuestro compromiso... Me lo dijiste.

Había sorpresa en la mirada de ella. Y él lo entendía. Le había asegurado que lo haría en cuanto Stirling fuera escocesa de nuevo. Se acercó a ella con paso lento, sin perderle la mirada en ningún momento. Le quedaba claro que no era lo que ella deseaba en ese momento.

—¿Por qué cabalgaste desde la corte en Edimburgo hasta aquí cuando te dijeron que estaba herido? ¿Por qué te has pasado las noches velando mi sueño sin abandonar mi alcoba ni un solo instante? Me pediste que siguiera vivo, y casi no cumplo la promesa que te hice...

Aquellas preguntas la cogieron por sorpresa. No esperaba que él cambiara el tema de la conversación. Ella suponía que se acabaría enterando por Angus y Malcom. Se sentía tocada por la manera de contemplarla de él, pero también porque se había puesto en evidencia con su comportamiento.

—Ya te dije que estaba en deuda contigo.

William cruzó los brazos sobre su pecho y asintió.

—En ese caso, ¿estamos en paz?

No pareció entender su cuestión y lo que hizo fue asentir. No iba a confesarle que había tenido miedo por él. Miedo a perderlo. No sabía muy bien que le había sucedido con él. Si desde un primer momento lo odió por ser quien era, el tiempo transcurrido a su lado parecía haberla hecho cambiar de opinión. Pero no se lo diría. No quería sentirse más vulnerable de lo que ya era después de admitir los hechos que él le había referido.

—Puede decirse que sí. Y ahora, responde tú a mi pregunta, ¿por qué has cambiado de parecer? No le has pedido al rey que revoque nuestro compromiso.

—No —dijo de manera tajante mirándola a los ojos.

Ella se sintió algo intimidada al escucharlo y al sentir su mirada sobre ella.

—¿Por qué? Pensaba que era lo que querías...

—Tal vez en un momento lo deseé. Pero también te confesaré que lo hacía por ti.

—¿Por mí? —Bronwyn sintió una ligera taquicardia que no quería que fuera a mayores.

—Siempre dejaste claro que no era lo que deseabas. Lo percibía en tu manera de mirarme. Entiendo que el clan Douglas no siempre ha sido considerado con buenas palabras. Te lo comenté en su momento. Nos utilizaron como monedas de cambio —sonrió sacudiendo la mano en el aire con desgana.

—Sí, es verdad. ¿Y ahora qué somos?

—Para mí sigues siendo mi prometida y futura esposa. Señora de este castillo. Excepto que seas tú la que hable con el rey y le pida que lo anule —Se había acercado tanto a ella que podía contemplar su reflejo en sus ojos—. Aquella noche no te salvé de los captores porque fueras

importante para el rey o para Escocia. Lo eras para mí. Y ya te aseguré que nadie tocaría lo que era mío.

Ella experimentó un leve sobresalto que él se apresuró a contener sujetándola por los brazos. Estaba temblando como una hoja al compás del viento. Luego, esas mismas manos se deslizaron hacia su cintura y la sujetaron con autoridad, como dejando claro a todos que aquella mujer estaba destinada a él, pero también con ternura.

—Si dejé claro ante todos que eras mía, fue solo para que nadie se atreviera a hacerte pasar otra vez por lo mismo. No lo hice para dejarte claro que eras de mi propiedad, ni para amedrentarte.

Ella entornó la mirada.

—¿Por qué me dijiste entonces que anularías el compromiso aquel día?

—Por orgullo. Porque cada momento que compartía a tu lado más confuso estaba. Debo admitir que has dado la vuelta a vida sin pretenderlo.

—¿Sabes lo que he pasado pensando que al final lo haría? —Se envaró furiosa, dispuesta a golpearlo si hacía falta para dejarle claro cómo se había sentido desde ese día.

—Puedo hacerme una idea.

—No, no puedes porque no tienes la más mínima idea. Y con esa idea de que lo harías no dudé en venir desde la corte hasta aquí para verte —comenzó a sentir que las fuerzas la abandonaban y que el tono de su voz iba perdiendo consistencia, llegando a convertirse en un susurro—. He pasado todas las noches junto a tu cama deseando que abrieras los ojos pese a seguir creyendo que no me querías... e incluso, iba a pedirte que no lo hicieras.

William la vio cerrar los suyos y sacudir la cabeza por un breve instante como si rechazara todo eso que había hecho por él. Deslizó una mano bajo su mentón para obligarla a que lo mirara cuando escuchara lo que tenía que decirle. La mirada de ella brillaba en demasía porque estaba reteniendo las lágrimas. Tenía los labios entreabiertos porque jadeaba por la agitación de la que era prisionera. Él sonrió pasando el pulgar por su mentón con toda calma y delicadeza.

—¿Ibas a pedirme que no le pidiera al rey que lo anulara? Pero, sí... Era lo que deseabas.

—Antes de conocer al verdadero Douglas, pero ya no.

—Soy consciente de ello por todo lo que has hecho. Desde la noche que te besé en las caballerizas, me he estado diciendo que no podía ser cierto lo que sentía por ti.

Ella abrió los ojos como platos al escucharlo. ¿A qué se refería?

—¿Qué...? —No pudo continuar haciendo la pregunta porque él había posado un dedo sobre sus labios para que se callara.

—Voy a besarte Bronwyn, porque es lo primero que he deseado hacer desde que abrí los ojos y vi tu rostro. De manera que estás a tiempo de impedirlo si no es lo que deseas en este instante. Puedes empujarme o puedes salir huyendo.

Ella frunció el ceño como si estuviera molesta por su comentario.

—No puedo luchar contra ti por más que quiera. Eres demasiado fuerte y grande como para que pueda moverte con mis propias manos. Ni puedo huir porque me estás reteniendo —le recordó en relación a que él la sujetaba por los brazos en ese momento.

—¿Qué hay de tu daga? De esa que me aseguraste que guardabas para defenderte de mí, si me sobrepasaba contigo.

Ella no pudo evitar sonreír y elevar una ceja con suspicacia.

—Dejé de llevarla desde la noche en la que me demostraste cuanto te importaba. Y en la que me di cuenta que estando a tu lado no me sucedería nada malo.

—¿Y qué piensas hacer? —William deslizó una mano por su espalda en dirección al pelo que

le caía suelto por esta para enredar sus dedos entre sus mechones sintiendo su suavidad.

—Rendirme sin luchar.

—¿Tú, rendirte?

William no esperaba aquella respuesta de ella, pero menos todavía que fuera ella la que se alzara para rodearlo por el cuello e instarlo a que la besara. De manera lenta y sugerente ella se vio invadida por los labios de él primero, y su lengua después, tomando posesión de su boca al tiempo que ambos se estrechaban. Sí. Ella era perfecta, se dijo mientras la escuchaba gemir y jadear a la vez que se apretaba como si pretendiera fundirse con él.

Bronwyn sintió una sensación de bienestar en su alma. Y pensó que tal vez, después de todo, ella estuviera equivocada y que podría compartir su vida con un Douglas.

—Creo que deberías regresar al salón. Tú forma de salir de este dejó preocupada a tu madre —le comentó cuando dejó de besarla y se apartó de ella, no sin gran esfuerzo—. Al menos para dejar claro que estás bien, y que solo ha sido una cuestión de nervios.

—No. No quiero hacerlo sola. Quiero quedarme contigo. Que seamos los dos los que volvamos al interior. Soy tu prometida, y debo comportarme como tal.

—¿Lo dices en serio?

—¿Prefieres que me quede aquí?

—Tal vez sea más acertado regresar o de lo contrario podría raptarte y esconderé en mi propia habitación si te quedas conmigo... —No quería que se marchara porque la deseaba y no podría esperar a que fuera su esposa para tenerla en su cama.

—No me importaría que lo hicieras. He estado a un paso de perderte por los ingleses, Douglas. No quiero tener otra vez esa sensación de ahogo en mi interior. Ni tampoco el vacío que he experimentado cuando te has ido de mi lado. No cuando me he dado cuenta de cuánto me importas.

No supo qué decirle ante aquellas palabras. Se limitó a volverla a retener contra él y a mirarla a los ojos de manera fija.

—No permitiré que vuelvas a sentirte así —le aseguró inclinándose sobre su rostro para besarla de nuevo.

Regresaron al interior del salón para continuar con la fiesta que los monarcas daban en honor a todos lo que habían contribuido en la victoria sobre los ingleses. Por mucho que William deseara quedarse a solas con Bronwyn, creía que debían regresar.

Cuando lady Margaret los vio aparecer respiró algo más tranquila. Temía que su hija se hubiera marchado de Stirling cometiendo así una estupidez. Por suerte todo parecía estar arreglado. Le había asegurado que William no tenía ninguna intención de romper el compromiso con ella, a pesar de sus pensamientos, y de lo que este le había dicho en su día.

—Supongo que todo está aclarado —le comentó a su hija cuando regresó a su lado.

—Sí, todo ha quedado claro.

—¿Por qué saliste poco menos que huyendo? Por suerte muy pocos se han percatado de este hecho. Y al ver que William tampoco estaba, supongo que han deducido que estabais juntos.

—No me esperaba la declaración del rey Robert, la verdad.

—Imagino que te habrá quedado claro que William no va a romper el compromiso.

Bronwyn sonrió tímida colocándose el pelo detrás de la oreja de manera disimulada.

—Sí. Me ha quedado claro.

—De igual manera que él se habrá dado cuenta de tus sentimientos después de lo que has hecho para estar junto a él.

—Supongo —dijo contemplándolo hablar con su padre y con el rey.

—Bien, en ese caso, tenemos una boda que preparar.

Bronwyn se mordisqueó el labio y asintió convencida de que así iba a ser. Todos sus miedos porque la boda no se celebrase, se habían disipado esa noche.

William permanecía a solas en el salón después de que toda la gente se hubiera retirado a descansar. Contemplaba las llamas que se elevaban con furia en el hogar. Estaba cansado a pesar de que no quería reconocerlo. Llevaba horas fuera de la cama en la que había permanecido días

enteros restableciéndose de las heridas. La situación con Bronwyn se había arreglado y en un par de días se celebraría el enlace. Sonreía en ese momento pensando en todo lo que había sucedido hasta llegar a ese punto.

—¿Qué haces aquí? —La voz de tono dulce y cautivador lo sobresaltó. No hacía falta ser muy inteligente para saber a quién pertenecía. Volvió al rostro para ver a Bronwyn caminar hacia él, con el cabello suelto rozándole los hombros, la mirada llena de brillo y expectación. Caminó hacia él y permaneció de pie apoyando un brazo sobre la repisa del hogar. Agradeció el calor que desprendía este ya que el resto del castillo se había quedado frío—. Imagino que estarás cansado de estar tantos días en la cama, y no quieres regresar a esta.

William sonrió ante ese comentario.

—Eso mismo me estaba diciendo antes de que aparecieras. Pero, ¿y tú? ¿No tienes sueño? ¿No estás cansada? Desde que llegaste aquí no has hecho otra cosa que velarme.

—Tenía que hacerlo porque quería que mi rostro fuera lo primero que vieras cuando despertaras.

Aquel comentario calentó el corazón de William hasta cotas que nunca había pensado. Sintió una ligera opresión en el pecho, y como le costaba respirar de la emoción que sentía.

—¿Y si no lo hubiera hecho?

Ella sacudió la cabeza.

—Imposible —le aseguró contemplando el gesto de asombro en el rostro de él—. Me prometiste que te mantendrías con vida. Además, un guerrero como tú no puede caer en la batalla y no poder disfrutar de la libertad de su nación.

William se levantó del sillón y se quedó a la altura de ella, con la mirada baja y fija en su rostro. Ella se la devolvía con un toque de desconocimiento por lo que podía ocurrir a continuación. Entre abrió sus labios como si fuera a decir algo, pero no lo hizo y se limitó a emitir un leve gemido.

—Soñaba contigo a cada momento durante mi inconsciencia. No podía creer que todo pudiera terminar de esa manera. Sin haberme despedido de ti como debería.

—Estoy segura de que la muerte no ha querido tratos contigo en cuanto ha sabido que eras un Douglas —ironizó ella riéndose de su propio comentario.

—Si ha sido por eso por lo que me ha mantenido vivo, bienvenido sea el nombre de mi clan, ¿no crees? Pero yo creo que mi destino me deparaba algo mejor y eres tú, Bronwyn Murray —le dijo con total convencimiento mientras se acercaba más a ella deslizado una mano por su cintura para atraerla hacia él.

El contacto de sus dedos sobre la fina tela del vestido elevó la temperatura de su cuerpo. Se humedeció los labios y se dispuso a recibir el beso cuando vio que William se inclinaba sobre su rostro para tomar posesión de estos.

No se hizo esperar y él la envolvió en su abrazo, para de ese modo, profundizar el beso de una manera sensual y apasionada, llena de deseo. La sintió agitarse primero, y apretar su cuerpo contra el suyo propio a continuación. El calor comenzó a inundarla y sus pechos parecieron cobrar vida. Sintió un ligero temblor de piernas y pensó que podría caerse si no se agarraba a él de manera firme.

William la deseaba, tanto o más que desde el primer día que la vio. Llevaba tiempo controlando ese deseo, pero creía que había llegado el momento de dejarlo salir de una maldita vez. Faltaban dos días para la boda, pero él no creía que pudiera soportar no tenerla desnuda en su cama. Sin dejar de besarla la tomó en brazos y la levantó del suelo ante el gemido de sorpresa de ella. Se contemplaron en silencio durante un instante en el que los dos parecían estar

esperando que el otro dijera algo. William esperaba escucharla decir que la depositara en el suelo, que la dejara... Pero no sucedió. Y Bronwyn creía que él le preguntaría si debía seguir o detenerse. Y aunque no lo hizo, ella había tomado su propia decisión.

Él la condujo hasta su alcoba sin apartar su mirada del rostro de ella por si experimentaba algún cambio; pero no se produjo. Cerró la puerta con el pie y avanzó hacia el interior para dejarla el suelo, y enmarcar su rostro para mirarla de manera fija. Sus pulgares le recorrieron las mejillas.

—Puedes pedirme que me detenga, si así lo deseas.

—No. no quiero que lo hagas —le dijo moviendo la cabeza y esperando que él continuara.

William asintió y sonrió complacido por aquella decisión suya. Se inclinó sobre ella y la besó de manera lenta y dulce, rozando sus labios. Pero al momento el beso se volvió para apasionado y sensual. Las lenguas de los dos parecían estar peleándose en el interior de las bocas. Bronwyn se escuchó gemir cuando él deslizó sus manos por sus brazos y como el pulgar le rozaba el pecho aumentando esa extraña quemazón que se extendía desde estos hacia sus muslos. Intentó serenarse cuando él le apartó el cabello hacia un lado exponiendo su cuello. Cerró los ojos y se limitó a sentir lo que los besos le transmitían.

William no quería terminar pronto. Ella merecía toda clase de atenciones por su parte. Y se había prometido hacer que aquella noche fuera inolvidable. Observaba como sus pechos subían y bajaban al compás de su respiración cada vez más agitada. Siguió besándola en el cuello, aspirando el aroma que desprendía su piel. De manera lenta comenzó a deslizar dejar que sus manos se deslizaran por sus caderas y sus muslos, y que después iniciaran el ascenso llevando consigo la tela del vestido.

Bronwyn gimió cuando sintió la fría caricia en sus piernas y cuando la mano de él le rozó los muslos el calor se hizo más latente entre estos. Dejó que él la despojara de su vestido dejándola tan solo con una fina camisa blanca que servía de ropa interior. William se fijó en la redondez de sus pechos bajo la fina tela, y como sus pezones permanecían erguidos fruto del deseo que apostaba que estaba sintiendo. Se fijó en el sonrojo de su rostro y le pareció tímida y lasciva a la vez. Se desprendió de su jubón dejando su torso desnudo, cubierto de cicatrices y moretones.

Las manos de ella lo recorrieron con delicadeza, como si lo estuviera esculpiendo. Lo miró a los ojos y se desprendió de su camisa para quedar desnuda ante él. Quería sentir la piel de él contra la suya. El deseo recorría su cuerpo como una serpiente erizando su piel allí por donde pasaba hasta detenerse entre sus muslos. Sentía sus pechos hincharse y sus partes más sensibles rozarse de manera frenética contra el cuerpo de William. Experimentaba una insoportable sensación de calor, pero placentera al mismo tiempo. Sabía hacia donde conducía lo que estaba sucediendo, pero a ella no le importaba porque deseaba que sucediera.

William se limitó a contemplarla, expuesta ante él como una especie de divinidad antigua. Imaginaba las cosas que podría hacerle mientras la devoraba con la vista e intentando calmar a su deseo. La acarició despacio como si él mismo estuviera moldeando su cuerpo a su gusto mientras la notaba temblar como una hoja bajo sus manos. La llevó a la cama y la tumbó para besarla de manera tierna, pero seductora recorriendo con su lengua los labios de ella. Abriéndolos para profundizar el beso una vez más y sintiendo como las manos de ella le recorrían el torso desnudo.

William se estremeció cuando ella lo acarició y lo besó con delicadeza. Nunca había sentido tanta calma a la hora de amar a una mujer. Sus labios comenzaron a recorrer su cuerpo. Le acarició el pezón y dejó que su lengua trazara el círculo al tiempo que sentía como ella se agitaba bajo él. Descendió por su vientre escuchando los tímidos jadeos de ella hasta que su boca se

deslizó por la cara interna de los muslos de la muchacha buscando su centro de placer.

Bronwyn no podía imaginar que estuviera sintiendo aquello, que William pudiera ofrecerle tanto placer con sus labios, con su lengua y con sus dedos. Él la preparó para que la recibiera mientras se despojaba de sus calzas liberando su erección. Se incorporó sobre ella para contemplar su rostro encendido por el deseo y el placer. No dejó de acariciarla mientras se situaba entre sus piernas. De manera lenta y controlada se fue adentrando en ella sintiendo que el calor y la humedad lo acogían entre jadeos y quejidos. Él permaneció quieto en el interior de ella sin dejar de besarla esperando a que ella se adaptara a la nueva situación. De manera lenta comenzó a moverse provocando una sensación diferente a la inicial.

Múltiples sensaciones invadieron a Bronwyn con cada momento que pasaba. Y de manera lenta el dolor inicial comenzó a dejar paso a una sensación de placer y bienestar que nunca imaginó. Se aferró a su espalda sintiendo como el pulso se le aceleraba a medida que William se movía con mayor celeridad y determinación. Tomó su rostro entre sus manos para besarlo mientras él la instaba a que lo rodeara con sus piernas para lograr alcanzar juntos el éxtasis. Los besos de los dos se volvieron feroces, hambrientos y producidos por la quemazón, que se extendía por todo el cuerpo de ambos. Las pulsaciones se elevaron a cotas altas, y ella pensó que su corazón se le saldría del pecho en medio de aquella agitación. Sus últimos gemidos quedaron ahogados en sus bocas, antes de ser prisionera de una sensación de calma. De manera lenta comenzó a recuperar el aliento. Su cuerpo se fue recuperando, pero el sofocante calor que sentía no parecía querer abandonarla. Lo contemplaba con el rostro encendido, con los ojos abiertos al máximo y con una sonrisa en sus labios que reflejaba el estado en el que se encontraba.

William le acarició el pelo dejando que sus dedos se enredaran entre sus mechones al tiempo que contemplaba su propio reflejo en los ojos de ella. Sintió como si una oleada de quietud se apoderara de él. Como si se estuviera fundiendo con ella en esos momentos de intimidad. Sonrió de manera tímida apartándose de ella para envolverla con la colcha ante la mirada llena de curiosidad de la propia Bronwyn. William la besó en el pelo con toda delicadeza y se lo acarició. Sabía que en breve se quedaría dormida. Y él estaba dispuesto a que lo hiciera entre sus brazos.

—¿Cómo estás?

—No sabría cómo explicarlo. Siento diversas emociones en mi interior.

—Te entiendo. Es mejor que te duermas. Estos días aquí han estado plagados de emociones. Si quieres, puedes quedarte aquí. O si lo prefieres...

—Quiero dormir aquí, contigo.

—¿No quieres ir a tu habitación?

—En el fondo tú no lo quieres. Lo he notado en el tono de su pregunta y en la manera en la que te has quedado mirándome.

William se limitó a sonreír ante ese comentario.

—Sigues dejándome sin capacidad de reacción.

—Eso es bueno, ¿no?

Lo contemplaba con los ojos abiertos al máximo, las cejas elevadas y una expresión de diversión que lo atrapó.

—Todo lo que he ido y voy descubriendo de ti, lo es.

—Espera a ver lo malo —le advirtió ella con una sonrisa irónica.

—No me asustas, querida. Soy un Douglas...

—Pero no eres la clase de hombre que esperaba encontrarme.

—No sé si eso es una queja o algo bueno, la verdad.

—Es bueno. Muy bueno porque si duda hizo que me enamorara de ti —se incorporó en la

cama para besarlo, revelando su desnudez ante él. Lo rodeó por el cuello y lo besó con cariño.

—Me llamaste la atención desde que te vi en la ventana, y ahora entiendo el motivo de que estuvieras asomada.

—¿Cuál?

—Cambiar mi vida de guerras y sangre por una de calma, paz y amor. ¡Y yo pensando que eras una asistenta!

—Siento haberte decepcionado —le comentó irónica.

—Nada más lejos de la realidad. No lo has hecho, sino todo lo contrario. Te dije que eras la llave de Escocia en su día, pero me equivoqué sin duda.

—Menos mal.

—Eres la llave de mi destino y de mi felicidad —la recostó sobre la cama para poderla besar y que sus manos le recorrieran el cuerpo desnudo.

William permanecía despierto contemplando el rostro de Bronwyn mientras ella dormía. Sus pestañas se movían de manera casi imperceptible, y su respiración era relajada. Su cabello estaba esparcido sobre la almohada dejando su rostro libre. Sintió la urgente necesidad de acariciarle la mejilla consciente de que podría despertarla.

Bronwyn sintió una leve caricia en su rostro, como el aleteo de una mariposa. Un cosquilleo que la hizo emitir un gruñido. Creía estar soñando y no que fuera el pulgar de William el causante de esa sensación. De manera lenta comenzó a entre abrir sus ojos y a estirarse bajo la ropa de cama. Se dio cuenta que algunas partes de su cuerpo estaban doloridas y que parecía haber estado durmiendo encogida. El rostro de William estaba allí delante de ella cuando abrió los ojos del todo y sonrió.

Aquella sonrisa tan dulce y perezosa golpeó a William en el pecho. Era exquisita. Se inclinó sobre sus labios y los rozó de manera tímida. Ella correspondió a este reclamo entreabriendo los suyos. Se escuchó gemir y suspirar a continuación y como la piel se le erizaba.

—Deberías levantarte si no quieres que te retenga en la cama todo el día —le advirtió él pasando sus dedos por el cabello de ella, dejando que la suavidad de este se enredara entre estos.

—Tal vez me quede para hacerte cumplir tus palabras.

No pudo pasar por alto su sonrisa pícaro, ni el sentido de su comentario y se inclinó sobre ella para comenzar a cumplir.

—Como quieras...

Bronwyn sintió el deseo cobrar vida cuando William se acercó a ella con intención de que no saliera de la cama en un rato.

Cuando más tarde, Bronwyn se encontró con su madre, esta no pudo evitar quedarse contemplando con una gran. Había algo en el rostro de su hija que le llamaba la atención de manera poderosa. Lucía una sonrisa y un brillo en la mirada, que no había visto en los días anteriores, algo esperado por otra parte porque William estaba convaleciente.

Bronwyn se detuvo cuando su madre salió a su paso. Fruncía el ceño y entrecerraba sus ojos mientras la escrutaba. Sin duda que se estaría preguntando de dónde venía, porque no había pasado la noche en su alcoba.

—Buenos días, madre.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche te quedaste hasta tarde junto a William... —le comentó dejando la puerta abierta a

que fuera su hija la que terminara el comentario. Que le contara qué había sucedido, o dónde había pasado la noche. Aunque, a ella le daba la impresión de que no había que ser demasiado inteligente para adivinarlo si se fijaba en la expresión de su rostro.

—Sí. Estuvimos charlando en el salón durante un largo rato. Me estuvo haciendo preguntas sobre su convalecencia, y yo sobre la batalla de Stirling —le dijo mintiendo para que su madre no hiciera más averiguaciones—. Y también sobre lo que nos depararía el futuro.

—Sí, sobre eso tendremos que hablar con el rey y con tu padre a ver cómo se desarrollarán los acontecimientos ahora que Stirling está bajo el mando escocés de nuevo.

—Por supuesto.

—A juzgar por la expresión de tu rostro, presumo que las diferencias entre William y tú parecen haber quedado al margen de todo.

Bronwyn no pudo evitar que una ola de calor que se hizo más latente en sus mejillas, revelando sus emociones.

—Creo que tenías razón al respecto de que no iba a romper el compromiso.

—Ya —Margaret chasqueó la lengua y sonrió con toda intención—. Será mejor que nos pongamos con la boda.

Bronwyn asintió sin añadir una sola palabra más. Intuía lo que su madre podría estar pensando de ella, y de lo que había hecho o dejado de hacer la pasada noche. No le reprochó nada, sino que se limitó a caminar en busca del rey.

Se iba a casar, pensó William. Su padre estaba con él observando cómo se terminaba de arreglar.

—No termino de creer que todo haya terminado de esta manera.

—¿Acaso esperabas otra? —William elevó su ceja con suspicacia.

—De no haber derrotado a los ingleses... Pero eso es algo de lo que no debemos preocuparnos ya. Por cierto, el rey firmó ayer el documento de los esponsales. La dote es ese castillo que sería la oferta que los Murray te harían por obtener la mano de su hija.

William asintió mientras terminaba de ajustarse el plaid sobre su hombro.

—Es lo que se acordó en su día. ¿Se sabe algo de la reina?

—Fue trasladada a York por Eduardo, tras la batalla de Bannockburn. Supongo que en breve el rey Robert tendrá que negociar su liberación.

—¿Y de tomar el castillo de Berwick?

—¡Por San Andrés que eres único, hijo! ¿Estás pensando en batallas justo el día de tu boda? ¡Por todos los demonios! Deja a los ingleses tranquilos y disfruta de tu nueva vida junto a la joven Murray. Deja la guerra para otro momento, ¿querrás?

William resopló y acabo asintiendo no muy convencido.

—Sabes que llevo luchando contra estos más de diez años. Es complicado hacerse a la idea de que voy a tener una esposa.

—A partir de este día, te convertirás en el señor de Stirling. Olvida la guerra. Vamos, nos estarán esperando en la capilla.

Bronwyn aguardaba junto a su padre la llegada de William. No podía ocultar su nerviosismo por el momento que vivía. Después de todo lo que había pasado junto a él, al final contraería matrimonio. Su madre sonreía y la contemplaba con dicha, mientras William llegaba a la capilla del castillo.

Este paseó la mirada por los asistentes antes de quedarse fijo en la figura que vestía de blanco,

sobre el que resaltaba el color miel de su cabello. Su mirada brillaba señalándole el camino al que tenía que dirigirse. Sintió la boca seca, y experimentó una serie de palpitaciones. Estaba preciosa en ese instante, tanto que le costaba apartar su mirada de ella mientras el propio rey se dirigía a él. Se situó frente a ella y tuvo la sensación que las palabras del clérigo le sonaban lejanas. Se limitó a asentir cuando le correspondió y poco después todo terminó.

Se acercó más a ella y se inclinó para besarla de manera lenta, suave y tierna. No dejándose llevar por el deseo que sentía. Luego se quedó contemplándola en silencio, sin ser capaz de decir porque su belleza acababa de robarle las palabras.

Bronwyn experimentó un ligero cosquilleo cuando él la besó. Y cuando su mirada se clavó en ella, tuvo la impresión de que le faltaba el aire. No recordaba una mirada suya como la que le dirigía en ese instante. Todo había terminado. Sus temores habían quedado disipados como la bruma matinal de aquella región. A partir de ese instante se iniciaba una nueva en común con su esposo, el Douglas al que había poco menos que odiado y deseado cavar con él. Solo que él, le había demostrado que su corazón no era tan negro como contaban los ingleses.

Era noche cerrada cuando William permanecía asomado a las murallas del castillo, contemplando la ciudad a sus pies. Había sido un día largo, de celebraciones, de música y bailes, de deseos y prosperidad para ellos. Había aprovechado un momento en el que la gente seguía enfrascada en la algarabía para salir a tomar el aire. Seguía sin creer que se hubiera casado con la joven Murray. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido? Aquel día que la vio asomada a la ventana de la casa de sus padres, pensaba solo en pasar un rato agradable en su compañía. Solo eso. Pero al parecer los hados tenían un plan bien elaborado.

Bronwyn salió fuera cuando se dio cuenta que William no estaba en el salón. Lo encontró asomado a lo alto de la muralla mientras el viento que se había levantado, revolvía su pelo.

William se giró cuando escuchó el ligero sonido de la tela rozándose contra el suelo. La silueta de Bronwyn vestida de blanco y recortada contra la oscuridad del interior le daba la imagen de una aparición. Se quedó contemplándola con la boca abierta, incapaz de moverse hacia ella. Solo la mirada fue capaz de hacerlo para seguir sus movimientos hasta que llegó a su lado. Y pese a ello, seguía mostrándose incapaz de decir algo pensando que ella era una aparición.

—¿Qué haces aquí afuera?

Se limitó a sonreír frente a aquella pregunta.

—Necesitaba tomar el aire.

—Te echaba en falta en el salón.

Él no dijo nada y la abrazó contra su cuerpo cerrando los ojos y besándola en el pelo. Luego, la apartó y se quedó mirándola intrigado por aquel comentario.

—¿Por qué? No voy a marcharme a ninguna parte. No pienso separarme de ti.

Ella reclinó la cabeza contra el pecho de él y lo abrazó. Escuchó los latidos de su corazón, lentos. Sintió la caricia de la mano de él sobre su cabello y levantó la mirada.

—Lo sé. Siempre cumples tus promesas. Pero no pensé que fueras a hacerlo con el compromiso...

William sonrió divertido.

—¿Sigues con eso? Pues creo que ya es algo tarde para hacerlo, ¿no crees? —le dijo entrelazando su mano con la de ella—. ¿Por qué querría haberlo hecho si te habías adueñado de mis sentidos desde aquella mañana que te vi?

—Tal vez no debía asomarme a la ventana para verte.

—Daba igual. Me habrías llamado la atención de la misma manera. No teníamos escapatoria.

—Quise matarte cuando supe que tendría que atarme a ti de por vida.

—Y yo solo pensaba en pasarlo bien contigo antes de saber quién eras.

—¿Y después? —lo miró con el ceo fruncido, contrariada por aquel comentario.

—Creo que ha quedado claro —deslizó la mano bajo el mentón de ella y lo elevó lo justo para que sus ojos quedaran a su misma altura—. Sigues siendo la llave de mi destino.

Bronwyn se sobresaltó al escucharlo e inspiró cerrando los ojos cuando lo percibió inclinar su rostro para besarla. La atrapó entre sus brazos y saboreó la suavidad de sus labios y la calidez de su boca una vez más, mientras la apretaba contra su deseo. No se cansaría de ella, ni de su personalidad, ni de genio, ni de quererla a cada momento. Ella era única y era suya.

—Deberíamos volver...

—No. No quiero pasar más tiempo rodeado de los demás. Solo quiero pasarlo contigo. Además, no nos echarán de menos y si lo hacen, comprenderán que no estemos —cogió el rostro de ella entre sus manos y dejó que los pulgares le acariciaran las mejillas con devoción—. Has traído a mi vida paz, ternura, dulzura e incluso has logrado que puede querer después de años en lo que el odio y la venganza me movían. Me mantenían vivo, pero ahora quiero sea tu cariño y tu amor los que lo hagan, porque de igual manera, conseguirás sacar lo mejor que hay en mí, mi señora. Os debo la vida

Bronwyn sintió que las piernas le flaqueaban ante aquella declaración por parte de él. La intensidad de su mirada, la determinación de sus palabras y su manera de besarla no le dejaron dudas de que sentía por ella un amor que nada ni nadie lograrían romper.

Epílogo

—Tengo que partir. El rey Robert está decidido a emprender la marcha hacia Berwick y tomarlo —le anunció William a Bronwyn cuando las noticias de la corte llegaron hasta Stirling.

Esta no pareció sorprendida. Sabía que tarde o temprano sucedería, y el día había llegado. Durante todo ese tiempo había alternado momentos en los que pensaba que el rey Robert había desistido de tomar el castillo de Berwick, En otros temía que un mensajero se presentara a las puertas de Stirling pidiendo a su esposo que emprendiera la marcha a la corte. Y así había sido.

—Sabía que tarde o temprano llegaría este día.

—Tendré que marchar hoy mismo. Mi padre ya está formando al clan Douglas para emprender la marcha.

Había echado en falta la acción de la guerra en los años que llevaba casado con Bronwyn. Aunque no le había faltado tiempo para aburrirse al tener que dirigir un castillo y una ciudad. Y pasar todo el que le quedaba libre con los pequeños Becca y Arthur. La vida en familia le gustaba, más de lo que en un principio pudo pensar. La paz era buena y le permitía hacer otras cosas. Pero, sobre todo, estar cerca de su propia familia, su pequeño clan, como solía decir.

—No quiero que te hieran ni que te maten —le rogó abrazándolo con todas sus fuerzas mientras cerraba los ojos.

—No sucederá. Malcom y Angus no lo permitirán. Ya lo sabes. Y también está mi padre, y el tuyo. Tengo una escolta propia para que no me suceda nada. No puedo permitirme el lujo de renunciar a vosotros —le aseguró contemplándola con todo su amor.

—¿Te marchas, papá?

William sintió que alguien le tiraba del jubón. Bajó la mirada y sonrió a la pequeña Becca. La cogió en sus brazos y la besó.

—Solo por unos días, pero volveré. Portaros bien con vuestra madre. Estará la abuela, también.

La niña era una copia de su madre, con los rizos color de la miel y los ojos claros. La dejó en el suelo y se dirigió a Arthur.

—Cuida de todas en mi ausencia. Eres el jefe de este clan. No lo olvides.

—Lo haré.

William sonrió a su hijo y se incorporó para despedirse de Bronwyn.

—Estaremos de vuelta antes de que lo pienses. No será una batalla como la de Stirling. Eduardo no defenderá por mucho tiempo Berwick, ya lo verás.

La besó una última vez antes de salir hacia el patio del castillo donde lo aguardaban su padre James Douglas y sus dos amigos junto a los hombres del clan Douglas, y otros tantos de Murray comandados por Archibald.

Bronwyn los vio partir con la incertidumbre de saber cuándo regresarían y en qué forma.

—Volverá. Y esta vez no traerá ningún recuerdo de la batalla. Tiene una familia que le aguarda aquí —le aseguró su madre convencida de que así sería, después de haber estado hablando con su propio esposo Archibald y con el padre de William, para pedirles que este no se arriesgara demasiado. No quería que su hija y sus nietos se quedarán sin padre ni esposo.

El asedio a la ciudad y el castillo de Berwick no duró demasiado tiempo. El propio gobernador rindió la ciudad a los escoceses ante la falta de provisiones al cabo de seis días. Esto le permitió al rey Robert recuperarlo para Escocia.

Una vez que todo hubo terminado, el propio Bruce se acercó a felicitar a William por el comportamiento del clan Douglas.

—Un gran día, sin duda. Enhorabuena por la entrega de vuestros hombres en el asedio. Aunque ha sido corto.

—No nos esperaban. De lo contrario hubieran tenido la despensa llena.

—Cierto. Decidme, ¿habéis pensando en seguir batallando contra Eduardo? Podríamos conquistar el norte de Inglaterra y llegar a York, como hizo Wallace en su día.

William apretó los labios y sacudió la cabeza, convencido de lo que iba a decirle al rey.

—Deberéis excusarme, mi señor, pero me gustaría retirarme en paz junto a mi familia. Llevo más de veinte años peleando contra los ingleses y por fin he visto a mi tierra libre de los ingleses. Estoy cansado de derramar sangre y estos años desde que recapturamos Stirling a los ingleses.

El rey sonrió.

—Entiendo cómo os sentís y no os lo discuto. Yo os obligué a aceptar un compromiso primero, y un matrimonio después. Aceptasteis sin oponeros. Habéis sido un leal guerrero que casi perdéis la vida en Bannockburn. Y ahora habéis vuelto a acudir a mi llamada para liberar Berwick y su fortaleza. Creo que os habéis merecido ese descanso Sir William Douglas.

Este sonrió y asintió complacido por su explicación.

—Os lo agradezco sinceramente.

—No, soy yo el que os debe ese agradecimiento por todo lo que habéis hecho por esta nación. No os preocupéis más por los ingleses. No hará falta que volváis a presentaros ante mí si surge algún conflicto. Partid de vuelta a Stirling y disfrutad de vuestra familia.

—Gracias, mi señor.

Días después William contemplaba el castillo de Stirling en alto del promontorio y respiraba aliviado. Estaba en casa de nuevo y para siempre, se dijo deteniendo su caballo para saborear el momento.

—¿No irás a pararte en este lugar cuando estamos tan cerca? —La pregunta de su padre lo hizo reír, pero no dijo ni una palabra, sino que picó espuelas poniendo su caballo al galope hacia el castillo. Ardía en deseos de volver a encontrarse con Bronwyn y con los dos pequeños.

El sonido del galope de un caballo llamó la atención de las personas en la entrada del castillo que no hicieron intención de detener al jinete, puesto que sabían de quién se trataba. Bronwyn escuchó las voces en el patio y salió a ver qué sucedía seguida de su madre, Margaret.

Cuando supo lo que ocurría no fue capaz de dar un solo paso más. Se había quedado clavada en la entrada al interior de la fortaleza, observando a William entregar las riendas de su montura a un palafrenero.

No espera encontrarla allí mismo cuando se giró hacia la entrada. Pero verla de pie con los ojos brillantes por las lágrimas que no quería derramar y los labios entre abiertos, lo sobrecogió. Sintió un nudo en la garganta que le impedía hablar.

Bronwyn pareció volver en sí misma y salió poco menos que corriendo hacia él. William la recibió con los brazos abiertos para estrecharla contra su pecho de manera fuerte.

Ella se abalanzó sobre él sin dejar de besarlo por todo el rostro hasta fundirse con él en los labios.

—Has vuelto. Estás aquí —comenzó diciéndole mientras daba un paso atrás para contemplarlo de cuerpo entero—. ¿No tienes ninguna herida?

—No. Pero más tarde podrás comprobarlo tú misma.

En ese momento los dos pequeños salieron corriendo de detrás de lady Margaret. Bronwyn se

apartó un poco para dejarles espacio para que saludaran a su padre.

—¿Ves cómo ha vuelto? —le comentó su madre situándose a su lado.

—De acuerdo, tienes razón de nuevo, pero no quita que tenga mis temores cuando el rey lo reclama para ir a la guerra.

William se acercó a ella con los dos pequeños en brazos.

—Ya no tendrás que preocuparte de ello.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —le preguntó sorprendida por ese comentario.

—He pedido al rey Robert que me licencie del ejército. Le he dicho que quiero dedicarme a mi familia por entero.

—¿Y ha accedido a ello?

William sonrió al ver la mirada entornada de su esposa. Dejó a los niños en el suelo, que se fueron con su abuela, y él posó las manos sobre los hombros de Bronwyn.

—Ha accedido diciendo que tengo todo el derecho de pedirlo ya que no me he opuesto a todo lo que me ha pedido en estos años. E incluso que acepté un compromiso sin rechazarlo —miró a Bronwyn con toda intención esperando que dijera algo.

—Pero estuviste a punto de pedirle que...

—Nunca se me pasó por la cabeza, ya te lo dije. Lo hice porque no dejabas de sacarme de mis casillas a cada momento. Ni de volverme loco. Lo que más deseaba era besarte a cada instante que te tenía cerca después de que lo hubiera hecho en las cuadras de la casa de los Murray. No podía creer que una muchacha me hubiera seducido como lo habías hecho tú. Pero nunca quise romper el compromiso porque me convertiste en alguien mejor de lo que era.

—Al menos mi presencia ha servido para algo —le dijo risueña y con el corazón latiendo a mil al escucharle.

—Ha servido para mucho. Para llenar una vida que hasta que te conocí estaba vacía de sentimientos.

—¿Y qué harás desde hoy que no tienes compromiso con el rey?

William se rio a carcajadas ajenos a la presencia de sus hombres y los respectivos padres. Tomó a Bronwyn por la cintura para acercarla hasta él obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

—A ti. A cada momento que te vea. De manera que ya te puedes ir preparando.

—¿Y qué hacemos con los pequeños? —le preguntó deteniéndolo con sus manos cuando lo vio inclinarse para besarla.

—No te preocupes por ellos, les buscaremos un entretenimiento —aseguró sonriendo y levantando la mirada hacia lady Margaret mientras Bronwyn se quedaba con la boca abierta dándose cuenta de lo que él pretendía—. Di, ¿qué me dices?

Bronwyn lo atrajo hacia él para besarlo con todo el deseo que llevaba acumulado desde que él se marchó a Berwick con el rey. Por suerte, no tendría que esperar mucho más porque desde ese día no volvería a separarse de ella.

AGRADECIMIENTOS

A Romantic Ediciones por confiar en esta nueva historia para que forme parte de su catálogo.

A todo su equipo por terminar de darle forma, editora, corrector, diseñadora...

A mi chica por sus consejos y su sinceridad a la hora de evaluar la novela.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/a, gracias por haber confiar una vez más en mí. Espero que pronto, vuelvas a sumergirte entre las páginas de una nueva historia mía. GRACIAS, por tu confianza una vez más.